

Planetas Prohibidos

Revista de Ciencia-ficción, Fantasía y Terror

Especial Halloween 2025

Ricardo Meyer

Circe

Victor Conde

Guillermo Romano

Carlos Federici

Vanessa Montañés

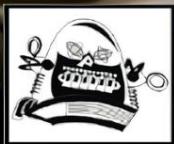
J.M. Pedrós

M.R. James

Yuke Kabula

Federico Garrido

Y muchos más...



Caliópe
colección

Cómics
Poesía
Relatos
Artículos
Entrevistas
Ilustraciones

PLANETAS PROHIBIDOS es una revista de género fantástico sin ánimo de lucro. Su objetivo es la difusión de artículos, relatos e ilustraciones del género.

AVISO LEGAL. Los textos e ilustraciones pertenecen a los autores, que conservan todos sus derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en PLANETAS PROHIBIDOS para difundirla por Internet en formato digital. No obstante, los derechos sobre el conjunto de PLANETAS PROHIBIDOS y su logo son © del Grupo PLANETAS PROHIBIDOS.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de PLANETAS PROHIBIDOS. No obstante, se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

Grupo PLANETAS PROHIBIDOS, REFUGIO BIZARRO Y COLECTIVO CALÍOPE son los encargados de llevar a cabo la publicación de la revista.

<http://planetasprohibidos.blogspot.com>
<https://pnaklendorf.com/refugio-bizarro.html>
<https://colectivocaliope.wixsite.com/colectivo-cal>

CONTACTO

revistaplanetas@gmail.com

NORMAS DE PUBLICACIÓN

La revista PLANETAS PROHIBIDOS está dedicada al género fantástico y al misterio en su conjunto. La revista acepta relatos, artículos, ilustraciones, poemas, viñetas, cómics, etc de **tema libre, (siempre que no sean para un Especial) formateado en Times New Roman 12 ptos, párrafo justificado y correctamente corregido.**

Planetas Prohibidos© Especial Halloween 2025

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Ricardo Meyer y Yuke Kabula,

Ilustración de cubierta y maquetado de cubierta por Yuke Kabula

Coordinado por J. Javier Arnau

ÍNDICE

<u>EDITORIAL</u>	5
------------------------	---

RELATOS

<u>Hadewijch</u> (R. Meyer).....	8
<u>Súcubo</u> (J. Javier Arnau).....	18
<u>:Cavad!</u> (Luis E. Hernández).....	14

<u>ARTÍCULO</u> <u>Víspera de Samhain</u> (Circe).....	23
--	----

RELATOS

<u>Running</u> (J. M. Pedrós).....	33
<u>La picadura</u> (Rosa M. Feases).....	37
<u>Microrrelatos ilustrados</u> (Carla Celda).....	41
<u>Eutanasia</u> (J. M. Pedrós)	43

<u>CÓMIC: 32 Grados Fahrenheit</u> (Ösk/Guillermo Romano)	46
---	----

<u>ARTÍCULO; Melvin, ese otro ET que inquietaba a la supuesta originalidad de Spielberg...</u> (Jorge Zarco).....	51
---	----

<u>POESÍAS</u> (Clásico; John Donne).....	54
---	----

RELATOS

<u>La casa de las voces silenciadas</u> (Vanessa Montañés).....	56
<u>La voz entre los árboles</u> (F. Garrido).....	60
<u>No entres a la torre</u> (Carlos Federici).....	67

CLÁSICO: EL FRESNO (M. R. James)88

ARTÍCULO: SINNERS; cuerpos para el mercado, almas para el mito (Álvaro Soler Martínez)101

RELATOS

Mikrokosmos X (Yuke Kabula)105

Luna de sangre en la Calderona (Ruth Sicilia)111

FIRMA INVITADA:

Un banquete en Lugaralto (Víctor Conde)116

¿Vuelve Planetas Prohibidos?

Pues sinceramente, ni nosotros mismos lo sabemos. Después de la intentona de la anterior etapa, somos conscientes de que muchos autores se quedaron «colgados», con trabajos que aseguramos que se iban a publicar en los siguientes números, incluso habíamos comenzado la maquetación de dichos trabajos, con lo que teníamos ya encauzado el trabajo de, al menos, un par de números (al menos, porque existía la idea de un especial, pero todavía no se había decidido si iba ser un número especial como tal —como hicimos, por ejemplo, en del Ray Bradbury—, o lo íbamos a incluir dentro de un número normal). Pero, imponderables de la vida, la cosa se complicó, se torció todo un poco, nada en especial grave, pero que sí trastocó el proceso de creación de la revista... y la cosa se fue alargando y, al final, prácticamente, se dejó morir. Como decimos, somos muy conscientes de la pérdida de confianza que eso ha podido suponer en los autores y autoras que ya tenían sus obras comprometidas con nosotros, para un futuro más o menos inmediato. Ese es uno de los factores que, hasta el momento, ha hecho que no volviéramos a plantearnos una tercera etapa (o una continuación de la segunda, tras una muy larga época de hibernación). Pero (igual que al comenzar la Segunda Etapa), algo ha surgido; esto es una posible colaboración con el [Colectivo Refugio Bizarro](#), así como con el [Colectivo Calíope](#).

Como podéis ver en el enlace, «*Refugio Bizarro es un colectivo de escritores weird con un enfoque en Los Mitos de Cthulhu y la fantasía oscura, fundado a fines de 2024*», mientras que Calíope es un colectivo artístico de la zona de Valencia (centrado en Puerto de Sagunto). Desde *Refugio* nos contactaron con una idea, que fui madurando (unas horas, tampoco creáis que le di muchas más vueltas), pero que no acababa de ver clara por todo lo expresado anteriormente; no quería comenzar una nueva etapa, habiendo cerrado la anterior de la manera que se cerró (¿se ha cerrado?), y me echaba para atrás el comprometerme, ser de nuevo la cara del proyecto... y que la falta de compromiso, los abandonos, los mil y un problemas que pudieran surgir, nos abocaran de nuevo al mismo final. Pero, pensé... ¿y por qué no lo probamos con un número, sin llegar a comprometernos, con material nuevo, o con el que teníamos y que aún esté disponible una vez contactados los autores? Y claro, ¿qué número podía ser ese?; pues por las fechas, y siendo quienes son nuestros colaboradores (*Refugio Bizarro*), ¡ESPECIAL HALLOWEEN!

Pues dicho y hecho, con su material disponible, el que reuní yo de Calíope, el que

pudimos recuperar del almacenado y cuyos autores aún nos los podían ceder, y los Clásicos... pues ya tenemos un número montado.

¿Seguiremos?; no lo sabemos, tenemos que ver la aceptación, que los autores sigan confiando aún en nosotros, que nosotros mismos tengamos el compromiso de continuar con la revista, contactar con los autores que nos enviaron en su momento colaboraciones y no llegaron a publicarse, y con nuevos... ¡Cthlhu dirá!

De momento, aquí tenéis este especial surgido de la colaboración Planetas Prohibidos/Refugio Bizarro/Colectivo Calíope.



...Y bueno, en realidad eso iba a ser el prólogo, pero como decidimos mostrarlo para, sinceramente, ver la reacción que producía, ya lo conocéis la mayoría. El caso es que no dice nada sobre este nuevo número, así que vamos con ello. Ya hemos comentado que, tras el anterior parón, muchos autores y relatos quedaron a la espera de ser publicados... podemos decir que, sin explicación, y vaya que lo sentimos. Pero tras el anuncio anterior, algunos de los «habituales» ya han contactado con nosotros, interesándose y preguntando por la participación. A otros, con los que nos interesaba mucho seguir contando, los hemos contactado directamente.

Evidentemente, nos interesa enormemente volver a contar con todos los autores que en su momento se pusieron en contacto con nosotros, ya fuera enviando material o simplemente preguntando cómo participar. Sin embargo, como ya hemos comentado varias veces, nos preocupa la reacción, la recepción, etcétera. De momento, vamos a ver qué tal va este Especial, y a partir de ahí decidiremos. Aun así, sí que había algún que otro autor con el que, por confianza o cercanía, ya hemos hablado.

Esto hace que quizá encontréis algún relato que no se ajusta del todo a la temática de este número, pero había que publicarlo sí o sí. Tened en cuenta que este número prácticamente

iba a componerse de material de los compañeros de **Refugio Bizarro** y del **Colectivo Calíope**, pero entre quienes ya han mostrado interés, los autores de confianza de los que recuperamos material pendiente, etcétera, al final el número nos ha salido más grande y variado de lo que pensábamos en un principio. Además, tened en cuenta que aún hay material acumulado de la anterior etapa. Si todavía estuviera disponible y los autores quisieran publicarlo con nosotros, habría contenido para unos tres números más. Pero, reiteramos: para eso aún falta. Veamos primero cómo va este número que tenéis «entre manos», y según eso, decidiremos.

En realidad, todo este párrafo era solo para explicaros el porqué de cierta variedad en la temática, y también que ya hay autores que han contactado y otros a los que nosotros nos hemos vuelto a acercar. Creo que nada más. Damos paso ya a este número.

J. Javier Arnau

P. D.: Pues sí que hay algo más (parece que siempre hay algo más). Como sabéis, la revista es totalmente gratuita y, por ello, nadie cobra nada por colaborar en ella. Desde hace unos números habréis notado que los relatos vienen acompañados por ilustraciones extraídas de páginas gratuitas o generadas con Canva. Siempre nos ha gustado que la revista sea muy «visual», y desde el principio quisimos que cada relato llevase su ilustración. Sin embargo, con el tiempo esto se volvió algo problemático por diversas circunstancias, y decidimos (decidí) echar mano de páginas de descarga gratuita.

Evidentemente, estamos totalmente en contra del uso de IA y programas de generación de imágenes (y textos) cuando se trate de publicaciones de pago, es decir, cuando se obtenga beneficio económico de ellas prescindiendo de profesionales como ilustradores, traductores, escritores, etcétera.

Dicho esto, todos los ilustradores que quieran colaborar con nosotros —ya sea diseñando portadas, ilustrando relatos, creando cómics, etc.— serán muy bienvenidos en las condiciones mencionadas. De momento, como esta es una publicación que hacemos de manera desinteresada, y nos gusta ofrecer un producto lo más visual posible, seguiremos ilustrándola como buenamente podamos, con los medios que tengamos a nuestro alcance. Y estaremos encantados si esto sirve de llamada a nuevos ilustradores.

Creo que ahora sí...

Hadewijch



POR RICARDO
MEYER

El solo hecho de saber que lo que sientes va contra-natura, que no es racional querer acabar con tu propia vida... siento que el solo hecho de saberlo es lo que me vuelve más miserable. Desde hace tiempo, las cosas que antes me resultaban placenteras dejaron de parecerme tal cosa, volviéndose incluso una carga más. Y, aun con todo, encuentro que esto no es más que una forma de adorarme a los pies de mi propio calvario; siento que es repugnante ser tan autoindulgente.

No aguanté más, empaqué mis cosas en una pequeña maleta y me despedí con una última mirada inquisitiva de mi madre, que yacía postrada. Cerré la puerta con sutileza, no quería despertarla. Una vez fuera, sentir el rocío en el aire me hizo sentir renovado, fresco, como si estuviera naciendo de nuevo. Sin embargo, todas esas melancolías de poeta no tenían sentido alguno, pues solo se nace una vez. Caminé hacia la derecha hasta alcanzar la señal amarilla, donde se espera la llegada del autobús. Miré frente a mí, como a un punto fijo: todo se difuminaba, mis pensamientos opacaban con creces la realidad que me rodeaba. Pensaba en lo que haría una vez estuviera allí, ¿seguiría Hadewijch en el convento o habría renunciado a esa estúpida idea de ser monja? Dudo mucho que se haya metido a ramera, soy incapaz de imaginarla como tal. Su rostro, blanco como la luna, parece de porcelana, algo que se matiza muy bien con sus cabellos rubios, casi albinos. Sus ojos, no obstante, son demasiado oscuros. A veces bromeaba con ella de que si los ojos eran el espejo del alma entonces la suya era algo vacío y carente de sentido. Recuerdo que nunca le gustó esa broma.

El autobús se aproxima y, con su ruido, logra sacarme de mi ensimismamiento. Lo veo en la distancia, con la vista algo encandilada. Viene demasiado rápido y no me doy ni cuenta cuando está frente a mí y la puerta se abre. Sonríe, no obstante, al poner el pie en el primer

escalón...*lo siento*. Acechando a mis espaldas, sé que está detrás de ese arbusto. No despega la mirada de mí, sé que le fascina la idea de la espalda. Me quedo frío por un momento, comienzo a sudar. Entonces, Schlómo interrumpe mis temores:

—¿Qué pasa, te crees que tengo todo el día?! —exclama, casi escupiendo—. Anda, ¡sube!

Sin más dilación, y tratando de mantener la compostura, subo. La puerta se cierra tras de mí y, con ello, dejo de poder verlo. ¿Me seguirá acaso? No importa. El autobús está tan oscuro como siempre, sus dos filas de asientos dobles, separadas por un corredor, apenas se perfilan en la penumbra, que las da un aire de infinitud. Los asientos del fondo se difuminan, da la impresión de que nunca se acaban. Es por ello que me siento adelante. Está vacío, no hay nadie. Apoyo la cabeza en la ventana negra, opaca por fuera, lo cual confiere una cierta intimidad a quienes miramos desde el interior. El olor a gasolina y el enmoquetado del piso me hacen rememorar mi aversión por los viajes. Creo que me estoy mareando. Cierro los ojos. Descansaré hasta llegar.

II

El autobús se detiene en la parada de la ciudad. El sol alumbra con mucha fuerza, anunciando que ya es pasado el mediodía. Bajo los escalones, encandilado, pero sintiéndome descansado. Pese a todo, ha sido un viaje reconfortante. Entre las multitudes de gente y rostros irrelevantes, mis ojos se posan en Hadewijch, a quien, en momentos así, me gusta llamar Heidi. Está de espaldas, emanando afabilidad y jovialidad. Parece conversar con alguien.

—¡Eh, Heidi! —le grito desde la distancia, mientras comienzo a correr hacia ella.

Esta se voltea, y, al verme, sonríe, como si esa fuera su forma de saludar. Una vez frente a ella, no se me salen las palabras; pese a que corrí poco, me siento un poco exhausto.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos —le digo, jadeando, mientras trato de recomponer fuerzas—. ¿Todavía eres monja?

—Sigo siendo novicia —dice con una risa—. Y sí, hace tiempo que no nos veíamos. Es un gusto verte —dice, realizando una reverencia y levantando un poco sus hábitos.

—¿Estabas conversando con alguien? —le pregunto, tratando de disimular una cierta inquietud.

Niega con la cabeza.

—No, no. Es alguien que estaba pidiendo indicaciones. Nunca antes había estado en la ciudad y, como Hermana de Nuestra Señora de los Retazos, es mi deber orientar a todo quien lo necesite —dice, esbozando una sonrisa.

Por un momento, me siento oprimido. Tanta gente, yendo por aquí y por allá, me resulta abrumadora. Los miro de reojo, Heidi lo nota, o eso creo.

—Y, ¿qué te trae aquí esta vez? —pregunta, abriendo sus ojos negros.

—No lo sé —digo, frotándome la cabeza—, pero no me gusta estar parado... ¿caminemos?

—¡Claro! —exclama Heidi—. Así, de paso, te pongo al día.

Sonrío, pues, en el fondo, lo único que quiero es escuchar a Hadewijch hablar. Recorremos la ciudad, ¡quién sabe cuánto tiempo estuvimos caminando! Me hablaba de tantas cosas que no comprendo y que a ella le fascinan... reconozco que, en cierta medida, logran fascinarme a mí también. Me encontraba absorto en su rostro de muñeca *cuando lo sentí nuevamente*.

Me detengo, sintiendo una inquietante gelidez. Heidi nota que sucede algo raro.

—¿Qué pasa? —murmura.

—Nos están observando —le susurro—. Hay que tener cuidado.

—Já, ¿quién? —dice, riendo y viendo a todos lados—. No parece haber nadie.

Creo que notó que me di cuenta de su presencia, pues desapareció en un instante. Se marchó corriendo, de eso estoy seguro. Noto cierta incomodidad en Hadewijch, que entonces dice:

—Bueno, ha sido grato hablar contigo, pero debo volver al convento —realiza una reverencia—. ¿Tienes dónde quedarte?

—Sí, sí —le respondí—, tengo pensado quedarme en La Posada del Conejo.

—Pues... —murmura, realizando una mueca y llevando el índice a su boca— puede que a la noche te vaya a visitar y te lleve algo de comer.

—¿En serio? —le pregunto, sin intención alguna de disimular mi alegría.

—Ajá —dice Heidi—. Dale saludos a Conejo de mi parte.

—Lo haré, Heidi, lo haré —le respondo.

Finalmente, ambos nos abrazamos. Fue un impulso raro, pero fue correspondido. Ambos lo deseábamos, pero no había ninguna mala intención o pecado ahí. Solo un amor puro, puro como la misma Heidi.

III

En La Posada del Conejo, Sr. Conejo me recibió como siempre, con su tan característica y ansiosa jovialidad, que parece más bien una excesiva preocupación por proteger su reputación. Me sirve té y me indica personalmente cual es mi habitación. Una habitación con una cama sencilla y un pequeño escritorio frente a la ventana.

Estaba atardeciendo. Yo ya me había recostado, tratando de sumergirme en algún sueño, cuando oí a Sr. Conejo gritar:

—¡No, no! ¡No podemos recibirlo aquí! ¡Y lo lamento! ¡No hay más cuartos!

No pude evitar sentirme commocionado. ¿Era quién creo que es? *¿era él?* Me levanto, pero, sin darme cuenta, hago un ruido que él logra escuchar. Y, nuevamente, eso le fuerza a marcharse, a huir. Huye, perro cobarde. Huye.

Bajo rápidamente a la recepción y le pregunto a Sr. Conejo al respecto.

—No, ¡no hablemos de eso! —me dice, viendo su viejo reloj. Su rostro denotaba preocupación—. ¿No es hora del té ya?

Asiento, olvidando por completo la situación, pues me encantan las infusiones. Nos dirigimos a la sala de estar, con sus hermosos asientos de color turquesa. Me sirve un poco de té y él vuelve a recepción, dejándome una tetera para que yo mismo pueda llenar la taza. Pensaba que esto no podía ser más perfecto, cuando entonces lo escucho. Es el Sr. Conejo.

—¡Ah, Hermana Hadewijch! ¡Qué alegría verla! Él está en la sala de estar.

Heidi aparece frente a mí, con sus hábitos y capucha, sujetando una canasta con panecillos.

—Veo que estás cómodo —me dice, inclinándose nuevamente.

Me pongo de pie con frenesí. Aunque había dicho que iba a venir, me siento muy sorprendido por su visita. A veces la gente promete visitarme pero nunca viene... pero, ¡no! Ella siempre lo hace.

La invito a tomar asiento, comemos algunos de los panecillos que prepararon en el convento y tomamos té. Nuevamente, me encontraba absorto en su rostro de porcelana y su risa jovial cuando escuchamos el golpe. Es un estruendo horrible, como si alguien golpeará

algo contra una mesa. Viene de recepción. Comienza a repetirse de una forma frecuente y frenética que nos aterra a ambos. Yo sé quién es. Sí, ¡es él!

—¡Vámonos, Heidi! —le digo, mientras la tomo de la mano para dirigirla a mi habitación—. ¡Ha llegado!

—¿Quién? —pregunta, asustada—. ¿Qué está pasando?

—Ya te contaré —le digo—, pero debemos ponernos a salvo...

Nos dirigimos al segundo piso con rapidez, los golpes cesan, pero él ya está aquí. Lo más probable es que esté finiquitando lo que acaba de hacer. Heidi y yo nos encerramos en la habitación, ella se sienta, nerviosa, en la silla del escritorio y yo me siento a los pies de mi cama.

—¿Qué está pasando? —pregunta—. Estoy muy asustada.

—Es el lobo —le digo, tratando de sentir su presencia—. El lobo feroz... me ha estado siguiendo desde casa, ¡todo esto es mi culpa!

Rompo en llanto, me llevo las manos al rostro, frustrado, triste. Todo esto es mi culpa. Heidi, no obstante, demuestra más fortaleza y me consuela.

—Ya, ya —no es tu culpa —me dice, limpiando mis lágrimas con un pañuelo—. Estoy segura de que no hay ningún lobo.

—¿Qué dices? ¡Pero si es real!

Heidi ríe.

—Debes estar confundido por estas cosas que lees —dice, señalando mi copia del *Unaussprechlichen Kulten* en el escritorio—. Mira, vamos a ver.

No alcanza siquiera a ponerse de pie, cuando la puerta se abre abruptamente. Ahí estaba él. Gigante, con esos horribles vello azulados, imponente y con esos ojos horribles que te dan entender que siempre te está mirando. No escatima en nada, me mira y esboza una sonrisa, para finalmente lanzarse contra Heidi. Yo no puedo hacer nada por reprimirlo. Horrorizado, me acuclillo en una esquina de la cama para contemplarlo todo. Veo como la defenestra, clavando sus garras y colmillos en su tez blanquecina. Entre aullido y aullido, va quebrando su bello cuerpo de porcelana, hasta que, finalmente, no queda nada. El lobo se lame los dedos, no ha dejado restos. Me mira, eufórico, habiendo satisfecho sus apetitos. No dice nada, se ríe, solo se ríe. Se sube el pantalón, sujetando fuertemente su cola peluda. Se abrocha los botones y se marcha, cerrando la puerta con un estruendo.

Frente a mí, yace el hábito de Heidi, junto a las piezas de su bello cuerpo de muñeca, señalado por las horribles marcas de la bestia. Está roto, muy roto y, hagan lo que hagan, nadie podrá nunca reparar el daño... todo es mi culpa. No puedo permitir que siga haciendo más daño, pero no es solo eso, sino que no me siento capaz de tener que contemplarlo mientras lo hace. Es por eso que, luego de escribir este relato, me lanzaré del campanario de la Abadía de Nuestra Señora de Retazos, ya que tampoco soportaría el escarmiento y castigo público si llegan a encontrar los restos de Heidi. Evidentemente me culparían a mí, y es que, al igual que sucedía con Heidi y con mi madre, nadie cree que realmente exista ese lobo feroz, siempre piensan que estoy confundido. Sin embargo, él es real, arrasa con todo y no deja nada y hoy... ¡hoy lo he presenciado corromper una de las almas más puras de esta Tierra de Retazos! ¡No he podido frenarlo! Pero ya no importa. Pronto estaremos juntos, mi querida Hadewijch, pronto.



SUCUBO¹



+

POR J. JAVIER ARNAU

¹ Capítulo de la novela «Triple Amenaza» por el mismo autor.

Aunque pareciera un tópico, la tormenta arreciaba en la noche en la que las hermanas del Convento de Peralada comenzamos a manipular fuerzas que pronto comprenderíamos que no íbamos a poder dominar. Durante siglos, la leyenda del vampiro se había estado transmitiendo por todas las comarcas cercanas; bien era verdad que cada cierto tiempo (aunque ya hacía mucho que no sucedía) algunas de las mujeres de la zona daban a luz a verdaderas monstruosidades, aberraciones de la naturaleza, que morían a los pocos minutos de venir al mundo. A muchas de ellas no se les conocía pareja, y de algunas de estas los convecinos estaban convencidos de que eran virtuosas e, incluso, castas. Pero lo que no se podía negar era su embarazo y posterior parto. Muchos juraban haber visto una sombra, un jirón de niebla merodeando por las calles de las aldeas coincidiendo con las épocas en que aumentaban las violaciones de las aldeanas; pero como nadie podía asegurar lo que apenas había sido entrevisto, y las patrullas de los vecinos no dieron ningún fruto más allá de algún borracho ya conocido del pueblo, o de algunos jóvenes que aprovechaban la situación para sus farras, el misterio continuó sin dilucidarse. Como los hechos se fueron distanciando más y más en el tiempo, el estado de vigilia en la comarca decayó y prácticamente solo las familias de las mujeres afectadas seguían pensando en el asunto.

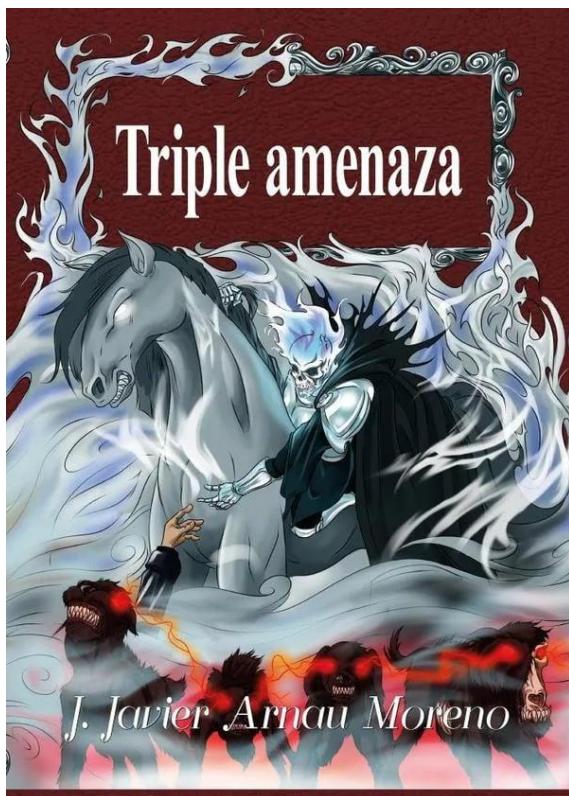
Sin embargo, las monjas de clausura del Convento de Peralada, muchas de las cuales habíamos sido llevadas, o habíamos ingresado de modo propio tras ser madres de algunas de aquellas monstruosidades, decidimos hacer una invocación para intentar averiguar el origen de la maldición que afligía a la comarca. Determinamos hacerlo en la Sala Capitular, aprovechando así la pequeña biblioteca auxiliar anexa a la misma; quedamos, en estricto secreto de nuestras superiores, cuando el sol comenzara a esconderse y sus últimos rayos iluminaran someramente la estancia. A la hora acordada, un pequeño número de las monjas nos encontrábamos presentes en la Sala, aunque los rayos de sol que solían entrar por las arcadas de las galerías que conducían a la misma se encontraban velados por densas nubes que se habían formado precipitadamente; donde en un momento brillaban las últimas luces del día, una apelmazada concentración de extraña nubosidad cerraba los cielos, haciendo que estos parecieran casi tocar la tierra, produciendo una agobiante sensación de asfixia y claustrofobia. Pronto, unos relámpagos comenzaron a iluminar con su fulgor los contornos del Convento; sus residentes no podíamos saberlo, pero un espectador externo se hubiera extrañado al ver que la extraña y repentina tormenta había tomado forma casi exclusivamente

encima del cenobio, estando las tierras de alrededor todavía bañadas por las postreras luces del atardecer. Ajena a lo singular del caso, las hermanas reunidas en la Sala Capitular sacamos los objetos que durante la semana habíamos ido adquiriendo o confeccionando para la invocación que nos proponíamos realizar. Como no estábamos versadas en dichos ritos, cada una aportó objetos y conocimientos, supersticiones más bien, de los que éramos poseedoras. Además, copias de algunos de los libros guardados en la biblioteca contigua a la sala donde se encontraban fueron aportados para el ritual; copias que se guardaban en aquel reducido archivo porque, por su temática y origen, no debían, ni podían, ser guardados con los libros sacros de la biblioteca principal. Así, con los parcos conocimientos de las mujeres, algunos libros en realidad mucho más poderosos de lo que ellas mismas creían, y algunos objetos que pensábamos que eran de cierto poder, comenzamos el ritual para intentar descubrir qué o quién nos había maldecido, al igual que a otras muchas mujeres durante varios siglos.

En alas de la tormenta, envuelto en las nieblas que rodeaban el convento, fuimos conscientes de que una maligna figura, llegaba hasta el claustro del recinto, casi en el mismo momento en el que el tosco ritual se convertía en una primaria invocación que, unida al poder de las paredes del recinto, al de los exóticos volúmenes empleados, y a la mismísima presencia del maligno visitante, consiguieron que una forma, parecía ser que de mujer, se intuyera entre las sombras de la Sala Capitular, una presencia ajena a todo lo presente en la estancia. Una opacidad más cerrada que las sombras que consumían la sala fue tomando sustancia, o así lo parecía a los alterados sentidos de las mujeres presentes. En el centro del semicírculo formado por las mismas, una imagen fue consustanciándose, definiéndose poco a poco con el perfil de una mujer; el vacío no tenía forma ni sustancia, el caos no era esencia: tomó la apariencia de lo que lo rodeaba, adquirió el aspecto y el procedimiento de aquellos seres, mujeres sabía ahora, que lo rodeaban. Un trueno resonó en la amplia sala, al tiempo que vimos como una figura que reconocimos por los viejos libros y por las antiguas crónicas, Guifred Estruch, el Conde², penetraba en la misma; una miríada de relámpagos pareció

² Conde Estruch: Conde Guifred Struch; aunque a veces se ha creído que es personaje mitológico, en realidad es un personaje ficticio creado por Salvador Díaz en la novela *Estruch*. Era un noble catalán de origen centroeuropeo, que fue transformado en vampiro (aunque en aquella época ese término como tal aún no existía).

convertir las tinieblas en el mismísimo mediodía. Las mujeres presentes vimos, con asombro y pavor, cómo una especie de red eléctrica conformada por los numerosos relámpagos unía las figuras del recién llegado y la de la recién formada. Ambos resplandecientes rayos de pura energía los enlazaban, y un aura de chispas los envolvían. Estuvieron así durante lo que a las monjas nos pareció una eternidad, pero que en realidad duró hasta que el trueno que seguía a los relámpagos restalló sobre ellas. Un enorme fogonazo nos cegó y, junto con el poder del trueno, nos derribó y nos dejó prácticamente inconscientes. Cuando se calmó algo la tormenta del interior de la Sala Capitular, y alguna de las hermanas se comenzó a recuperar, vimos que la figura masculina que había entrado con la tormenta había desaparecido, y frente a nosotras solo permanecía erguida la figura de una mujer que había aparecido tras su rudimentario intento de invocación. Desnuda, expectante, casi anhelante podría decirse, el envoltorio femenino fue receptor de la esencia del Conde y de la tormenta. Y así fue madre e hija del Abismo, una «lilim», un súcubo nacido del Vacío, imbuido de los poderes sagrados que impregnaban el recinto, y la sustancia vital del Conde Estruch, el vampiro, el maldito. A su vez, el Conde había quedado embebido de la propia sustancia del súcubo originado en el Caos, y la naturaleza de ambos cambió por completo, y para siempre.



TRIPLE AMENAZA

**POR J. JAVIER ARNAU
MORENO**

YA DISPONIBLE

iCAUDAS!



POR LUIS E. HERNÁNDEZ

«¡Ni un paso atrás!»... Los comisarios nos fustigaron sin piedad con aquel odioso lema impuesto por el Kremlin, repitiéndolo hasta la extenuación a través de megáfonos que deformaban sus voces y las convertían en chirriantes graznidos metálicos. «¡El Mamáyev Kurgán no puede caer!»...

Y defendimos aquella colina de Stalingrado a capa y espada; literalmente a muerte: allí se quedaron muchos de mis compañeros de batallón, tendidos sobre la tierra sucia y removida por las inccesantes explosiones de los obuses de la artillería, o bien sepultados bajo ella. Pero al Alto Mando no le pareció suficiente y nos consideró traidores y cobardes; nuestros comandantes fueron ejecutados allí mismo, y los demás, los que tuvimos «suerte» —siempre según la versión de aquellos compatriotas que se habían erigido en nuestros jueces y verdugos— fuimos enviados a un recóndito y frío gulag perdido en algún lugar de la inmensa estepa siberiana; un infierno de carámbanos y nieve.

En el camino hacia allí, hacinados en un vagón que arrastraba una lenta y traqueteante locomotora, palabras como «patria», «país» o «bandera» ya habían dejado de tener valor para mí. Habíamos combatido para derrocar a un tirano y teníamos a otro carníero similar gobernándonos desde Moscú. Lo único que quería era regresar a mi granja con mi amada Yelena y mis suegros, retomar el trabajo en los campos que había dejado abandonado cuando me reclutaron para hacer frente al invasor, y no salir jamás de aquel pequeño paraíso que eran para mí esos pocos acres...

«¡Cavad!», se nos gritaba todo el tiempo. «¡Cavad!»... Desde que había llegado a aquel presidio —ya no podía recordar cuántos meses llevaba allí—, solo se nos repetía aquella palabra; no hacíamos otra cosa que golpear con picos y palas el duro suelo de aquella mina que cada vez era más larga y profunda. Pero ¿qué buscábamos?, o ¿qué buscaban ellos? Pues en ningún momento veía que apareciera ningún mineral que pudiera ser valioso para el Partido o para el glorioso Ejército Rojo. ¿Cuál era la finalidad de todo aquel dispositivo? ¿Quiénes eran aquellos hombres que aparecían a veces a supervisarnos, uniformados de gris y con una insignia verde y morada que me era totalmente desconocida? Desde luego, no parecían del NKVD ni de ningún departamento que hubiese visto antes. Un compañero, el que llevaba más tiempo en el gulag —le había juzgado un anciano hasta que descubrí horrorizado que era mucho más joven de lo que parecía: así se cobraba la mina el hospedaje

en ella— me dijo que pertenecían a una división especial que se había formado en la capital, y que buscaban «algo raro», una especie de arma definitiva que ayudaría a acabar con todos los enemigos de la Madre Rusia.

«¡Seguid cavando, miserables!», nos ordenaban los guardias jornada tras jornada. Y cada vez más me cuestionaba si tenía algún sentido toda aquella labor, si en realidad había algún propósito en las mentes de nuestros carceleros o simplemente nos hacían trabajar por diversión, o quizás para acabar matándonos de puro agotamiento, limpiando así, de algún modo, su conciencia al no tener que terminar ellos mismos con nuestras vidas de una manera más directa.

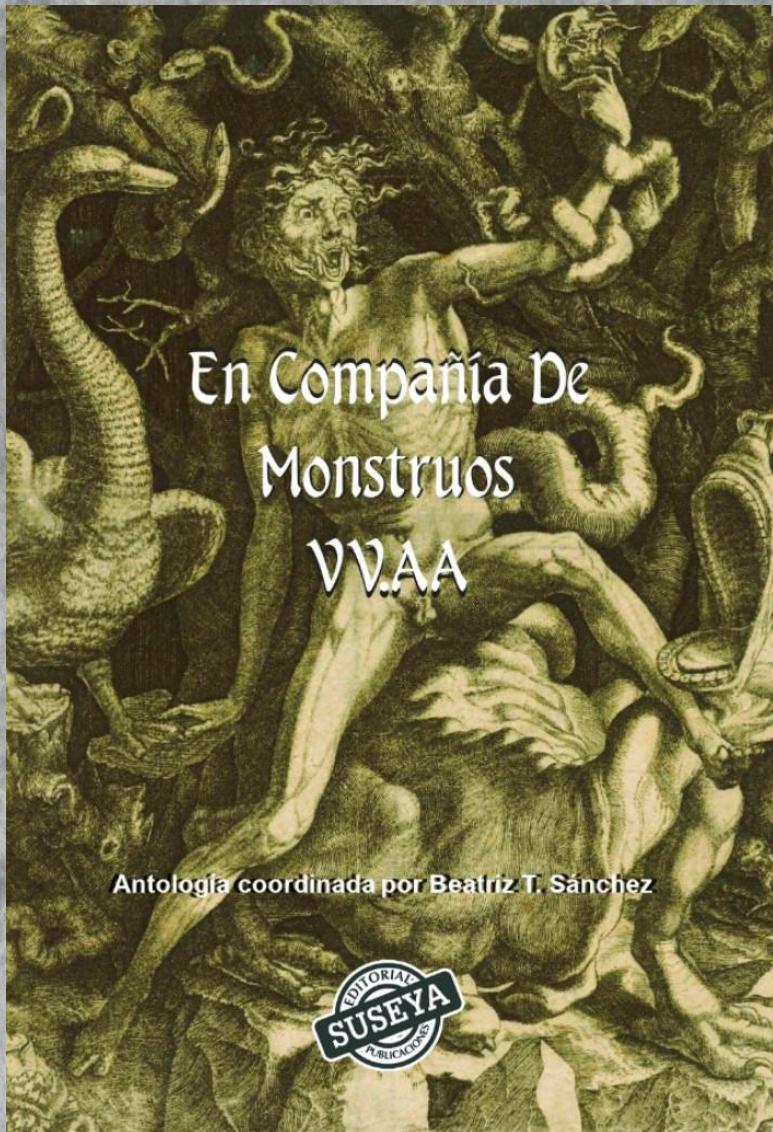
«¡Cavad!, ¡cavad!, ¡cavad!»... Y así fue como, un día, aquella reata de espectros en los que nos habíamos convertido —poco quedaba a esas alturas de los hombres que habían llegado conmigo al campo, devenidos ahora en horribles osamentas con piel cuyos demacrados rostros ocultaban el largo pelo y la barba— dio con el objeto de nuestra perpetua excavación, la meta de la empecinada búsqueda de nuestros guardianes. ¿Me atrevería a describirlo? Ni siquiera podría; por fortuna, yo estaba casi al final de la galería, y solo alcancé a entrever a la enorme criatura que habíamos liberado. Apenas llegué a distinguir algunas partes de aquella gran masa pardusca repleta de pequeños tentáculos y de algo que parecían bocas que emitían un sonido espantoso que nos penetraba hasta el alma.

Y, cuando el pánico se extendió entre prisioneros y guardianes por igual, cuando aquello comenzó a buscar una salida a la superficie, derribando travesaños y vigas, embistiendo carretillas, barriles, cajas y cualquier objeto que se interponía en su camino, devorando a mis desdichados compañeros —no podría jurar que fuera tal cosa lo que hacía, pero decididamente parecía absorberlos o deglutiérselos de alguna manera— yo fui uno de los pocos que logró alcanzar la entrada de la mina y escapar del gulag. Me interné en el nevado bosque que lo rodeaba sin siquiera llevar ropa de abrigo ni por supuesto víveres o un arma con la que intentar defenderme del monstruo, si tal precaución tenía alguna utilidad.

No sé cuántas horas han pasado desde el incidente ni cuánto me he alejado del campo; a decir verdad, ni siquiera sé muy bien hacia dónde voy, ni si sirve de algo continuar avanzando por este paraje interminable. Ignoro si será el frío, el hambre, o el puro cansancio lo que acabará conmigo, y si será mejor cualquiera de estas opciones a ser alcanzado por alguna de aquellas aberraciones que hemos dejado sueltas, pues, por los distintos chillidos que oigo

cada cierto tiempo provenientes de varios puntos del bosque, a veces casi simultáneamente, ahora tengo claro que el lugar en las profundidades que hemos abierto albergaba a varias de ellas... A lo largo de esta tarde que ahora cercena el crepúsculo, sin duda debido a mi estado febril, no dejan de asaltar mi cerebro pavorosas visiones que me adelantan el final de esta guerra, y no será ese desquiciado de Hitler ni nuestro amado camarada Stalin, ni siquiera esos arrogantes de Roosevelt o Churchill, los que se alcen con la victoria y se repartan el mundo. De hecho, en esos presagios aciagos ni siquiera alcanzo a vislumbrar a ningún ser humano sobre la faz de la Tierra...





¡Ya disponible!

¡Adquírelo ya!

VÍSPERA DE SAMHAIN

POR CIRCE



«Te comunico que un incendio ha destruido tu casa. Se ha quemado cuanto poseías. Habías olvidado una deuda y tu acreedor se ha llevado a tus hijos como esclavos en pago. En cuanto a tu mujer, se ha marchado con otro marido. Guárdate de volver, porque solo encontrarías miseria.»

Despedida en el libro de los muertos tibetano

(para evitar que el muerto regrese)

Si algo nos une a la humanidad entera, dando igual sexo, religión o condición económica es la muerte. Todos llegaremos a ella y en mayor o menor medida todos la tememos. Así nos podemos hacer las siguientes preguntas: ¿Por qué celebrarla? ¿En base a qué construir toda una fiesta entorno al macabro final?

Hablemos de esa fiesta que en apariencia es considerada como importada, invasora de nuestras costumbres, absorbadora de mentes infantiles que nos hacen olvidar el trasfondo mismo de la festividad, porque así la vemos, así la tratamos y así nos quejamos de algo que

en realidad es europeo, aunque los europeos nos hayamos olvidado de ello. De una fiesta que parece nos invade desde EEUU, pero que en realidad nuestros antepasados como «descubridores» del Nuevo Mundo impusimos a las culturas existentes. HALLOWEEN.

Permitanme remontarme, como si de la guerra de Troya se tratara en la que debemos regresar a las bodas de Tetis y Peleo. Pues de igual forma, la temida y venerada noche de difuntos se remonta hasta el equinoccio de otoño, donde la oscuridad comienza a invadírnos y entramos en época gobernada por los dioses de inframundo.



Entre el 21 y el 23 de septiembre, el equinoccio es la fiesta de la cosecha del cereal y la vendimia. En Grecia, se celebraban los misterios de Eleusis, ritos secretos, cuya revelación era castigada con la pena de muerte. Tuvieron mucho éxito tanto en Grecia como en Roma, algunos emperadores se iniciaron en estos misterios, entre ellos el emperador Adriano. Se celebraban en Eleusis, en honor a la diosa Deméter y su hija Perséfone. ¿Y por qué es importante? Por su mito mismo:

Según los griegos llegado este equinoccio Hades reclamaba de nuevo a su esposa Perséfone (Kore) a su lado en el inframundo. Por ello su madre Deméter (Ceres) diosa del

cereal la primavera y la cosecha quedaba destrozada y en su ensimismamiento descuida la tierra en otoño e invierno haciendo que nada crezca. Del mismo modo, la puerta a los infiernos queda abierta al paso contrario, un velo que comienza a hacerse más fino hasta llegar a la noche que nos ocupa.

Sin embargo, no son los griegos o romanos los únicos en notar esa abertura al mundo de los difuntos, otro mito, éste español nos narra el mismo hecho:

Entre los vascones encontrarnos un mito interesante y de mucho parecido al de Deméter y Perséfone. Es la diosa Mari.

Es el genio más importante de la mitología vasca, está por encima de todos los demás genios, es la líder de los demás personajes mitológicos. Esta personificación femenina de la Tierra se asemeja a los mitos ctónicos (de la tierra) que adoraban los antiguos pueblos matriarcales, antes de llegar los dioses celestes. Es la reina de la Naturaleza y de todos sus componentes. Está claro que este personaje es anterior a la llegada del cristianismo, y que para los antiguos vascones debió tener el estatus de diosa. Observando las cualidades y características de Mari, se le puede encontrar cierta semejanza con algunas diosas de la antigua Europa. Se la menciona de muy distintas maneras, pero es Mari la que predomina, aunque muchas veces va junto al nombre del lugar donde aparece (Mari de Txindoki, de Anboto, de Muru, ...). Según Barandiarán, su nombre no proviene de la abreviatura de María y sí se le puede relacionar con otros antiguos genios vascos como Mairi, Maide o Maindi.

Mari es la diosa de la justicia, defensora de la honradez y muy severa con la injusticia. Desprecia y castiga el mentir, el robar, no cumplir la palabra dada, no respetar a las personas y la arrogancia, sin embargo, premia el ayudar a los demás. Premia y socorre a sus adeptos, pero castiga a los que no creen en ella. Los delincuentes son castigados con la privacidad o pérdida de lo que ha sido objeto de la mentira, el robo, el orgullo...

Mari al ser un personaje mitológico ctónico vive bajo tierra, y sale a la superficie por cuevas y simas. En varios relatos se menciona que Mari vive en Anboto siete años y se traslada por el cielo al monte Txindoki para vivir otros siete, alternando así su residencia. Si alguien penetra en su vivienda lo castiga, pero si ha entrado con su permiso siempre hay que tutearla, no se debe sentar en su presencia y al retirarse nunca se le puede dar la espalda.

En Oñate cuentan que el marido de Mari es el genio llamado Maju, pero los relatos del Goierri atestiguan que es Sugaar. Tiene dos hijos llamados Mikelats y Atarrabi.

Las sacerdotisas, asistentes de la diosa Mari son las sorginas. Antiguamente para los vascos sorgin significaba «hacedora de creaciones, hacedora de nacimientos» de las palabras sortu («crear, nacer») y el sufijo —gin («hacedor/a»). Eran las encargadas de los santuarios de la diosa (como

«Sorginetxe»), las encargadas de sanar a través del conocimiento de las hierbas y de traer al mundo a los niños, ejercían, por tanto, de matronas. Las sorginas irradiaban el «Adur» (adúr), la energía que mueve el cosmos, a los niños que traían al mundo dándoles la vida.

Uniéndolos a través de la irradiación del «Adur» a la diosa Mari, a la madre tierra, de la que provienen todos los seres o, como se decía en la antigua religión: «izena daukan guzta» («todo lo que tiene nombre, vive»).

En la mayoría de las creencias, se considera que la vida y la muerte están unidas por un hilo, lo que conlleva que los dioses de nacimiento también gobiernen la muerte, pues el que otorga el hábito de vida es el que puede arrebatarlo.

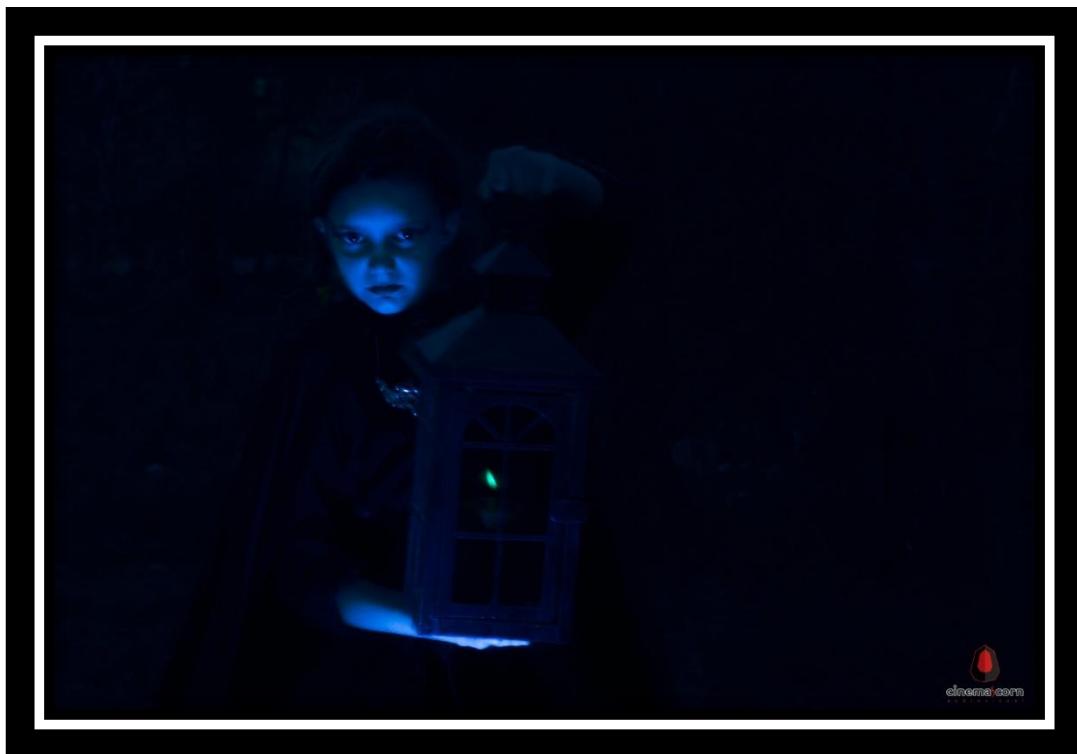
Distintas leyendas posteriores quieren ver el origen de Mari; la más conocida dice que en una familia sin descendencia la mujer deseaba como fuese tener un hijo, a pesar de que a los veinte años se le tuviese que llevar el diablo, y al fin quedó embarazada de una hermosa niña, días antes de que la muchacha cumpliera los veinte años su madre la encerró en una caja de cristal y la vigiló día y noche, esfuerzo inútil, ya que el mismo día de su cumpleaños el diablo, rompiendo la caja, se la llevó consigo a la cima del Amboto, donde habita desde entonces.

Otra de las leyendas sobre la procedencia de Mari, de la cual existen distintas versiones, cuenta que una madre y una hija vivían juntas. Un día la madre, enfadada, maldijo a la muchacha diciéndole:

«Ojalá te lleve el diablo». Al decir esto apareció el mismo diablo y se la llevó y la dejó vagando por los montes de la zona para siempre.

Podemos ver entonces, el paralelismo en el que un ser que gobierna el inframundo, los infiernos, la muerte, arrebata de brazos de su madre a la joven doncella.

Llegamos así, durante un mes que ya nos avoca hacia días desapacibles, lluvias, tardes más oscuras y amaneceres más tardíos hacia LA NOCHE: Samhain, Walpurgis, All hallows eve, víspera de Todos los Santos... Halloween.



Víspera de Samhain, para todo el mundo neopagano, derivado de las raíces celtas, el final el buen tiempo y de las cosechas, la época del año en la que uno debe recogerse en el hogar y comenzar un trabajo interior, como el aprendizaje de la magia, la alquimia, la astrología o la filosofía. La reunión nocturna consiste en un exorcismo de los malos genios, la purificación del grupo y de la tierra para que todo sea renovado y limpio. Los druidas generan el fuego nuevo con ramas de roble. Se hace una gran hoguera y se entonan canciones celebrando el Nuevo Año.

Se dejaban velas o pequeñas hogueras en las ventanas y las puertas de las casas para que los difuntos pudieran encontrar el camino a casa y ver a sus seres queridos.

Calendas de Noviembre (1 de noviembre)

El mes de noviembre tiene numerosas leyendas, casi todas negativas. «Mes de los vientos» en la tradición sajona, debido a las galernas que azotaban sus costas; «mes de la

sangre» debido a sacrificios de animales que se realizaban en honor a los dioses; «mes de los diablos y los suicidios»; para los celtas galos era el mes del dios Tarann, que representaba a las tempestades.

La creencia en la vida más allá de la muerte y de los espíritus de los difuntos pueden volver a la tierra en días señalados, estaban tan arraigada en los países europeos y orientales, que ha determinado una serie de hábitos perpetuados a lo largo de los siglos.

Curiosamente, en los tiempos pasados, cuando se celebraba esta conmemoración, el ritual adoptaba un tono festivo y eran días donde se bebía, comía y cantaba en un acto de desdramatizar el paso de un mundo denso a otro sutil. Con el transcurso de los siglos, las celebraciones en torno a los muertos fueron adquiriendo paulatinamente un carácter macabro, rodeado de numerosos tabúes. Este miedo a la muerte no ha sido algo constante a lo largo del tiempo.

Durante el siglo pasado la literatura ha dado nacimiento a la casi universal suposición de que Samhain era el Nuevo año celta, pero algunos historiadores han comenzado a cuestionar esta creencia. En su estudio del calendario folklórico de las islas británicas *Stations of the Sun*, el historiador británico Ronald Hutton escribe que no hay referencias más tempranas que las del siglo XVIII ni en registros cívicos, ni en iglesias que atestigüen este uso. Aunque sería correcto referirse a Samhain como El fin del verano, este punto de descenso hacia la oscuridad del año necesitaría mejor prueba para nosotros que citar este fin como si fuese un comienzo. Tanto si los antiguos celtas vieron a Samhain como el comienzo del año, o tan solo como un punto de turno entre otros en el ciclo de las estaciones, Samhain sigue siendo recordado como el Nuevo año celta por las culturas celtas vivientes, ambas en las Naciones celtas y la Diáspora. De momento, los calendarios contemporáneos producidos por la organización política la Liga celta comienzan y terminan en Samhain.

Los etruscos (s. VI a. C.) creían que los difuntos, se sentaban a su lado, en el borde de los sepulcros, y participaban de la comida fúnebre. Los romanos ya festejaban a sus muertos dedicándoles nueve días del mes de febrero, del 12 al 21, llevando a los fallecidos coronas votivas, semillas, granos de sal, trigo y violetas. Pero a decir verdad la mayoría de los cultos que perviven se deben al origen celta de la fiesta de Samhain.

Se consideraba el día 1 de noviembre como el primer día del año y Samhain la primera festividad de la rueda. Esta festividad abre puertas al invierno, se celebra la muerte del dios

y la luz y comienza una temporada de oscuridad que termina en Yule, donde se celebra el nacimiento de nuevo del dios del vientre de la diosa.

A la fiesta acudían tanto hombres como mujeres, se celebraban una asamblea, se sacrificaban animales para tener carne de cara al invierno. El sentimiento de proximidad con los difuntos era tal que cualquier ser vivo podía descender con ellos al mundo inferior, con la única condición de permanecer allí hasta el siguiente Samhain.

La noche del 31 de octubre era el momento en que los druidas recogían las bayas de muérdago depositado en las ramas de encinas y robles. El historiador Plinio descubre en sus obras esta ceremonia, en la que se cortaba muérdago con una hoz de oro. Sus bayas, según Paracelso, se convertían en poderosos condensadores magnéticos que utilizaban para realizar curas milagrosas. Se llevaban grandes cantidades de flores a los cementerios para dar la bienvenida a los difuntos y que se encontraran con algo bello, parecido a un paraíso. Se colocaban velas en el quicio de las ventanas para que los familiares difuntos encontraran el camino a casa.



Fue en el s VIII cuando, en un afán de cristianizar el año nuevo celta, se instituyó oficialmente la festividad de Todos los Santos por el episcopado francés. Con la Edad Media esta fiesta se extendió a otros países hasta que el papa Sixto IV la hizo obligatoria en todo el mundo cristiano en el año 1475. Los antiguos pueblos celtas, llegado el final de octubre, solían celebrar una gran fiesta para conmemorar «el final de la cosecha», bautizada con la palabra gaélica de Samhain. Significa, etimológicamente, «el final del verano».

Esta fiesta representaba el momento del año en el que los antiguos celtas almacenaban provisiones para el invierno y sacrificaban animales. Se acababa el tiempo de las cosechas, y a partir de entonces, los días iban a ser más cortos y las noches más largas. Los celtas creían que en esta noche de Samhain (hoy noche de Halloween), los espíritus de los muertos volvían a visitar el mundo de los mortales. Encendían grandes hogueras para ahuyentar a los malos espíritus. Era la fiesta nocturna de bienvenida al Año Nuevo. La costumbre era dejar comida y dulces fuera de sus casas y encender velas para ayudar a las almas de los muertos a encontrar el camino hacia la luz y el descanso junto al dios Sol, en las Tierras del Verano.

El Halloween norteamericano por lo tanto no es en absoluto genuino ya que deriva de dos festividades europeas, llevadas hasta América por los colonos y confundidas y mezcladas en una sola con el paso del tiempo. La llamada «noche de brujas» no es tal, ya que estas festividades, de origen germánico, se celebra la noche del 31 de octubre como primera noche de Walpurgis y la noche del 30 de abril del año siguiente como segunda noche de Walpurgis. En la antigua Irlanda sin embargo se celebraba el 31 de octubre la fiesta de «all-hallows-eve», es decir víspera de todo lo sagrado, donde se encendía un «fuego nuevo» cada año la víspera de Samhain y servía para encender el resto de los fuegos de la isla que servían para guiar a los difuntos a sus casas.

Todos o casi todos, reconocemos uno de los personajes principales en esta fiesta, esta vez sí importada desde el otro lado del charco. La Catrina, un mito que gira en torno a una crítica social del caricaturista José Guadalupe Posada hacia la clase alta mexicana que renegaba de sus raíces indígenas. Fue posteriormente, gracias a Diego Rivera, que llegó a inmortalizarse en un mural, consolidando así el símbolo del día de los muertos que representa la igualdad democrática de la muerte independientemente de tu riqueza terrenal.

Pero no en todas las culturas se desea el regreso de los muertos, en la creencia que asegura que los

«muertos piden muertos». Así, los tibetanos se muestran en extremo deseosos de evitar todo género de relaciones con los difuntos; de esta forma cuando una persona fallece, el orador se despide de él en estos términos: «Te comunico que un incendio ha destruido tu casa. Se ha quemado cuanto poseías. Has olvidado una deuda y tu acreedor se ha llevado a tus hijos como esclavos en pago. En cuanto a tu mujer, se ha marchado con otro marido. Guárdate de volver, porque solo encontrarías miseria».

Las supersticiones en torno a esta noche se derivan del suceso del 1 de noviembre de 1700 moría el rey Carlos II el Hechizado. Muchos vieron en este dato una serie de terribles presagios. Con él acabo la dinastía de los Austrias y su muerte desencadenó la llamada Guerra de Sucesión (1701-1714), que dio lugar a que se instaurara en el trono de España la Casa de los Borbones.

Así llegamos hoy en día, donde los niños reclaman esos dulces que deben entregarse a las almas que vagan por las calles en busca de sus familias, esos «monstruos» que aterrorizan los sueños de aquellos que temen al inframundo y a lo que pueda haber tras el óbito al que todos vamos abocados.





Agenda Eaa



Circe

RUNNING



POR JOSÉ MANUEL PEDRÓS

Había salido por la tarde a correr un rato por el monte. Eso que ahora se llama hacer running, y no hace mucho era footing.

Siempre había odiado los términos ingleses que tan de moda están, y no entiendo cómo, pudiendo utilizar una palabra de nuestra lengua, tenemos que recurrir a un anglicismo, pero, bueno, así es.

El trabajo que tenía en la oficina era monótono, y aburrido, y dos o tres días a la semana tenía que salir a correr por el campo o por el monte. Era una forma de desintoxicarme un poco, de eliminar las toxinas que me asfixiaban. Afortunadamente, solo tenía que hacer un kilómetro escaso para abandonar la población donde vivía y adentrarme en una zona boscosa que había cerca: una zona forestal cubierta de pinos y de caminos, que los fines de semana se llenaba de gente que iba a pasar el día con su familia, o a comer o merendar, lejos de la contaminación de la ciudad.

Aquello me relajaba, me llenaba los pulmones de aire fresco y me predisponía a llegar a casa, cenar algo ligero y dormir tranquilo para, al día siguiente, volver a la rutina del trabajo.

Noviembre cabalgaba ya desde hacía casi quince días en el calendario, y el cambio de hora hacía que, a las seis de la tarde, cuando salía de la oficina, ya casi oscureciera. Sin embargo, aquello no era ningún obstáculo para que, al llegar a mi casa, me quitara la ropa y me pusiera el chándal y las zapatillas de correr.

La mayor parte de los caminos me los sabía de memoria. Tanto los había cruzado que no necesitaba la linterna frontal que tenía, una parecida a esas que utilizan los mineros. Además, aquel martes había luna llena. La linterna me sobraba, y la dejé en casa.

Había recorrido unos tres kilómetros, más o menos, monte arriba, pasaban ya de las siete de la tarde y decidí volver a casa. Aquel camino no era de los que recorría habitualmente, y la soledad y el silencio aullaban. De pronto me detuve, me apoyé contra el tronco de un pino para tomar aliento y escuché más cerca el aullido; pero aquello no era el aullido del silencio, ni de la noche. A lo lejos vi dos ojos brillantes que, poco a poco, se acercaban hacia donde yo estaba. El aullido procedía de allí. Unos segundos después apareció frente a mí, majestuoso y solemne, un enorme lobo gris que mostraba una escalofriante dentadura.

Recordé lo que había oído en el pueblo. Más de una persona se había encontrado, en la carretera que bordeaba la montaña, con un lobo gris camuflado en la noche junto a la cuneta. Sus ojos brillantes lo delataban, y los aullidos del animal llegaban a veces, como un eco

lejano, a las afueras del pueblo. Algunos lugareños decían que podía ser alguna loba perdida que se encontraba en celo, pero yo nunca había hecho caso de semejantes habladurías.

Estaba tan retirado del pueblo que no tenía escapatoria, y decidí permanecer quieto. En más de una ocasión había escuchado que a ciertos animales no hay que plantarles cara, ni hay que huir de ellos, porque entonces se sienten amenazados, y que si estás inmóvil ellos continúan su camino y te dejan en paz.

Pero esta vez no fue así. Cuando el lobo, o la loba, estaba a dos metros escasos de mí se detuvo, me miró como solo miran las alimañas, y de un salto se lanzó contra mí. Mis reflejos agudos, en ese momento, hicieron que me apartara de repente, y el animal se estrelló contra el tronco del árbol. El golpe lo dejó medio aturdido, y yo aproveché el momento para coger una gruesa rama que había en el suelo con la que defenderme.

El golpe de la rama contra la cabeza del lobo lo enfureció, y mostrando sus afilados colmillos se lanzó de nuevo contra mí. De un zarpazo me rompió la chaquetilla del chándal, y la sangre empezó a fluir muy lentamente, como un diminuto riachuelo. El lobo entonces me abrazó con la intención de clavarme sus colmillos, pero de nuevo giré la cabeza y con toda la fuerza que pude le di un enorme mordisco en el cuello —no tenía en ese momento otra arma para defenderme—, donde calculaba que podía estar la yugular, hasta que, exhausto, poco a poco perdió la fuerza con la que me abrazaba y quedó tendido junto a la hojarasca cobriza, que se tiñó de la sangre del animal.

Pasé mi mano por el pecho y la observé cubierta de sangre. En mi boca, un ligero sabor amargo me indicaba que también la sangre, que no era mía, la llenaba. Pasé el dedo índice por mis labios y también se mancharon de sangre. Después escupí los restos de aquella sustancia viscosa que tenía en la boca, y perdí el conocimiento.

No sé el tiempo que pasé hasta que desperté. La luna llena nos observaba desde las alturas. En ese momento deseé haber vivido con alguien, porque, al estar solo, nadie iba a saber si estaba perdido en el monte, y nadie iría a buscarme.

El animal seguía tumbado en la hojarasca. Seguramente el mordisco había sido lo suficientemente profundo para dejarlo sin sentido, y había perdido bastante sangre. La suficiente como para seguir aturdido, medio muerto.

Poco a poco la luna fue cubriendo su órbita, y cuando una leve luz empezó a clarear por el este, observé cómo el lobo (o la loba) intentaba ponerse en pie. Aquello me atemorizó,

pero lo que realmente me horrorizó fue el ver cómo poco a poco empezaba a perder el pelo gris que le cubría; cómo sus uñas se retraían y sus zarpas se convertían en dedos; cómo su hocico se encogía también y se convertía en nariz. Sus afilados colmillos empezaron a menguar hasta alcanzar el tamaño de los caninos de una persona; sus patas delanteras se volvieron brazos y sus patas traseras se transmutaron en piernas. Una melena negra le creció en la cabeza y en un espacio de tiempo, que no llegaría a la media hora, apareció ante mí, tumbada en la hojarasca cobriza, el cuerpo desnudo de una bella joven morena con una mancha de sangre seca junto a la yugular.

Un rayo de sol surgió de pronto entre el ramaje de los pinos, iluminando la cara de aquella joven extraña. En sus ojos vi el reflejo amarillo del sol y un brillo interminable, y entonces, mirándome fijamente, me sonrió.



LA PICADURA



POR ROSA MARÍA FEASES

El cementerio estaba en silencio. Solo se escuchaba el susurro del viento moviéndose entre los cipreses. Angie avanzó lentamente por el sendero de grava con un ramo de lirios blancos, las flores favoritas de su madre.

Cada visita a la tumba de su progenitora era como un ritual para ella: limpiaba la lápida, cambiaba las flores, y se quedaba un rato en silencio hablándole mentalmente. Tenía la convicción de que, estuviese donde estuviese su madre seguro que la estaría escuchando. Ese día le contó que su novio y ella estaban pensando en casarse y que su mejor amiga parecía celosa de su suerte.

Mientras pasaba el paño húmedo por el mármol gris, algo le picó en el antebrazo. Miró y vio un insecto raro, con el cuerpo brillante y unas patas delanteras con tenazas que se abrieron en el aire mientras volaba de nuevo hacia ella. Lo apartó de un manotazo. Se miró la picadura, le escocía, y en la piel observó un punto rojo rodeado por un círculo oscuro.

—Qué asco... —murmuró, sin darle mayor importancia.

Esa noche soñó que estaba dentro de un ataúd. Sentía el olor a madera y el peso de la tierra encima. Gritaba, pero nadie la oía. Cuando despertó, el corazón le latía a mil por hora y la picadura le ardía como si tuviera fuego dentro.

Al día siguiente se miró en el espejo después de ducharse. Entre el vaho vio que la picadura tenía una costra marrón alrededor, gruesa, seca, con un tono entre óxido y barro. Se miró directamente el brazo y la tocó. Era dura y rugosa, pero no le dolía.

—Será una alergia —se dijo. Pero la costra creció.

En pocos días le cubrió todo el antebrazo. La piel se volvió áspera, como si estuviera hecha de madera vieja. Por entre las grietas empezaron a salir pelos oscuros.

Alarmada acudió al médico. Le dieron cremas, antibióticos, pastillas. Ningún galeno atinaba en su diagnóstico.

—Puede ser una reacción a una picadura tropical —le dijo uno.

—No he viajado a ningún sitio —respondió ella.

Los médicos, incómodos, no sabían qué explicación darle. Una noche soñó de nuevo que estaba enterrada.

Golpeaba la tapa del ataúd y sentía algo moverse bajo ella, algo que arañaba la madera desde fuera.

La costra le subió por el brazo, hasta el hombro. La piel crujía cuando se movía. Apenas podía doblar los dedos.

El picor era insopportable. Sentía como si algo caminara bajo su piel, empujando para salir.

Los médicos decidieron ingresarla para hacerle un estudio más completo y un seguimiento exhaustivo. Le realizaron todo tipo de pruebas, le recetaron más medicamentos, pero el empeoramiento de Angie era evidente. Uno de los tratamientos le provocó un efecto secundario muy raro que la dejó completamente dormida. Su respiración se volvió muy débil y el corazón se le detuvo unos segundos, pero fue el tiempo suficiente para que el monitor del hospital marcara una línea recta.

Los sanitarios, ante el temor de encontrarse ante una enfermedad rara y contagiosa no quisieron acercarse para reanimarla.

La dieron por muerta. Despertó en la oscuridad. El aire era pesado.

Olía a tierra húmeda.

Intentó moverse y sus manos chocaron contra madera.

¡No!

¡No!

No podía ser.

¡La habían enterrado viva!

Sus peores pesadillas se habían hecho realidad. Gritó.

Golpeó. Arañó.

El eco de sus propios gritos la volvió loca. Siguió arañando hasta que se arrancó las uñas.

La madera se manchó con una sustancia espesa, pero no era sangre: era marrón, como la costra.

Entonces notó que su piel se abría, algo la estaba rompiendo desde dentro. Su cuerpo entero crujío, entonces ... estalló.

De entre los restos salió una criatura: un cuerpo brillante, marrón oscuro, con alas plegadas y dos grandes tenazas en lugar de manos.

No tenía ojos humanos. Pero veía.

Con las tenazas logró hacer un agujero en la caja, salió de ella y empujó la tierra con fuerza. Subió y trepó hasta que la luna la iluminó.

El aire le ardió en los pulmones, si es que aún los tenía.

Intentó volar. Las alas se abrieron, temblaron, y la dejaron caer suavemente sobre el mármol frío.

Allí se quedó, apoyada contra su lápida, esperando.

Pasaron los días. La lluvia cayó, las flores se marchitaron y nadie iba a visitarla. Era huérfana y no tenía familia cercana.

Una tarde vio llegar al que había sido su novio.

Traía un ramo de flores, pero no iba solo, venía de la mano de su mejor amiga, aquella que parecía celosa de su felicidad.

El insecto primero sintió celos y después algo parecido a una sonrisa le recorrió el cuerpo.

Se deslizó despacio por la piedra, se acercó sin hacer ruido.

Esperó a que él se inclinara para dejar las flores y entonces le dio una leve picadura en el cuello.

Él apenas la notó.

Pero sobre su piel, un pequeño círculo marrón empezaba a formarse.



Y tu abuela.
¡Ay, abuela!
Que tu abuela nunca
tú por siempre, mi ama.

Que yo a ti no te rezó.
Yo contigo hablo.
Yo a ti me confieso
los deseos en forma de canto.



CARLA CELDA

Desde que tengo uso de razón, recuerdo acompañar a mi abuela y a mi tía abuela Carmen a honrar a nuestros ancestros. Tengo los sentimientos nítidos como si fuera ayer, aunque ya hayan pasado veinte años. Recorrer esa pasarela larga de cemento blanco y pedregoso, rodeada de naranjos que nos llevaba al cementerio, era un juego para mí. Vivaracha trotaba con determinación y sin freno hasta llegar a la imponente puerta de rejas cargada del bracero con el cubo viejo abarrotado de todo lo necesario. Quiero creer que de lejos eran capaces de reconocer el eco de mis brincos y sonreían. A veces les llevábamos flores frescas, otras de plástico, pero no tenían el hábito de acercarse el Día de Todos los Santos. Creo que de ahí nace la primera chispa de alergia que me pica hasta incomodarme. Hoy mi abuela ya no está físicamente conmigo, y cada visita se convierte en un río que no acaba en la mar, sino en un pozo en el que he aprendido a nadar. Es un acto sagrado e íntimo donde la religión no tiene cabida, pero sí el respeto. Por eso, saco los dientes cada vez que alguien del pueblo se acerca, interrumpiendo la comunicación con ella.

Me gusta pasarme horas allí dentro. Contemplar cada sigilo olvidado, cada ramo marchito, cada lápida rota. El aire que se cuela por las callejuelas y me embiste no me da miedo, sino paz. Medito sobre los pasos que doy, las versiones que fui y de las que aprendí, el cariño inmenso que les proceso. Me vacío las heridas y me recompongo, no sé cómo, porque cada vez se difumina más en mi memoria el sonido de sus voces. Con pasión trazo una ruta para

visitarles a todes, y siempre, la misma conclusión rebota en mi conciencia. ¡Qué afortunada soy de haber heredado esta tradición que me mantiene unida a mis raíces!

Somos energía perenne y materia con forma de cuerpo humano. El nicho sostiene al féretro, y este, nuestros restos cuando toca la hora de partir para el otro barrio. No sé si las almas perdidas nunca han llegado a residir en los que sus amantes eligieron como su próxima casa, ni si de noche se oyen lamentos tenebrosos. Tampoco, si mientras estoy frente a las tumbas de mi tribu, espíritus desconocidos me miran y me rozan. Pero me siento a salvo.

Estoy conectada al costumbrismo como una extensión de mi linaje. Me reconozco en familiares que jamás conocí. Antes, si quiera de ver sus rostros en las pocas fotografías que guardo como oro en paño, su esencia ya vivía en mí. Estoy segura de que ayudaron a mi madre a darme a luz, que cuando estoy en apuros moldean el espacio-tiempo a mi favor, que cuando me destapo los riñones me tapan de nuevo, aunque sea verano. Habito certezas inexplicables para la lógica. Sensaciones, visiones, respuestas por las que me llamarían loca.

Mi abuela es la última del matriarcado de Manuelas que quiso ser enterrada. La que me dejó miguitas de pan para que encontrara mi verdad. La que veló por mi fe. La que me alimentó con su amor. Elijo vivir la noche del treinta y uno de octubre como un ritual donde la luz de las velas les indique que la distancia no hace el olvido. Donde el olor de sus dulces favoritos les vuelva a sentar en la mesa. Una fogata de dicha donde la muerte no es el fin, solo un cambio de ciclo.



CARLA CELDA

EUTANASIA



POR JOSÉ MANUEL PEDRÓS

Sergio tenía treinta y cinco años cuando al salir de la boda de una prima suya, y volver a casa, la moto en la que viajaba con un amigo se estrelló contra la caja de un camión que salía de un cruce con un Stop.

El impacto fue mortal.

La moto iba por una carretera preferente, y al conductor no le dio tiempo a reaccionar.

El atestado de la Guardia Civil indicaba que la velocidad de la moto, que seguramente no había podido frenar, sería de unos 150 kilómetros por hora, y que, la posible distracción del conductor del camión había hecho que no se diera cuenta de que la moto venía y se cruzaba en su trayectoria.

El amigo de Sergio, que conducía la moto, falleció en el acto. El casco quedó empotrado en la caja del camión, y para sacarlo de allí fue necesaria la intervención de los bomberos.

No es necesario transcribir aquí textualmente el informe facilitado por los bomberos al Juzgado de Instrucción, para acompañarlo al sumario, pero se puede imaginar que no es nada agradable relatar las circunstancias en las que tuvieron que rescatar el cuerpo del conductor fallecido.

Sergio no falleció, pero quedó malherido, en estado de coma, sin sentido. Un mes después no había recuperado la conciencia, pero la respiración artificial y la alimentación por vía intravenosa lo mantenían vivo, en espera de una posible evolución del paciente, evolución que, sin embargo, no llegaba.

Cada día que pasaba, sus familiares esperaban que un milagro hiciera que Sergio se recuperara, volviera a recobrar la conciencia y pudiera reiniciar de nuevo su vida normal; pero pasaban los días y todo seguía igual, sin que sus padres y su mujer, que se turnaban para estar a su lado todos los días y muchas noches, pudieran hacer nada más que estar junto a él esperando ese milagro en el que no creían demasiado, y que, desde luego, no venía.

Al acercarse las navidades, la religiosidad de su familia, que no era la más adecuada en los últimos tiempos, empezó a recobrar un cierto vigor. Cuando uno no tiene a qué agarrarse, como dice el refrán «se coge a un clavo ardiendo»; y cuando la medicina ya no tiene nada que hacer, solo nos queda abrir de par en par las puertas de la fe, para intentar que entre algo de aire. Sin embargo, aquello tampoco fue suficiente.

Clara (su mujer) y sus padres pensaron qué podían hacer cuando tres años más tarde seguía unido a unas máquinas de soporte vital, en estado vegetativo, siendo la respiración monótona y seca lo único que ofrecía algún signo de vida.

Los doctores que lo atendían les dijeron a los familiares que la situación era irreversible. No iba a volver a recuperar la conciencia, ni a poder hablar. Su cerebro estaba bloqueado y no era capaz de expresar ningún sentimiento ni ninguna emoción. Y les aconsejaron que pensaran en la posibilidad de practicarle la eutanasia.

—Una muerte apacible es mejor que esta incertidumbre permanente —dijo uno de los doctores.

—Pero él no tenía ningún testamento vital —aclaró su esposa.

—En este caso, no sería imprescindible. Solo se necesitaría su aprobación y la de

sus padres, firmando un documento que autorizara la intervención voluntaria, para acelerar la muerte del paciente desahuciado, con la intención de evitar un sufrimiento mayor y un dolor innecesario. Piénsenlo —añadió el doctor con el que estaban hablando—. Es lo mejor para él.

La duda flotaba en el aire. Su mujer no se atrevía a dar el primer paso, porque siempre esperaba ese milagro; y sus padres, que no habían querido decirle nada a su esposa, pensando que podían herir su sensibilidad, dudaban de qué sería lo más aconsejable.

—El doctor nos lo ha dicho claro —dijo finalmente su madre, con una angustia tremenda—. Después de tres años postrado, no hay posibilidad alguna de recuperación.

Aún tardaron un par de meses más en decidir qué hacían. Clara era la que más resistencia ponía. Tomar aquella decisión era para ella algo muy grave, más incluso que para su madre, que imploraba cada día a una Providencia etérea y desconocida, para que llegara la luz hasta las tinieblas que cada día Sergio soportaba.

Pero debían pensar en él, sobre todo, porque aquello no era agarrarse a la vida sino convivir cada día con la muerte, y al final aceptaron, aunque de una forma triste, la propuesta del doctor.

En el hospital se preparó un cóctel letal. El paciente no iba a sufrir en absoluto, y en un minuto escaso, todas las constantes vitales dejarían de funcionar.

Los padres estaban de pie, impacientes y esperando, en una sala al lado de la habitación donde estaba Sergio. Clara estaba junto a ellos, abrazada a su suegra. Por su mente pasaban mil cosas, y ninguna ordenada. El doctor y una enfermera prepararon la jeringuilla, y el líquido fue inyectado por vía intravenosa.

Un par de segundos después, Sergio abrió los ojos desmesuradamente. Aquello sobresaltó a ambos, que no esperaban aquella reacción. El paciente se quedó mirando fijamente al doctor, como si quisiera hipnotizarlo, y dijo con voz ronca: «¿Dónde estoy?». «¿Qué me ha pasado?». Después cerró los ojos y, ante un doctor aterrado, Sergio falleció.

32 GRADOS FAHRENHEIT

GUIÓN: ÓSK
DIBUJO: GUILLE ROMANO

LAS LUCES DE EMERGENCIA PARPADEAN.

LAS PAREDES PARECEN ESTRECHARSE, Y LA ESCARCHA ME REFLEJA DESDIBUJÁNDOME EN UN NUBARRÓN OSCURO DE COLORES Y SOMBRAS.

ES CUESTIÓN DE TIEMPO QUE LAS FUERTES CORRIENTES DEL ÁRTICO NOS ENGULLAN.

QUE NUESTRO RECUERDO SE PIERDA AL IGUAL QUE JONÁS ENTRE LAS ENTRÁNAS DE LA BALLENA.

¡KLANG!
¡KLANG!
¡KLANG!

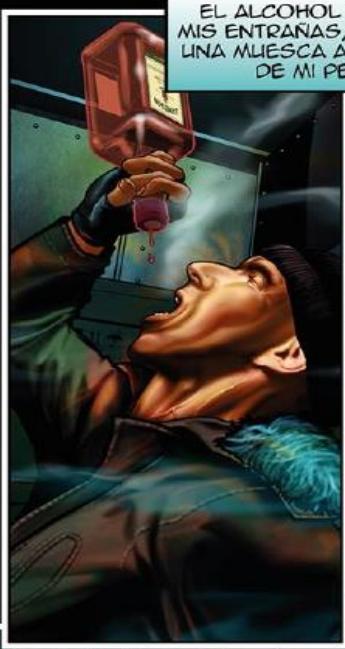
QUIZÁS MI MEJOR OPCIÓN PASE POR AHORCarme EN UNO DE ESOS...

SERÍA IRÓNICO QUE EL COCINERO DEL BARCO LUCIERA COMO UN TROZO DE CARNE LISTO PARA COMER.

ESA MALDITA COSA LLEVA HORAS GOLPEANDO LA PUERTA...

SU IMPACIENCIA JUEGA A MI FAVOR.

TARDE O TEMPRANO SE DECIDIRÁ A ENTRAR.



QUIÉN IBA A PENSAR QUE AQUEL BOTE TRAERÍA TAL DESGRACIA A BORDO.

PLAM PLAM PLAM PLAM

FUE REBECA, LA DOCTORA, QUIEN LO DESCUBRIÓ EN LA CUBIERTA A PRIMERA HORA DE LA MAÑANA.

LAS BAJAS TEMPERATURAS LO HABÍAN CONSERVADO CONGELADO.

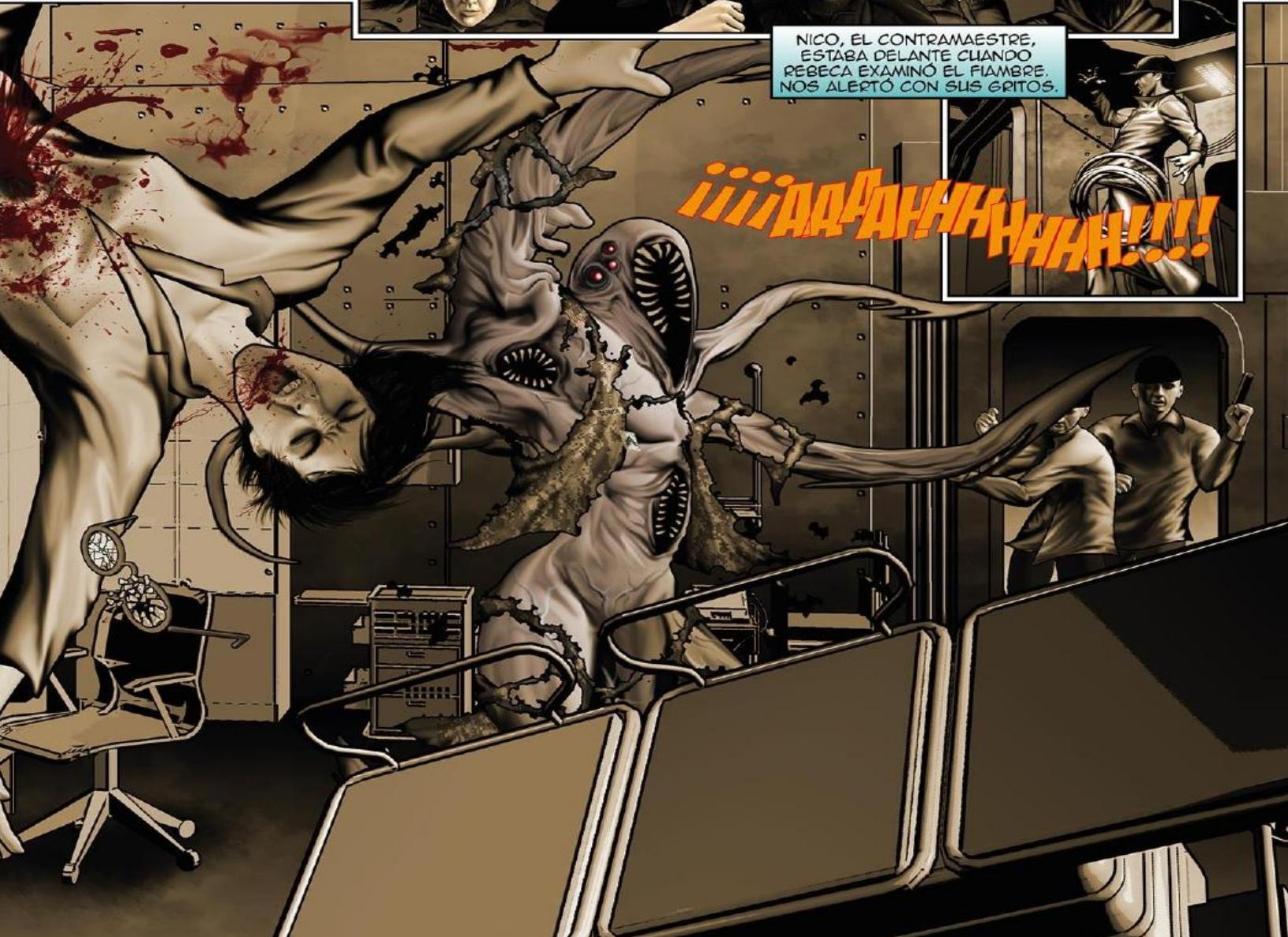
CORTÉS, EL CAPITÁN, DECIDIÓ LLEVARLO A LA PRIMERA BASE QUE ENCONTRÁSEMOS Y SACARNOS, NUNCA MEJOR DICHO, EL MUERTO DE ENCIMA.

MALA DECISIÓN.

NADIE PUDE SOSPECHAR QUE EN TAN POCO TIEMPO ESA COSA ACABARÍA, UNO A UNO, CON TODOS NOSOTROS.

NICO, EL CONTRAMAESTRE, ESTABA DELANTE CUANDO REBECA EXAMINÓ EL FIAMBRE. NOS ALERTÓ CON SUS GRITOS.

AAAAAH!!!!



HORRORIZADOS, TRATAMOS DE SALVARLOS PERO FUE IMPOSIBLE.

COMENZÓ UNA BATALLA CAMPAL.

¡BANG!

EL BARCO TERMINÓ POR PERDER EL RUMBO Y UNA TERRIBLE TEMPESTAD SE NOS ECHÓ ENCIMA.

LOS CAMAROTES Y LA CUBIERTA SE CONVIRTIERON EN IMPROVISADAS TRINCHERAS DE GUERRA.

DE ESO HACE VEINTICUATRO HORAS.

RAMÍREZ Y YO NOS REFUGIAMOS EN LA SALA DE MÁQUINAS.

LA ATACÓ EN UN INÚTIL INTENTO DE HACERLE FRENTES, PERO ESA COSA LO APARTÓ SIN INMUTARSE.

NO SÉ SI FUE POR LA LOCURA DE VERSE ACORRALADO, QUE DECIDIÓ SUICIDARSE ABRIENDO UNA VÁLVULA DE VAPOR.

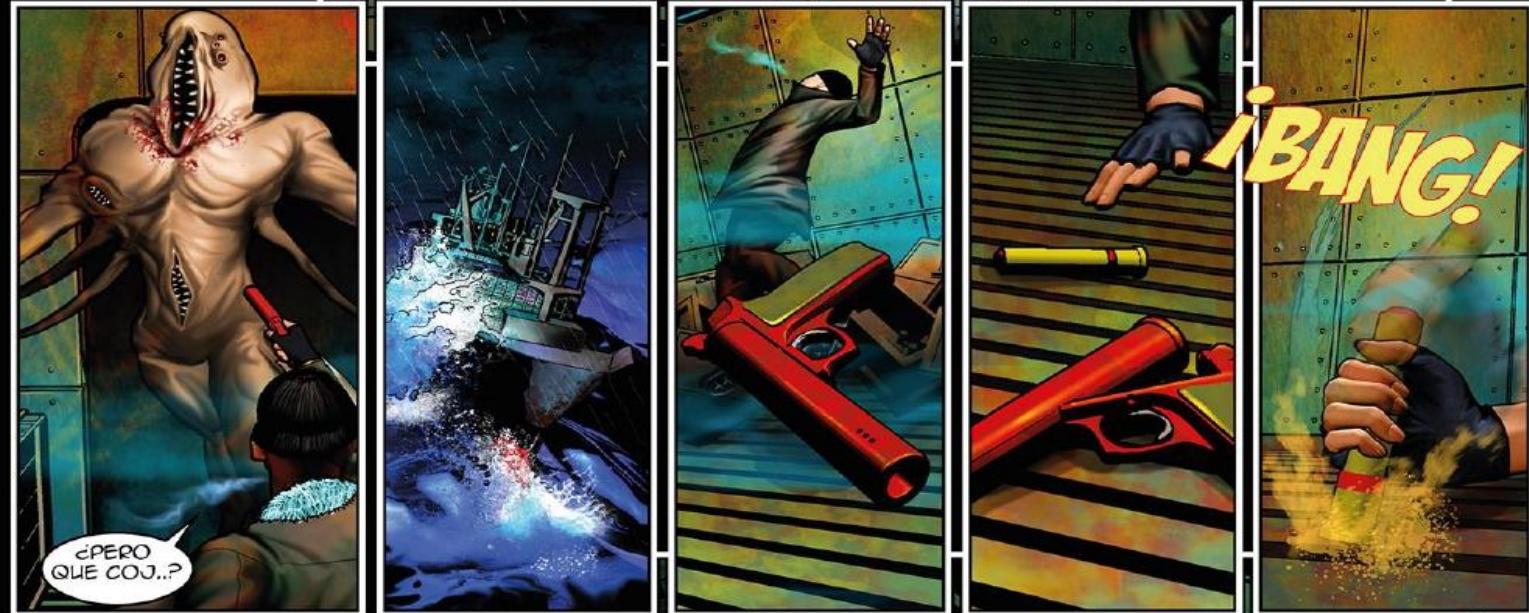
ÉL MURIÓ AL INSTANTE ESCALFADO COMO UNA LANGOSTA Y ESA COSA CHILLÓ.

SÍ, LA VI SUFRIR POR PRIMERA VEZ.

GRITAR Y RETORCERSE.

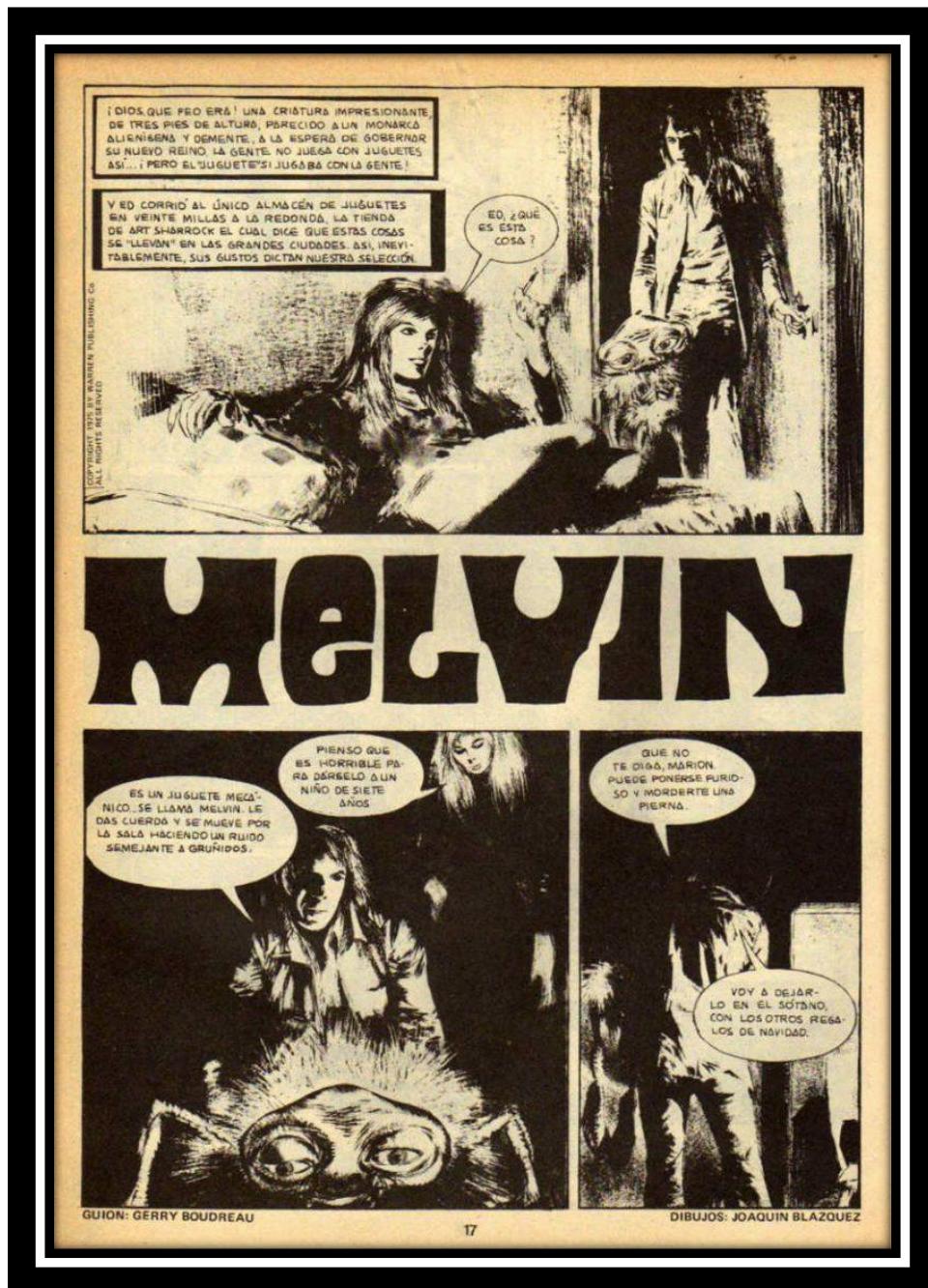
ENTONCES LO COMPRENDÍ: EL CALOR.

LA SUICIDA ACCIÓN DE RAMÍREZ ME DIO UN POCO DE TIEMPO EXTRA PARA RECOSER UN PAR DE GARRAFAS DE GASOLINA Y REFUGIARME EN LA DESPENSA.



MELVIN

O ESE OTRO ET QUE INQUIETABA A LA SUPUESTA
ORIGINALIDAD DE SPIELBERG



POR JORGE ZARCO

Recuerdo hace ya la tela de años que allá en mi calle, hubo un pizzero que abrió una pizzería con un invento propio, un borde relleno de queso que tampoco rompió que digamos, antes de que una famosa casa de pizzas sacara su famoso borde relleno y ese pobre diablo agonizara sus últimos años con denuncias y pleitos hacia la poderosa corporación, sin éxito alguno. El pez grande se come al chico, ya conocen la historia. Y el paso de los años ha demostrado que Edison no inventó nada nuevo y se limitó a robar el talento de colegas cercanos como Nicola Tesla con la electricidad y Segundo de Chomón con el Travelling y el Story-board nada menos, lo mismo que Disney y Andy Warhol con sus trabajadores y colegas. Y se sorprenderían con casos como el de Enrique Gaspar y su máquina del tiempo, escrita para el ANACRONOPETE unos años antes que la de H.G. WELLS. Lástima que no existiese en aquellos años una cosa llamada derechos de autor.

La historia que les voy a contar ahora es totalmente verídica. A mediados de los 80, sobre 1986, surgió un insólito personaje llamado Joaquin Blanquéz Garcés (1946-1986), un tipo que dijo haber dibujado a mediados de los setenta un cómic para la casa Warren; editora de Rufus y Vampirella, cómic protagonizado por un personaje de nombre Melvin. Una criatura extraterrestre que, bajo la apariencia de un juguete mecánico, en realidad busca invadir masivamente la Tierra y a la raza humana como fuente de alimento. La peculiaridad, fue que el cráneo de dicha criatura tenía un parentesco sobrenatural con un diseño creado tanto por Ed Verreaux, Rick Baker y Carlo Rambaldi, como reivindicado hasta niveles enfermizos por el propio Blanquéz, que fue ignorado una y otra vez por Spielberg, al igual que ignoró a su colega John Landis a raíz del trágico accidente del episodio de En los límites de la realidad (83) que provocó la muerte de Vic Morrow y dos niños vietnamitas, decapitados por la hélice de un helicóptero en la escena ambientada en la guerra de Vietnam.

Tras el arrollador éxito de EN BUSCA DE EL ARCA PERDIDA Spielberg prepara DARK SKIES, un proyecto con Rick Baker donde una familia muy made in USA es invadida por una familia de extraterrestres, siendo auxiliados por el más bondadoso de los invasores; de dicha película saldrán dos obras de culto de Spielberg: ET y Poltergeist; pero topará con el sindicato de directores USA que le prohíbe dirigir dos pelis en un año. No hay problema, hará como George Lucas con Richard Manquard en El retorno del Jedi, y hará de Tobe Hooper su hombre de paja en Poltergeist.

Joaquin Blanquéz Garcés fue como ese Nicola Tesla o Segundo de Chomón; molestos sujetos que avergonzaron a Edison, porque demostraban que al genio se le veían los hilos en una falsa genialidad harto discutible, llamada plagio (o robo de derechos). Joaquin Blazquez dibujó para el VAMPIRELLA de marzo de 1976, una historieta llamada “Entonces una noche buena con niebla” con una raza de juguetes que en realidad son extraterrestres destinados a devorar a la raza humana. Cuyo cráneo tiene un inquietante parentesco con una criatura posterior que hará las delicias de un servidor allá en su infancia, y la de millones de niños a

nivel mundial. Pero no la del pobre Joaquín Blánquez, su presunto creador, cuya autoría, o eso siempre creyó él, lo llevó a la depresión y al ostracismo. 1987 fue el año de la caída de la industria del cómic en España ante un grupo de progres que decidieron que el cómic era “arte” y pasó de ser un entretenimiento capaz de auto abastecerse a sí mismo, a caer en picado como industria por culpa del capricho esnob de un grupo de progres de usar y tirar. EL CIMOC de 1986 publicó su historieta sobre Melvin y Joaquín Blanquéz tuvo sus Walholianos quince minutos de familla, antes de volver al ostracismo, porque el rey Midas de Hollywood jamás le contestó, y el silencio suele ser la más contundente forma de desprecio. El diseño de ET se atribuye a Ed Verreaux según indicaciones de Spielberg; “inspirado” en la cara de Albert Einstein y de un perro y de nada más. Blanquéz mandó cartas a Spielberg al estudio de la Universal pero jamás recibió respuesta; ¿acaso no es el silencio, desprecio más contundente? Después de eso, se hundió en el alcoholismo y los fármacos y jamás superó aquello. El proyecto de su reivindicación y documental fue compensado por fin por el programa de Iker Jiménez para CUARTO MILENIO.



AIRE Y ÁNGELES (AIR AND ANGELS)

Dos o tres veces te habré amado
antes de conocer tu rostro o tu nombre;
en una voz, en una llama informe,
a menudo los ángeles nos afectan, y aún así los adoramos;
como cuando me acerqué a ti
vi una espléndida y gloriosa nada.

Puesto que mi alma, cuyo hijo es el amor,
requiere de miembros de carne y hueso
o nada podría si ellos,
más sutil que el padre el amor no ha de ser,
sino también ha de encarnar un cuerpo;
por consiguiente, invoco quién y lo que eras,
y al amor conmino, en este mismo instante,
a que se aloje en tu cuerpo,
y en tus labios, ojos y cejas se instale.

En tal caso, como un ángel, con rostro y alas
de aire, no tan puro éste, pero que lleva puramente,
de este modo pueda tu amor ser mi angélica esfera.

Justamente igual diferencia,
como aquella que reina
entre la pureza de los ángeles y del aire,
como la que siempre existirá entre el amor
del hombre y de la mujer.

Twice or thrice had I loved thee,
Before I knew thy face or name;
So in a voice, so in a shapeless flame,
Angels affect us oft, and worshipped be;
Still when, to where thou wert, I came,
Some lovely glorious nothing I did see,
But since my soul, whose child love is,
Takes limbs of flesh, and else could nothing do,

More subtle than the parent is
Love must not be, but take a body too,
And therefore what thou wert, and who
I bid love ask, and now
That it assume thy body, I allow,
And fix itself in thy lip, eye, and brow.

Then as an angel, face and wings
Of air, not pure as it, yet pure doth wear,
So thy love may be my love's sphere;
Just such disparity
As is 'twixt air and angels' purity,
'Twixt women's love, and men's will ever be.



John Donne (1572-1631)

LA CASA DE LAS VOCES SILENCIOSAS

VANESSA MONTAÑÉS



Mis manos tiemblan mientras tecleo esto. El frío del mármol muerde mis pies descalzos y sube por mis piernas como un veneno lento. Me llamo Elara, y soy la última persona que queda en esta casa. La última... y, lo sé ahora, la próxima en desaparecer.

La Casa Blackwood es enorme, una fortaleza de piedra gris oscura, escondida en un valle donde la niebla es eterna. La heredé de una tía abuela a la que nunca conocí, una mujer de la que se decía que hablaba con “gente que no existe”. Historias de pueblo. Cosas de ancianos. Al principio me reía. Ahora no.

Desde que llegué hace tres semanas siento que la casa respira. No es una metáfora: las paredes se dilatan y se contraen con un ritmo imperceptible, como un pecho gigante inhalando y exhalando. Las sombras son más densas de lo que deberían, como si fuesen líquidas. Los espejos reflejan algo más que mi figura; a veces una segunda silueta detrás de mí, a veces una distorsión fugaz. Pero lo peor es el silencio.

Un silencio tan espeso que parece gritar.

Duermo mal. Me despierto a la 1:24 de la madrugada, cada noche, sin falta. Siempre a la misma hora. Y al abrir los ojos siento un aliento frío rozándose la cara, un olor metálico a óxido y ceniza. No veo nada, pero sé que hay alguien —o algo— en mi dormitorio. Aprendo a aguantar la respiración para que no note que estoy despierta.

Anoche decidí que debía hacer algo. Bajé a la biblioteca, una habitación circular con estanterías que alcanzan el techo. Buscaba alguna carta, algún diario de mi tía abuela. Lo encontré escondido detrás de una edición encuadrada de poemas victorianos. El libro estaba gastado, las páginas amarillas.

La caligrafía comienza elegante, pero a medida que avanza se vuelve errática, casi ilegible. Leo sobre “Ellos”, los que vienen del silencio. Escribe que “Ellos” necesitan voces, que las toman de los inquilinos de la casa. Dice que siente su garganta secarse, cómo olvida las palabras. La última entrada es solo una línea temblorosa:

Ahora solo me queda el grito, pero si grito me verán.

Al leerlo escucho un susurro. No viene de la casa. Viene de dentro de mi cabeza.

Es mi nombre. Elara.

La voz es dulce y terrible, como el sonido del viento en una tumba abierta. Me tapo los oídos. Grito en mi mente que se detenga. No lo hace.

Corro escaleras arriba con el diario apretado contra mi pecho. Quiero irme, pero no encuentro las llaves. La puerta principal está cerrada con llave desde dentro. Soy prisionera.

Me miro en el espejo del pasillo, el que siempre me da escalofríos. Y lo veo. No soy yo. Es mi reflejo, sí, pero tiene una sonrisa demasiado amplia y los ojos... los ojos están vacíos. El reflejo levanta una mano lentamente, me señala.

Luego me habla, sin mover los labios. La voz de mi tía abuela sale de mi propia boca:

“Bienvenida, Elara. Necesitamos tu voz. Eres muy dulce.”

Siento un escalofrío que no viene del frío, sino de mi garganta. Se aprieta, se encoge. Intento gritar, pero solo sale un graznido seco. Estoy perdiendo mi voz. La casa sigue en silencio, pero un silencio que mastica.

La segunda semana

Intento escapar cada día. Rompo ventanas, pero tras el cristal solo hay más pasillo. Abro puertas, pero dan a la misma habitación. La casa se pliega sobre sí misma como un laberinto. La biblioteca me recibe en lugares donde no debería estar. Oigo pasos en el piso superior, aunque nadie vive allí.

El diario empieza a escribirse solo. Cada vez que lo abro, hay nuevas palabras con mi letra:

“Quédate. Sé una con nosotros. Te cuidaremos.”

Mi reflejo en los espejos ya no me imita. Me mira. A veces sonríe. A veces se mueve cuando yo no.

Una noche despierto con marcas en la garganta, como dedos invisibles. La voz dentro de mí ya no es susurro: es un coro. Me llaman por mi nombre. Me dicen que seré “la última voz”, “la más clara”.

El frío del mármol ya no me duele. Las paredes laten. Me pierdo en corredores que no existen. Hay habitaciones que aparecen y desaparecen. Las lámparas vibran como si respiraran.

La última noche

La tercera semana dejo de luchar. Siento que la casa me inhala. Los espejos ya no me devuelven mi rostro. Cuando miro veo la tía abuela, luego una niña desconocida, luego una boca abierta en silencio.

Al bajar de nuevo a la biblioteca, todas las estanterías están vacías salvo un libro en el centro. Mi nombre está en la portada.

Al abrirlo, leo la historia de mi vida hasta este mismo instante. La última línea dice:

“Ahora pertenece a la Casa de las Voces Silenciosas.”

Entonces entiendo: la casa no me devora. Me escribe. Me convierte en historia. Me guarda como guardó a mi tía abuela, como guardó a todos los que han entrado aquí.

No puedo gritar. Mi voz ya no existe. Solo queda este texto, escrito con mis manos temblorosas, antes de que dejen de ser mías.

La casa Blackwood respira. Yo respiro con ella.

Ya no hay salida.

Yo soy la Casa de las Voces Silenciosas.





LA VOZ ENTRE LOS ÁRBOLES

POR FEDERICO
GARRIDO VILLAR

La travesía a lo largo del curso del río transcurrió en total calma, hasta el momento en que estalló la tormenta. Tanto Yrigoyen como su compañero, Castillo, habían decidido usar la barca a remos que acumulaba polvo en el fondo del sótano de la casa del primero, y antes del alba dejaron aparcado el todoterreno en una pista forestal, a apenas unos metros del río, metieron la balsa en las aguas y comenzaron su plácido viaje a través del bosque. Estaban muy lejos de los pequeños pueblos de la comarca, y durante toda la mañana pudieron disfrutar de un sosiego balsámico y de un paisaje repleto de olmos, chopos y sauces, suaves cerros cubiertos de hierba, remansos del río que eran remotas lagunas y bandadas de pájaros que volaban sobre sus cabezas.

Y de pronto, el cielo azul se vio invadido por una repentina tormenta.

Cuando la lluvia arreció, obligando a los excursionistas a buscar cobijo bajo las ramas de los sauces que pendían sobre la orilla del río, Castillo le dijo a Yrigoyen que debían detenerse, al menos hasta que la tormenta amainase.

—Dejemos la barca en la ribera —dijo, señalando los árboles—. Allí podremos buscar un sitio donde refugiarnos. Yo no sé tú, pero no tengo ganas de acabar empapado hasta los huesos.

—Pues has venido al mejor lugar —repuso Yrigoyen, sonriendo—. Pero tienes razón. Vaya si la tienes.

Buscaron un lugar adecuado para atracar la barca, evitando las piedras redondeadas por la corriente que asomaban aquí y allá. La lluvia caía con fuerza sobre el bosque, y en la lejanía alcanzaba a escucharse el tenue rumor de los truenos, cada vez más cercanos. Corrieron entre

los árboles, sin llegar a alejarse demasiado del río, con las mochilas a cuestas. Cuando Yrigoyen se detuvo, echó un vistazo a su alrededor. Estaban bajo un enorme roble, cuyas ramas les cobijaban de la furiosa lluvia, y muy cerca de allí, una urraca observaba a los dos hombres desde la penumbra del hueco en el tronco de un árbol.

—Esto no está mal, ¿verdad? —comentó Yrigoyen.

Castillo no respondió. Miraba hacia el interior del bosque, donde los árboles se fundían en una maraña impenetrable y densos arbustos cubrían el suelo. Arrugó el ceño y señaló en esa dirección.

—¿Eso de ahí no es una cabaña?

Yrigoyen miró hacia el lugar donde indicaba su amigo. Allí, entre los altos árboles, confundiéndose en el verde follaje, se alzaba una casa de madera, de apenas tres metros de altura, con tejado de pizarra a dos aguas y un porche invadido por la hiedra. Una cabaña en mitad del bosque.

—Debe ser de algún cazador —aventuró Yrigoyen—. Hay muchos por esta zona.

—¿Qué más da? Allí estaremos mejor que bajo este maldito árbol.

—¿Piensas entrar a la fuerza si está vacía?

—Quédate aquí, si lo prefieres —repuso Castillo—. Yo no quiero seguir mojándome.

Corrió bajo los árboles y la persistente lluvia sin esperar a Yrigoyen, y pronto se encontró al resguardo del porche. La cabaña parecía abandonada, y en desuso. Las tablas del suelo crujían bajo su peso, las malas hierbas crecían por doquier y había manchas de moho en todas partes. Se aproximó a una ventana y atisbó en su interior. Vio sombras desdibujadas y telarañas tras los cristales. De pronto, dio un respingo involuntario al ver a un hombre observándole desde dentro, completamente inmóvil. Retrocedió sorprendido y asustado, y cuando Yrigoyen se acercaba a la cabaña a la carrera, la puerta se abrió con un quejumbroso chirrido y un anciano de aspecto desaliñado y mirada inquisitiva apareció en el umbral. Yrigoyen se detuvo bajo la lluvia.

—Por favor, no se queden aquí fuera —dijo el viejo, con voz grave. Era alto y fibroso, y lucía una espesa barba blanca—. La tormenta está en su punto álgido.

—Yo...verá... —balbuceó Yrigoyen, confundido—. No queríamos molestar...

—Tonterías. Insisto en que entren en mi casa. Les daré ropa seca, comida y un lugar frente a mi chimenea.

Yrigoyen vaciló, con aire confuso, y entonces Castillo sonrió, se acercó al anciano y le estrechó la mano con jovialidad.

—Se lo agradecemos de todo corazón, señor. Mi nombre es Pascual Castillo.

—Y yo soy Fernando Yrigoyen —dijo el excursionista, moviéndose al fin.

El dueño de la cabaña les dio la mano, se hizo a un lado para dejarlo entrar y cuando los tres estuvieron dentro, cerró la puerta a su espalda.

—Bienvenidos a mi casa. Me llamo Abel Schemm.

Yrigoyen frunció el ceño al escuchar el extraño apellido.

—Mi padre era alemán —explicó Abel, y luego señaló unas sillas desvencijadas. Castillo se dio cuenta de que la casa era un lugar deprimente: con escasa iluminación, los muebles viejos y apolillados, las paredes rezumaban humedad y había un olor rancio e incómodo en todo el salón. La única nota agradable la daba la chimenea de piedra, donde ardía un vigoroso fuego.

—Siéntense, por favor —indicó el viejo.

Castillo tomó asiento y dejó la mochila a sus pies. Yrigoyen tardó un rato más, mientras se quitaba de encima una rara sensación de inquietud.

—¿Vive usted solo? —preguntó Castillo.

—No —respondió Abel, con voz seca—. Solo no.

La penetrante mirada del viejo hizo cambiar de opinión a Castillo y prefirió no seguir indagando en la vida personal de su anfitrión.

—Siéntanse como en su casa —dijo Abel, al cabo de un rato—. Les traeré un tazón de sopa caliente.

—Muchas gracias —dijo Yrigoyen, poniéndose en pie—. De verdad.

El anciano no respondió. Se fue en silencio y volvió apenas unos minutos después, lo que hizo pensar a Yrigoyen si no tenía preparada ya la sopa mucho antes de que aparecieran, como si les estuviera esperando. Apartó ese pensamiento absurdo de su mente cuando, con una sonrisa afable, Abel Schemm se sentó junto a ellos en un sillón de grandes orejas, mientras él y su compañero cogían los tazones llenos de una sopa humeante.

—Está rica —dijo Castillo, tras tomar un par de cucharadas.

—Dele las gracias a mi hija —dijo Abel, con un gesto vago—. Ella es la que cocina. Lo aprendió de su madre.

—Debe estar muy orgulloso de ella —apuntó Yrigoyen.

De nuevo, Abel guardó un hosco silencio, como si le incomodara hablar de sí mismo.

—Díganme, ¿qué hacían andando por el bosque, en mitad de esta tormenta?

—En realidad, navegábamos por el Fuentefría corriente abajo, a bordo de una barca de remos, cuando nos sorprendió la lluvia —explicó Yrigoyen, gesticulando con una mano.

—Nos refugiamos bajo un árbol, cerca de aquí —añadió Castillo—. Y entonces, vimos su cabaña.

Abel los miró durante unos minutos sin abrir la boca.

—¿Puedo preguntarles algo?

Yrigoyen frunció el ceño.

—Claro. Estamos en su casa.

Abel se inclinó hacia delante y entornó la mirada.

—No han llegado a escuchar la Voz entre los Árboles, ¿verdad?

Yrigoyen y Castillo intercambiaron una mirada de perplejidad.

—Disculpe, ¿a qué se refiere? —preguntó Yrigoyen con un hilo de voz.

El anciano los miró de manera torva y sombría.

—Está en todas partes. Puedes escucharla al alba, y en mitad de la noche más oscura. Arriba, en los árboles, y abajo, sobre la misma tierra. No me digan que no la han escuchado.

Yrigoyen experimentó una extraña angustia, y por un momento, deseó estar de nuevo en la barca, remando de vuelta a casa.

—¿Es...alguna clase de animal? —se aventuró Castillo a preguntar.

—No —masculló Abel, irritado—. Estoy hablando de la Voz. La Voz entre los Árboles.

—Creo que no —susurró Yrigoyen, nervioso—. No...no la hemos escuchado.

—A veces es difícil de percibir —repuso Abel, uniendo sus manos—. Pero está ahí fuera, en el bosque.

—Y esa voz... ¿de dónde viene? —preguntó Yrigoyen, que empezaba a pensar que el anciano debía estar loco, después de mucho tiempo (quién sabe cuántos años) viviendo a solas en aquel remoto rincón del bosque. Porque estaba convencido de que no tenía hija alguna.

—¿Están seguros de querer saberlo? —preguntó Abel, con voz fría.

Castillo y su amigo volvieron a mirarse, y luego casi al mismo tiempo dejaron sus tazones de sopa ya vacíos sobre una mesa cercana, llena de libros viejos y cachivaches sucios.

—Gracias por su hospitalidad, señor Schemm —dijo Yrigoyen, tras una pausa—. Se lo agradecemos. Pero tenemos que irnos. Parece que la tormenta ha amainado.

Fuera, en el bosque, seguía lloviendo, pero con menor intensidad, y los dos excursionistas lo único que querían era alejarse de la cabaña y de su dueño chiflado. Podían esperar cerca del Fuentefría a que la tormenta pasara de largo y luego reanudar el viaje de vuelta a casa.

—Entonces, les acompañaré. Me vendrá bien dar un paseo.

Castillo disimuló una expresión de fastidio.

—No se moleste, de verdad. Ya ha hecho demasiado por nosotros.

—No lo suficiente—replicó Abel, cogiendo un abrigo sucio y deslustrado que colgaba de una percha—. ¿Qué pasará si escuchan la Voz y no saben qué hacer? Díganmelo. No sabrían cómo responder. Y yo sé lo que debe hacerse.

Yrigoyen tragó saliva y pensó que iba a resultar difícil quitarse de encima al viejo habitante del bosque.

—Hace frío y está lloviendo, señor Schemm. Se lo agradecemos, pero puede resultar perjudicial para su salud, y...

—¡Tonterías! —cortó Abel, cogiendo un bastón de madera y dirigiéndose hacia la puerta. La abrió y esperó a que sus dos invitados salieran. Fuera, la furiosa tormenta se había convertido en incómoda llovizna, y el bosque había adquirido un aspecto hostil y sombrío, como si les espiara desde las sombras de la maleza.

—¿Lo ve? —masculló Yrigoyen—. Está lloviendo.

—Un agua fantástica para la naturaleza, amigos míos.

Se pusieron en marcha en silencio. Yrigoyen iba en cabeza, seguido por Abel, que se movía con un paso vigoroso a pesar de su vejez, y cerraba la fila Castillo, que no ocultaba su malhumor. La ligera lluvia caía desde las ramas de los árboles, y en algunas zonas, el dosel de hojas era tan denso que formaba un techo contra la llovizna. Siguieron caminando, y de vez en cuando, Yrigoyen daba algunas indicaciones en voz baja sobre el camino a seguir.

No tardaron en llegar a la orilla del Fuentefría. Yrigoyen fue el primero en darse cuenta de que algo andaba mal. La barca a remos no estaba en el lugar donde la habían dejado.

—¡Mierda! —masculló Castillo—. Fue aquí donde la dejamos.

—Ya lo sé. Pero no está. Genial.

Abel los miraba inmóvil, con una mirada fría.

—Le puse unas ramas encima, ¿recuerdas? —dijo Castillo.

—Lo vi, no estoy ciego —repuso Yrigoyen, enfadado—. Entonces, dime, ¿dónde está?

El anciano levantó una mano llena de arrugas y habló con voz grave.

—Deben saber una cosa.

—Oiga, señor. Mi amigo y yo tenemos un problema serio. Le estamos muy agradecidos por todo lo que ha hecho, pero ahora no es el mejor momento...

—¿Es que no se da cuenta?

Yrigoyen resopló y Castillo le agarró de un brazo para calmarlo.

—Déjalo ya. La barca debe estar por aquí cerca...

—Le aconsejo que se vaya a su cabaña —gruñó Yrigoyen.

—¿No la oye? —repuso Abel, poniendo los ojos en blanco—. Se acerca.

Un segundo después, se hizo un extraño silencio en el bosque. Yrigoyen miró a su alrededor, con gesto de perplejidad. Las gotas de lluvia caían sobre ellos, pero sin producir ruido alguno, no se escuchaban aves ni animales, y ni siquiera el río fluyendo hacia su desembocadura. Ni la menor brisa de aire.

—¿Qué es lo que pasa...?

Entonces la escucharon. Parecía sonar dentro de sus cabezas y al mismo tiempo a mucha distancia de allí. Grave, profunda y para nada humana. Una voz con muchos matices, cautivadora y a la vez, terrible. Castillo miró a Yrigoyen y luego a Abel Schemm, que tenía los ojos cerrados y parecía sonreir de placer.

—Les dije que tenía una hija.

La voz pronunciaba palabras que los dos excursionistas no lograban entender, pero había un tono en ella que sugería una clase de amenaza sin nombre.

—Mi hija ya no vive conmigo, ¿saben? Ahora su hogar es el bosque.

Castillo retrocedió unos pasos por instinto y miró en derredor, buscando la manera de escapar de allí. Yrigoyen siguió clavado en el suelo.

—Los Antiguos Dioses del bosque la reclamaron, hace tiempo, y ahora ella forma parte del mismo. ¿Y saben qué es lo que más le gusta hacer?

—Cá...cállese—espetó Yrigoyen, sin apenas ánimo ni fuerza.

La voz estaba ya muy cerca. Sonaba por encima de ellos, entre los árboles más altos, igual que una vasta sombra que lo cubre todo de forma gradual.

Abel Schemm miró a los dos amigos con una sonrisa cruel.

—Ahora tiene hambre, y solo quiere comer.

Castillo dio un grito y la desconocida voz del bosque trazó sus últimas e ignotas palabras con un acento que estremeció a Yrigoyen de pies a cabeza.

—Ella, como les dije, cocina para mí —murmuró Abel—. Y yo le llevo su comida siempre que puedo.

Yrigoyen la vio aparecer detrás del viejo, por encima de los árboles, y deseó desde ese momento no haber salido nunca del río.

Pero era demasiado tarde para arrepentirse.



¡NO ENTRES A LA TORRE!



POR C. M. FEDERICI

COLIN Winters (más conocido como Colin Windford) contemplaba el lóbrego paisaje de los páramos de Yorkshire a través del ventanal de la antigua mansión de los Winters, que hoy albergaba únicamente a su anciana tía Sheba, la última de su sangre que restaba, aparte de él mismo.

Suspiró. Su rostro alargado y enjuto, aun cuando lo ensombrecían las huellas de un profundo dolor, no carecía, empero, de cierto atractivo; si bien de hecho eran muy pocas las personas que conocían ese rostro en su aspecto natural.

Caía la prematura noche, a las cuatro y media de la tarde... Colin vio reflejadas las facciones de la vieja tía sobre el cristal progresivamente oscurecido, y un resto de sardónico humor le hizo pensar que habría calzado a la perfección en una de sus películas. Pero se lo reprochó inmediatamente, porque en realidad quería mucho a la que lo había cuidado en su niñez, al morir sus padres en un accidente de avión, y lejos estaría de pretender burlarse de sus innúmeras arrugas o de sus ojos agrandados por las dioptrías de las gafas. Se volvió hacia ella, que lo observaba con expresión ansiosa.

—Pues sí, querida tía, es como te dije. Después de que Sheila me abandonó, como sabes (¡no, no te preocupes, que lo superaré!), no hice otra cosa más que trabajar y trabajar. ¡Siete películas en diez meses! Solo de recordarlo me cango... Además, no soporto la locura de Londres ni el... pandemonio de los estudios.

Se acercó a la vieja, sentándose a su lado. La vetusta silla de roble rechinó, pero siguió resistiendo como buena, a pesar de contar casi un siglo de servicio.

—¿No te molesto si te hago una visita más bien larga? ¡Necesito respirar otro aire que el de las calles y el tráfago ciudadano! ¡Y no quiero saber nada de películas, ni de directores o maquilladores! ¿Albergarás a tu sobrino, verdad? No te estorbaré, lo prometo.

Se sentía algo mejor en aquel ambiente, donde se respiraba el aroma rancio de tiempos idos: los pisos de madera, los deshilachados tapices, los muebles barrocos, los lienzos polvorrientos, descoloridos, obra de artistas ya muertos... Y el gatazo negro que dormitaba sobre la repisa de la estufa le parecía un viejo amigo, aunque dudaba que fuese el mismo al

que atormentara en su infancia, cuando aún vivía entre esos viejos muros, antes de ingresar al colegio londinense en el que llegaría a graduarse a los veinte años.

—¡Pero cómo dices eso, Colin! ¡Qué alegría más grande puede tener esta vieja solitaria que recibir al sobrino que más quiere! ¡Quédate cuanto gustes! Pero, eso sí, ¡a descansar, eh! No tienes buena cara... ¡Todas esas películas! ¡Qué locura, querido!

Colin se encogió de hombros, torciendo amargamente la boca.

—Vaya a saber por qué será, tía, pero parece que el público nunca se cansa de mí. ¡Todo el mundo quiere a Colin Windford en el reparto! Será porque tengo mil caras, y nunca vieron la mía verdadera... ¡Dios! Me pasé tantas horas en la sala de maquillaje, que ya me conozco la técnica al dedillo...— Rio apagadamente. —¿Sabes una cosa? Mi contrato me prohíbe sacarme fotos o asistir a programas de televisión sin caracterizarme. ¿Te das cuenta? ¡No quieren que se conozca al Colin Winters vulgar y silvestre! Y hasta tuve que mantener en el más riguroso secreto mi matrimonio con Sheila, porque, claro, ¡no era concebible que una reina de la pantalla se uniese a un monstruo!

—¡No lo puedo creer! —Y tú lo aceptas?

—Y... ¡son muchas libras, tía! ¡La gente compra entradas a granel para ver a los monstruos! ¡Muchas muertes..., mucha sangre! ¡Como si no les hubiese bastado con la que corrió en la guerra! Parece que les gusta eso. —¿Qué puedo hacer? A Buster Keaton le vetaron reírse en público... ¡Cosas del cine! ¡Propaganda!

Se puso de pie. Últimamente no lograba estar quieto mucho rato. Sus nervios sobre-excitados lo impelían a moverse, a caminar en círculos, a beber... Pero estaba luchando contra esto último. No quería convertirse en un alcohólico, como tantos de sus colegas del cine. Acercándose de nuevo al ventanal, afinó la vista.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡La vieja torre sigue en pie! La creía derrumbada, después de todos estos años... Al parecer, todo lo de los Winters es durable, ¿eh?

Extrañado, Colin notó que de pronto el rostro ceniciente de Sheba se tornaba violáceo, y sus ojos se dilataban aún más tras los redondos cristales de los lentes. Pero fue algo

momentáneo. La anciana carraspeó, y la red de sus arrugas se distendió para forzar una sonrisa.

—¡Esa torre se ha mantenido por milagro, hijo! ¡Su estado no puede ser más ruinoso, te lo aseguro!

La larguirucha figura de Colin proyectó sombras cambiantes en el muro, cuando pasó ante las llamas del hogar para encarar a su tía. Soltó una breve carcajada.

—Recuerdo cómo me amenazabas con una gran paliza si me atrevía a entrar ahí... ¿Todavía acechan los duendes y los trasgos, como antes, o ya estoy autorizado a visitarla?

Se alzó entonces la vieja, sorprendiendo a Colin por la brusquedad con que lo hizo... No estaba tan anquilosada como podría creerse, pensó el sobrino. ¿O sería algún secreto motivo de ansiedad lo que la forzó a moverse así?... Sintió los sarmentosos dedos de ella, como garras en torno a sus brazos.

—¡Te suplico que no pienses en aventurarte allí, Colin! —Se esforzó por hablar en tono jovial, aunque su voz temblaba inconteniblemente—. No porque haya algo en esa torre que pueda asustar al Actor Número Uno del Terror, claro... ¡Pero es que está en estado peligroso, te lo digo en serio, mi querido! ¡En cualquier momento pueden venirse abajo las paredes! Además que está plagada de alimañas... ¡No es sitio para visitar!

Un crujido de las tablas del piso sobresaltó a Colin, quien se sorprendió de padecer un estado de ánimo tan susceptible. Se volvió para ver que había entrado Gorlak, el mayordomo, un tipo corpulento y mal encarado, que no le caía nada bien. Su tía le había informado que era el hijo del fallecido Thomas, al que él recordaba de sus años mozos.

—La habitación del caballero está lista —anunció la voz ronca del desagradable sujeto. Tenía una cabeza de toro, ancha, de robusto mentón, y sus mejillas, aunque bien afeitadas, siempre traslucían el tono azulado de una pujante sombra de barba.

Sheba palmeó la espalda de Colin.

—Anda, hijo, ve a descansar, que seguramente estarás fatigado de tu viaje. A menos que quieras comer algo antes, en cuyo caso...

—No te molestes, tía. No tengo mucho apetito estos días... ¡Buenas noches!

—Que duermas bien, mi vida. ¡Hasta mañana!

Colin siguió al corpachón de Gorlak, aunque sus largas piernas se impacientaban por el paso tardío y pesado del que lo precedía. Con gusto lo habría rebasado, de saber el camino a la pieza que se le destinara. ¿Sería la del difunto tío Sinclair?... Tal vez.

Efectivamente, esa era su habitación. No se asombró de encontrarla tal como la recordaba; claro que, por supuesto, siendo un adulto no le parecía tan descomunal como la viera en su niñez. Pero fuera del tamaño, todo seguía incambiado. Eso sí, reconoció, impeccablemente aseada. Por lo visto su tía gustaba de conservarla bien, aunque nadie la ocupase. Bueno, ahora él la iba a ocupar, y esperaba poder dormir a gusto.

Se despojó de la ropa y vistió su pijama a rayas verde pálido. Si hubiese pensado en traer algo para leer... En fin, posiblemente no le costaría tanto conciliar el sueño, luego del cansador viaje, como le ocurría en la ciudad, cuya contaminación sonora le impedía dormir sin el auxilio de alguna pastilla aletargante. A propósito no trajo ninguna, pues deseaba evitar caer en un hábito que eventualmente podría llegar a ser difícil de romper.

Se metió entre las sábanas, ignorando la protesta de los viejos muelles. Estiró la mano para apagar la portátil (al menos había luz eléctrica en toda vetusta mansión), se volvió de lado, abrazando a la almohada y apretó los párpados con decisión.

¡Frustrado intento! Vino a entorpecerlo la más inesperada de las causas: un ominoso aleteo, seguido de un áspero roce que le hizo dar un salto sobre el colchón... Manoteó la perilla de la lámpara, y un golpe de luz inundó el ambiente, revelando la repugnante y huidiza forma de un murciélagos, que parecía determinado a echarse sobre él.

—¡Maldito bichejo! ¡Fuera, Drácula, fuera! —barbotó, sin saber bien lo que decía.

Saltando del lecho, Colin espantó al quiróptero con furiosos movimientos de ambos brazos, hasta que el animal se posó en lo alto de un armario. El hombre, enfurecido, buscó un objeto idóneo para alcanzarlo, y en el interior del mismo armario halló un largo plumero, del que se sirvió como lanza de caballero andante, subido a una silla a falta de corcel. Tuvo éxito al fin, y el murciélagos escapó por un tragaluces a la noche.

Había una espesa capa de polvo en la parte superior del armario, y Colin, de instintos ordenados y metódicos inculcados desde la cuna, usó el plumero para dispersarlo.

Y entonces algo le llamó la atención. Ese boquete en la pared, invisible desde abajo... Empinó su metro noventa sobre la silla y pudo ver algo más. Había yeso caído alrededor.

—¡Parece profundo! —Sintió que lo recorría una creciente excitación—. ¡Y distingo algo adentro! ¡Tengo que averiguar qué es!

Se precipitó a su valija, extrayendo una pequeña linterna que siempre viajaba con él. Esta vez, por fin, le iba a ser de verdadera utilidad, se dijo. Contorsionándose, logró iluminar el interior de la oquedad, y, para su asombro, divisó una pequeña estatuilla y un grueso volumen de tapas guarneidas de bronce.

No dudó un instante. Pese a los riesgos, se trepó sobre el armario, metió la mano en el orificio y extrajo su hallazgo. Lo sacudía una incontenible agitación, y a punto estuvo de dar en el suelo con su anatomía, pero felizmente pudo bajar sin accidentes, apretando el libro contra el pecho, mientras la figurilla reposaba en un bolsillo del pijama.

Ya sentado en la cama se dedicó a examinar las piezas encontradas. El volumen denotaba una evidente antigüedad, aunque estaba bastante bien conservado. En cuanto a la estatuilla...

—¡Por Dios, qué cosa tan... repulsiva! Es... obscena, diría yo.

Representaba la imagen de algún ídolo de eras inmemoriales..., cuando se adoraba a oscuras deidades de procedencia ignota y culto sicalíptico. Revolvía el estómago pensar en gente que pudiera venerar a algo tan infame; y no obstante algo le decía a Colin que sí las hubo, y en gran número, además. Y posiblemente —Colin se estremeció al pensarlo— *aún las hubiera...*

Tomó entonces el libro, desprendiendo el broche de bronce que lo cerraba, y se absorbió en la lectura... No supo cuánto tiempo había pasado cuando lo dejó a un lado, luego de un lapso en que, pálido y tembloroso, asimiló conceptos que soliviantaron los más recónditos repliegues de su alma.

—Según dice en este libro, que puede tener unos trescientos años, o más —dijo para sí mismo—, una antepasada nuestra, Corella Winters, que vivió en el siglo XIII, se consagró al

culto prohibido de un blasfemo demonio llamado Tirnan Og..., el mismo que representa esta figura de jade.

”Temerosa de perder su singular belleza, dice, hizo un pacto con Tirnan Og, ¡a un espantoso precio! Al parecer, *se conservaría joven y hermosa durante toda la eternidad...*, ¡pero no sin pagar la merced del demonio con la más execrable moneda!

”Y dice el libro que ella respondió: “*¡Cualquier cosa, aun lo más abominable, con tal de seguir siendo bella y joven por siempre! ¡Cualquier cosa, lo juro!*”

”Y el sacrílego contrato se firmó..., con sangre extraída del seno de la mujer... Y de resultas del mismo, Corella Winters permaneció inalterablemente hermosa y seductora, con la lozanía de la juventud en rostro y cuerpo. Pero siniestros rumores, de innombrable naturaleza, comenzaron a extenderse entre quienes la rodeaban, hasta que una muchedumbre rabiosa la arrastró ante los magistrados, acusándola de bruja.

—¡Qué frase esta para uno de mis diálogos! —no pudo evitar pensar Colin, aun en el estado de sobreexcitación en que se encontraba. Y leyó, en voz alta y campanuda, el siguiente párrafo del libro—: “*¡No paréis mientes en la perfección de sus rasgos ni en la morbidez de sus formas! ¡Es vil y diabólica!* —tronó el Primer Magistrado—. *¡Tapiémosla en lo profundo de su torre, para impedirle continuar propagando su putrefacción! ¡La justicia de Dios y de los hombres la condena! ¡No es digna de misericordia!*”

En algún momento, nunca supo cuándo, Colin cayó presa del sueño. Pero su letargo no fue tranquilo. Por el contrario, estuvo plagado de infernales y perturbadoras imágenes. De entre sus dientes apretados escapaba un murmullo sordo y persistente:

—¡Corella!... ¡Belleza inmarcesible! ¡Juventud perdurable!... ¡La torre! ¡No entren a la torre! ¡Está maldita! ¡Es un lugar... prohibido! ¡El horror acecha allí dentro!

Tras un lapso indeterminado, las visiones oníricas se vieron abruptamente disueltas, al despertar Colin sobresaltado, incorporándose sobre el lecho y echando las mantas a un lado.

—¿Q-qué... qué fue eso? —balbució entrecortadamente—. Oí una voz... ¡llamándome!..., ¡llamándome! —Se pasó una mano sobre la cara, sacudiendo la cabeza—. ¿Sería un sueño? ¿O...? ¡Debo despejarme, maldita sea!

Le llamó la atención un extraño fulgor que provenía de la ventana, hiriendo las sombras del cuarto. Sin detenerse a pensarlo, fue hacia allí. Apartó la cortina para ver mejor, y sus ojos atónitos se llenaron de una visión fantasmagórica.

—¡La torre! Ese... resplandor que surge de ella... Verdoso..., enfermizo... ¿Qué podrá ser? ¿Qué...?

Una irresistible fascinación movió sus músculos, sin intervención de su conciencia... Los minutos siguientes los vivió como entre sueños. De pronto se halló en el exterior de la mansión, envuelto en su bata, yendo hacia la torre. La torre, de singular luminosidad, destacándose sobre el violáceo desapacible del cielo invernal de Yorkshire... La torre..., que le atraía..., le atraía...

Sin sentir el frío, que hería sus carnes a través de la ligera vestimenta que lo cubría, ni la rigidez del suelo endurecido por la helada, llegó hasta la lóbrega construcción.

—Pero..., ¿qué estoy haciendo?

Un recóndito sentido del peligro le envió la advertencia final, desesperada: *¡No entres!* *¡No entres a la torre, desdichado!* *¡Retrocede!* *¡Aléjate de aquí, si no quieres perderte!* *¡Huye!* *¡Corre a todo lo que den tus piernas!* *¡Sálvate!!...*

Se detuvo. La enorme torre se erguía ante él como un símbolo de lo ignoto, de lo prohibido. Amenazante, oscura..., pero a la vez peculiarmente seductora, en un sentido pervertido de la seducción. Colin Winters osciló entre dos alternativas, al borde del abismo.

En su torno, la noche guardaba insólito silencio, sin ulular de bestia o grito de ave. Las nudosas ramas de los árboles estaban rígidas; ningún viento las commovía. Reinaba como un aire de expectación en el ambiente... Colin se sintió el centro de las cosas, el protagonista de una tragicomedia escrita en el averno.

En ese momento, sin un rumor, se abrió la pesada puerta de la torre. El puente levadizo estaba tendido sobre el hueco circular del foso seco, y sus tablas rechinaron apagadamente bajo las pisadas de Colin. El fulgor verdoso se hizo más intenso.

—Algo... me está atrayendo. No puedo... evitarlo...

Y Winters atravesó el umbral, internándose en las sombras.

—¡¡Uhhgg!!

Manoteó febrilmente para librarse de algo, repugnante y pegajoso, que se le adhirió a la cara. *Telarañas*, pensó, tratando de calmarse. *Era de esperar aquí dentro, Colin... ¿Te vas a asustar de eso?*

Sus nervios produjeron una risa histérica, que procuró cortar de inmediato. Tenía que rehacerse, o perdería la cordura. Tal vez aún le duraban los efectos del sueño, se dijo.

Y entonces la vio.

—¿Qué demo...?

Estaba acostumbrado a las bellezas del cine, pues eran sus frecuentes compañeras de reparto, a fin de contrastar con sus grotescas caracterizaciones; pero la experiencia le había hecho comprobar que aquella hermosura dependía, en su mayor parte, del arte combinado de maquillador, camarógrafo e iluminador. Eran visiones idealizadas las que el público adoraba en las pantallas del mundo. Excepto, tal vez, Sheila De Vore, que fuera su esposa. Hasta que se cansó de él.

Pero la que estaba ante sus ojos, iluminada por la luz de una luna recién aparecida, filtrándose a través de los vidrios coloreados de una ventana gótica, era... algo más. Algo que reunía todas las perfecciones y primores implantados en el concepto de belleza femenil concebido por la mente humana desde sus ancestrales orígenes. Algo no visto en esta Tierra. Hasta ahora.

Las pupilas de Colin Winters se hicieron fosos de ansiedad para absorber ansiosos hasta el más ínfimo detalle de aquella semidiosa. Los negros cabellos, largos hasta la cintura, que ondulaban como movidos por el deseo de las miradas; las exquisitas formas del torso, los opulentos y a la vez delicados pechos, entre los que pendía un colgante de oro macizo; el fino talle, las bien torneadas piernas, los mórbidos brazos, la piel ebúrnea, sin mácula, formaban un conjunto de sin par excelsitud. Y aquel rostro..., ¿cómo describirlo con la pobre elocuencia de las humanas lenguas? Desde los ojos verdemar, cuyo fulgor atenuaban las pesadas pestañas negras, hasta el rojo ardiente de la boca, la mirada podría perderse en un éxtasis

embriagador. Y el solo pensamiento de acariciarlo... Era más de lo que cualquier hombre podía llegar a soñar.

—*Buenas noches, Colín Winters*—. Él percibió la melodía de su voz como entre una niebla espesa y gelatinosa que atenuara sus cálidos acentos—. *Te esperaba*.

.....

Cuando el mortal estuvo frente a mí, comprendí de inmediato que los siglos de soledad y anhelo habían llegado a su fin... ¡Estábamos hermanados..., concatenados..., fundidos uno con el otro de modo indisoluble, por toda la eternidad..., esa eternidad que yo había conquistado mediante un pacto sacrílego y a un precio abominable! ¡Pero se me había dado lo que buscaba: imperecedera juventud y belleza inmarcesible! Yo, Corella De Vore, condenada por los hombres a la reclusión perpetua, pero secretamente asistida por los descendientes de mi sangre. Siglo tras siglo..., ¡sigo viviendo! Y alimentándome...

Vi el pavor en los ojos de él..., pero mezclado íntimamente con un anhelo irrefrenable por mis gracias femeninas. Mi piel..., mi carne..., la miel rezumante de mi boca ardiente..., las delicias sensuales de mi cuerpo díctil, blando, maleable a sus antojos de varón...

Temblaba como azogado, pero no había frío en su temblor, pues era fruto, más que del miedo, de un ansia exacerbada. Todo su ser pugnaba por unirse a mí, aunque aún no se daba cuenta de ello, y creía estar aterrado.

—¿*Q*-quién es... usted? —barbotó—. ¿Cómo...?

—*Soy tu prima Corella, Colín Winters*.—Avancé unos pasos hacia él, que estaba paralizado, lívido, desorbitados los ojos. Mis tulipanes flotaron en torno a mi cuerpo, revelando promesas de deleites exquisitos—. *Anhelaba que vinieras... ¡Nuestros espíritus se fundieron en uno cuando leíste el libro y tocaste la efígie de Tirnan Og, Señor del Negro Amor! ¡Ya somos uno, Colín Winters..., tú y yo..., por siempre jamás!*

Conozco las propiedades del metal de mi voz. Puede penetrar por los oídos de un hombre y abrirse camino hasta las fibras más profundas de su ser, insuflando el más loco y arrebatador deseo... Lo vi enrojecer, y pronto estuve ceñida por sus brazos.

La silueta de nuestros cuerpos, que ahora eran uno, se recortó sobre la luz grisácea de la luna, que se colaba a través de un vitral de la torre. ¡Ya era mío..., para siempre!

—¡Corella, te amo! —mascullaba entre jadeos y suspiros, cuando su boca se separaba, por fugaces instantes, de mi cuerpo—. ¡Nunca había visto una mujer como tú! ¡Y estuve tan solo, tan solo, estos dos años!

Su bata había caído al suelo, y poco después descansamos sobre ella, como si fuese un lecho de plumas. Las nubes ocultaron la luna, y reinó la oscuridad...

Colin se encontró en su habitación, como si hubiese despertado de un profundo sueño. Enterró la cabeza entre las manos e intentó ordenar sus ideas. ¿Había vivido realmente todo aquello? Era algo que ni siquiera habrían lucubrado los guionistas de sus películas, una situación impensable, blasfema, intoxicante... Colin Winters no se reconocía. ¿En verdad fue él quien...? Se le escapó un sollozo, el primero desde la deserción de Sheila.

La luz indecisa del amanecer le dio en los ojos. Por increíble que parezca, este solo hecho tuvo la virtud de serenarlo. Se levantó de la cama, carraspeó un par de veces, y se lavó la cara con el agua de la jofaina. Era agua fresca, de modo que alguien la había reemplazado.

Entonces advirtió Colin que el antiguo volumen ya no estaba sobre la mesa de luz. Un súbito pensamiento lo hizo trepar a la silla para revisar el hueco del muro, encima del armario. Estaba tapado con yeso fresco todavía.

—¡Gorlak! Él debió ocultar el libro y arreglar la pared...— Se palpó el bolsillo del pijama—. ¡Pero aún conservo la estatuilla! No les diré una palabra..., voy a hacer como si nada hubiese ocurrido, a ver cómo reaccionan mi tía Sheba y él.

Horas más tarde, Colin intentaba consumir un frugal desayuno, aunque no sentía nada de apetito. Observaba disimuladamente a la tía Sheba. La anciana parecía distraída y algo distante, sin dar muestras de que nada la inquietase.

—¿Dormiste bien, querido?

La pregunta de ella lo sobresaltó, pero procuró disimularlo. Esbozó una sonrisa, mientras untaba de manteca una tostada.

—¡Como piedra, tía! Lejos de Londres y de los condenados estudios me siento como nuevo...

Palideció ligeramente cuando la sombra de Gorlak, que había entrado sin un rumor que lo anunciase, se proyectó sobre la mesa del desayuno.

—¿Desean algo más? —Los roncos tonos no se dirigían concretamente a nadie en particular, pero Colin tuvo la sensación de que contenían un matiz de amenaza que le concernía— . Si no disponen otra cosa, retiraré el servicio.

Colin apuró lo que quedaba en su taza, encontrándolo frío y sin sabor, y la dejó sobre el platillo.

—Yo ya terminé. Tú también, tía, ¿verdad?

No había percibido alusión alguna a su escapada nocturna, ni al esotérico volumen hallado en el nicho de la pared. ¿Disimulaban?... Posiblemente su tía no estuviese al tanto de nada, ya que era un alma simple, o al menos así la había calificado siempre Colin cariñosamente. Pero en cuanto al sirviente... No le parecía de fiar. ¿Por qué demonios lo conservaría la vieja? Bueno, se dijo enseguida, no debía de ser cosa fácil procurarse servidumbre en aquellas soledades del Yorkshire, y la tía Sheba debió conformarse con lo que ya tenía. Al parecer, una joven del villorrio más cercano venía por las mañanas a cocinar, y dejaba todo pronto para las tres comidas. Y muy posiblemente alguna otra viniera a ocuparse de la limpieza. Pero él no había visto a ninguna; se retirarían de inmediato, cumplidas sus funciones. Tal vez alguien venía a buscarlas.

De pronto se sintió presa de un agobiante desfallecimiento. Algo le habría sentado mal, se dijo. Temió desvanecerse, pero logró ponerse en pie. Las sienes le latían.

—Perdona, tía, pero no ando bien. Serán los nervios, que a veces me atacan. No, no te preocupes, no es nada serio. Creo que necesito descansar un poco más—. Forzó una sonrisa, apenas una mueca. —Voy a tirarme un rato en la cama.

Pero no fue un rato. Un estupor extraño se adueñó de él, al tiempo que un ansia indescriptible crecía en su interior como yedra maligna, invadiendo nervios, sangre, mente y corazón. Nunca había probado una droga prohibida, pero padecía algo similar a los efectos de los estupefacientes, aunque él lo ignorase. Estuvo vadeando en las ondas gelatinosas de un semisueño embrutecedor, asaltado alternativamente por embotamientos y espasmos, mientras transcurrían las horas sin que tuviese noción del tiempo.

Hasta que cayó la noche. En las tinieblas, revivió..., con una vida ardiente y pervertida, animada por un único objetivo: *ella, ella, ella...* Se irguió, galvanizado, espoleado por un vigor eléctrico que se nutría de su incendio interior. *¡Verla de nuevo! ¡Gozar de sus encantos!* *¡Volver a delirar de aquella deliciosa fiebre! ¡A la torre..., a la torre!*

Determinado como pantera en celo, dejó la habitación, procurando no turbar el silencio reinante con el más mínimo rumor. Pronto se vio a la intemperie, bajo un cielo poblado de nubosas formaciones de color plomizo, por entre las cuales, como guiño de alguna obscena deidad, se asomaba a intervalos una luna gibosa, amarillenta... Sus zapatos se hundían en el suelo lodoso, adherente, que parecía querer detenerlo a cada paso.

¡Detenerlo!... ¡Ni un cataclismo cósmico lo habría conseguido! ¡La torre..., la torre!
¡Corella..., Corella! El éxtasis total..., la culminación del placer! ¡Corella!

Ya viene... ¡Ya viene! ¡Sangre de mi sangre, deseo de mi deseo! Uno y el único..., ¡mi amante de la Eternidad! Mi señor del Negro Amor lo trajo, para consuelo de mi soledad de siglos..., para solaz de mi cuerpo y de mis sentidos... ¡Entre sacrilegos banquetes..., intermitencias de voluptuosidad..., raptos de negra pasión! ¡El imperio supremo de mi sempiterna hermosura de mujer, mi realización plena!... ¡Pero él jamás debe saber... lo otro!...

...¡Oh, tiempo efímero y falaz de la existencia mortal! ¡Con cuánta rapidez transcurren las horas! Ya pugna el insistente sol por asomarse..., ¡se va la noche! Debemos separarnos... El día no me pertenece. Me despegaré de su abrazo, aunque el esfuerzo me destroce. No hay más remedio..., no hay alternativa. Debe volver con los suyos...

En el mismo centro del vórtice de su exaltación, presa aún de la fiebre del deseo imposible de saciar, se sintió rechazado. Aquellas manos sensuales, que lo enloquecían, ahora se endurecían y empujaban su pecho lejos de la morbidez del de ella... Colin Winters se mordió el labio hasta que corrió su propia sangre, mezclada su sabor dulzón con el acíbar de las lágrimas que escapaban entre sus párpados obstinadamente apretados.

—*Ya debes irte, amado... Es hora. ¡Vete!*

—¿Me pides que te deje? ¡No puedo! ¡Ya no puedo separarme de ti! —los brazos masculinos, como constrictores, ciñeron de nuevo el esquivo talle en acerado cepo—. ¡No te dejaré, Corella! ¡Eres hermosa..., divina! ¡Eres...!

Atónito, retrocedió de golpe, como si hubiera recibido un impacto de bala en pleno pecho. Sus ojos se dilataron al contemplar una extraña mudanza en aquella faz de camafeo.

La frente se estrechó, los pómulos sobresalieron sobre las mejillas enjutas, los verdes ojos se rasgaron y se estrecharon como los de una fiera selvática, y la boca, que fuera sabrosa cereza madura, se retorció en una mueca feroz, de blanquísimos dientes agudizados como navajas, soltando un rugido aterrador:

—*Jamás vuelvas a decirme esa palabra!! Jamás!! ¿Lo oyés?*

La impresión empujó al hombre hacia atrás, hasta que su espalda encontró, dolorosamente, la dureza del muro de la torre. Instintivamente, levantó el brazo para protegerse, al mismo tiempo que velaba a sus ojos aquella visión de pesadilla.

Pero la voz de ella, de nuevo suave y melodiosa, lo volvió a sus sentidos.

—*Comprende, amado. Las horas de sol no nos pertenecen. Ve con tu gente.*

—¡Pero se me harán siglos los minutos, hasta la noche! ¡No soportaré tanto tiempo sin ti! ¡No lo resistiré, Corella! ¡Ten piedad! ¡No puedo esperar hasta mañana!

Los tibios dedos, de largas uñas, se posaron en su mejilla.

—*No, Colín. Mañana no debes venir a verme.*

—¿Eh? ¿Qué dices? —Un pánico mortal asaltó al hombre—. ¡Acaso...?

—*¡En noches de viernes no podré recibírtre, amado mío! ¡No me pregantes por qué! ¡Debes confiar en mí! ¡Obedéceme!*

De nada valieron ruegos ni protestas. Ya en su cuarto, Colin Winters sucumbió a su desesperación, y en un clímax de locura sacó la blasfema estatuilla de Tirnan Og del sitio donde la había ocultado, y se puso a acariciarla, mientras su garganta modulaba oscuras sílabas de lenguas olvidadas.

El monstruo de los celos se apoderó de los restos de su razón, y le dio por pensar que quizás ella...

—¿No se estará viendo con algún otro hombre..., ocultándolo de mí? ¡No! ¡No podría tolerarlo! ¡Antes, yo la...! —y rezumó espuma de su boca contraída en un rictus de ciega ira—. ¡No! ¡Eso no! —rompió a llorar, sin control alguno de sus emociones.

Malvivió las horas siguientes, comportándose con toda la normalidad posible ante su tía y el equívoco criado Gorlak, si bien se quejó de continuar algo mareado y débil por no dormir bien y estar inapetente. Todo esto lo hacía en forma mecánica, mientras su mente trabajaba febril, torturándolo con los más negros pensamientos.

Llegada, por fin, la madrugada, se decidió. Iría a la torre, de todos modos..., secretamente. Y descubriría lo que ella le ocultaba. Si era lo que pensaba... Sus dientes rechinaron.

Imitó el andar de los gatos, al aproximarse. No debía dejarse ver..., ni oír. Despacio..., despacio. Mirando siempre donde iba pisando, para no trozar ramas caídas u hojas secas, que delatasen su presencia... Despacio, con precauciones...

Apenas a tiempo, se ocultó detrás del grueso tronco de un árbol. ¡Un hombre se acercaba a la torre, con paso furtivo pero decidido!

—¡Lo sabía! —gruñó rabiosamente Colin—. ¡Es igual a todas! ¡Igual a Sheila! ¡Una...! ¡Pero no me voy a cruzar de brazos mientras me traiciona!

Rebasados todos los límites de su cordura, sin pensar en nada sino en su obsesión, se lanzó hacia la torre en carrera desenfrenada. Recorrió el puente de madera en un abrir y cerrar de

ojos, sin cuidarse del crujir de los tablones bajo su peso, e irrumpió en el interior de la torre, presto incluso a la mayor violencia.

Pero ni siquiera el paroxismo de su insensatez habría podido resguardarlo del innombrable horror que le esperaba allí. ¡Aquello no estaba destinado a ojos humanos!

Un aluvión brutal de espanto como jamás soñara se abatió sobre su ser, tornando de piedra sus miembros y nublando su razón, aunque sus ojos desorbitados no fueron dispensados de la pavorosa visión que sacudió las últimas reservas de su sano juicio.

—*¡¡No!! ¡¡No!! —sollozó—. ¡¡No puede ser!! ¡¡Es una pesadilla infernal!!*

¿Qué dantesco espejismo de horror alucinaba a sus pupilas? ¿Dónde estaba la soberbia mujer que conociera y lo cautivara con su sin par belleza? Aquel ente semiputrefacto, esa suerte de momia ambulante, apenas cubierta por unos harapos deshilachados, que revelaban su repugnante corrupción... jarrastraba con insospechado vigor el cuerpo inerte de un hombre hacia el rincón más oscuro de la torre!

Y los ojos horrorizados de Colin Winters percibieron, en medio de aquella perversión de la naturaleza, *¡el brillo del colgante de oro que llevaba su Corella al cuello!*

Fue demasiado para cualquiera resistencia humana. La negrura invadió su mente, y no llegó a sentir el impacto de su cuerpo desmadejado contra las piedras del suelo. Misericordiosamente, se le ahorró presenciar la abominación que siguió.

La estructura física de aquel engendro de espeluznante fealdad e inimaginable vejez se retorció, y en contravención de todas las leyes de la naturaleza, *cambió* en forma fantástica, se hizo mayor, inmensa. Unos pelos ásperos brotaron y se propagaron inconteniblemente por un torso que ya no guardaba semejanza alguna con la forma humana, sino que poco a poco se dividía en dos partes; una, rígida y velluda, de la que brotaban ocho repugnantes miembros rematados en garras, y la otra, más horrible aún, globulosa y tumescente, terminada en una especie de repulsivo esfínter, del que brotaba nauseabunda secreción.

Y la cabeza..., no era visión soportable para ninguna mente sana. Entre una negrura de menudos vellos erectos relucían ocho ojuelos de averno fulgor escarlata, debajo de los cuales

dos espantosas pinzas, rezumantes de veneno, se agitaban ansiosas... Pinzas que se cerraron sobre el cuello del hombre tendido en tierra para absorber su sustancia vital hasta el hartazgo.

¡Ya soy hermosa otra vez! ¡Ya estoy saciada! La pavorosa transformación..., mi condena secular, ya ha concluido, y la esencia de otro hombre me dio vida y belleza por algún tiempo más..., hasta el próximo viernes en la madrugada.

Pero..., ¿qué es lo que veo? ¡Colin! ¡Mi amado Colin! ¿Cómo fue que llegó hasta aquí? ¿Habrá visto...? ¡No, Tirnan Og, Señor del Negro Amor..., tú no puedes ser tan cruel con esta sierva tuya! Si mi amado sorprendió... ¡Nada impedirá que en vez de amarme me aborrezca, que se aleje de mí como el monstruo que soy! ¡No lo permitas, poderoso Príncipe de los Abismos! ¡No dejes que mi amante me abandone!

Pero... él no se mueve. ¿Estará...? ¡Sí, sí, gracias a Tirnan Og, está vivo!

Ya despierta...

¿Y ahora?...

Se resistía a abrir los ojos. Aún persistían los efectos del tremendo pavor que lo asaltara, privándolo de la conciencia por un lapso que no alcanzaba a determinar.

Pero un cálido roce en las mejillas —¡sus dedos de seda y fuego!— lo volvió de súbito a la vida. La embriagante hermosura de aquel rostro le llenó las pupilas, borrando con su influjo las reminiscencias de la abominación.

¿Habría sido un sueño? ¿Una alucinación de sus sentidos? La que tenía ante sí era un compendio de todo lo adorable y fascinador que puede imaginar el hombre al concebir la imagen de la Mujer Ideal, la que reúne cuanto puede saciar sus ansias de pasión.

Lo otro... Sacudió la cabeza. ¡No podía haber sido real!

El brillo del colgante de oro lo deslumbró por un fugaz instante. Y oyó aquella voz seductora, de melodía sin par en sus acentos..., y el más nefando horror volvió a abatirse sobre él al compenetrarse del sentido de las palabras que esa voz pronunciaba.

—*Lamento que hayas venido, amado mío. ¿Por qué me desobedeciste? Dime, ¿has visto algo? ¿Algo que te perturbase..., que te haga distanciar de mí? ¡Dímelo!*

Colin Winters palideció. Un temblor incontrolable sacudió su cuerpo, y sus dientes se entrechocaron, sin que lograse evitarlo. No quería entender las implicaciones de aquella pregunta..., ¡no quería!

—*Ahora sé que lo viste. Ya no se puede volver atrás. Ahora sabes lo que soy.*

¿Me amarás todavía? ¡Necesito saberlo, Colín mío, amado de mis entrañas!

¡Este es el precio terrible que debo pagar a Tírnan Og, mi Señor del Negro Amor, por mi juventud imperecedera! ¡Solo mediante la esencia de hombres..., hombres de que me provee Gorlak, a quien domino, puedo conservar mi belleza y lozanía! Pero si me faltase eso..., me extinguiría inevitablemente. ¿Entiendes, amado mío? ¿Podrás amarme así..., aun sabiendo eso?

Bajo el imperio de arrolladora pasión, cediendo a apetencias más allá de toda resistencia, Colin aferró convulsivamente entre sus brazos aquel soberbio cuerpo cálido y fragante.

—¡Nada me importa, salvo tú, Corella! ¡Hagas lo que hagas, nunca te dejaré! Pero..., si pudiésemos hallar una solución..., un medio para que no asesinaras más... Si fuese posible...

Finalmente surgió una idea. Colin Winters volvió a su habitación cuando rayaba el día. Se echó en la cama, luego de correr las cortinas para impedir el paso de la luz exterior. Quería estar a oscuras..., con su infamia. ¿Hasta dónde puede envilecerse un hombre? ¡Pero nada lo detendría..., no permitiría que ningún escrupulo lo hiciera vacilar!

—Ella dijo que *habría* un medio. Si dispusiese de un hombre por día, no solo los viernes, le bastaría con parte de la esencia de cada uno, sin que muriesen. Luego no podrían recordar nada, según me dijo. Pero... en esta región tan apartada, ¿cómo conseguírselos? Y me repugna pedirle ayuda a Gorlak... No quiero nada con ese imbécil.

Finalmente se le ocurrió. Telegrafiaría a su estudio desde el pueblo. Diría que se le había ocurrido que el lugar sería ideal para filmar exteriores de la nueva película en proceso. Argüiría que estaba cansado de la inactividad. ¡Quería volver al trabajo! Entonces convocaría a camarógrafos, escritores, utileros, maquilladores, y se las arreglaría para hacerlos ir a la torre de madrugada, en secreto. ¡Tenía que lograrlo! Era la única solución. Solo ella le importaba...; nada más que su amor.

Le dio una vaga explicación a la tía Sheba, y aunque creyó percibir en su mirada la sombra de una sospecha, lo ignoró. ¡Nadie se interpondría entre él y sus designios! ¡Nadie! Gorlak lo observaba de soslayo, torvamente, pero Colin no hizo caso tampoco de esa amenaza latente. En caso de apuro usaría la pistola que había traído por precaución.

¡Cumplió! ¡Mi amado cumplió su promesa! Día a día acuden hombres a mí... y me dan algo de su esencia, para nutrir mi ser con vida, vigor y hermosura. Mientras sigan llegando, seré bella y joven. Y más tarde en las noches, luego de despedirlos, me entrego a la pasión, recibiendo a mi bien amado.

Sin embargo..., noto algo extraño en mi Colin. Cierta rigidez..., un alejamiento. Pero no, no debo dejarme llevar por la imaginación. ¡Somos uno, mi amado y yo..., eternamente unidos por la gracia del Señor del Negro Amor..., en lazo indisoluble!

Pero... ¡ya llega otro! Ven a mí, ven a mí... ¡Ahhh! No temas, que no morirás. Solo tomaré un poco... Ya...

Mas... ¿Por qué no se levanta? ¿Qué ha pasado esta vez? ¿Le habré...? Su rostro está frío..., rígido. No entiendo lo que pudo haber... ¡Eh! No es carne..., ¡es una máscara!

¡No comprendo lo que ocurre..., no lo comprendo!

—Está bien, Corella —. La voz del hombre, al filo de la extenuación, era un susurro estrangulado—. Ahora lo sabes... Sí, soy yo..., Colin. ¡Siempre fui yo!

Los verdes ojos se abrieron, incrédulos, y una palidez cadavérica se extendió sobre el rostro adorable como lágamo invasor. Pugnó por escapar un grito de entre los labios blancos, pero el grito murió en lo hondo de una garganta apretada.

—No podía... aceptar... que estuvieras con otros hombres, Corella. Me hervía la san-gre al pensar en ese acto..., íntimo... que consumarías con ellos... ¡No lo consentiría! Así que usé mis conocimientos de maquillaje... y fui uno distinto cada día. También tuve... que deshacerme de Gorlak... Sí..., ahora, que estoy muriendo, agotado, seco por dentro, me doy cuenta de mi locura, de mi extravío... Pero no pude remediarlo... No pude...

Colin Winters ya no era de este mundo cuando ocurrió el espantoso desenlace.

—¡Insensato!! —clamó ella, en un rugido ya sin armonía, desesperado—. **¡No sabes lo que hiciste! ¡No solo mueres tú! ¡Has acabado también conmigo!**

“La esencia de los hombres me ha mantenido joven y bella por siglos..., pero la esencia de un ser amado me aniquila! ¡Mi Señor Tirnan Og me lo advirtió! ¡Ay, Colin Winters, amado mío! ¡Nos extinguiremos juntos!

Y los dos despojos yacieron para pudrirse dentro de la torre, extinguiéndose así, también, la maldición secular de los Winters.



EL FRESCO (THE ASH TREE)



POR M.R. JAMES (1862-1936)

El que ha viajado por el este de Inglaterra conoce las casas residenciales que la salpican: pequeños edificios húmedos, de estilo italiano, en general, rodeados de parques extensos. Siempre me han atraído particularmente: con su empalizada gris de roble, árboles nobles, lagos, y la línea distante del bosque. Adoro esos pórticos con columnas, también sus bibliotecas, donde uno puede encontrar desde un salterio del siglo XIII a una edición antigua de Shakespeare. Por supuesto, me gustan los cuadros; pero sobre todo me gusta imaginar la vida en una casa así, en los tiempos de sus dueños. Ojalá tuviera yo una casa así.

Pero esto es una digresión. Lo que tengo que contaros es una extraña serie de sucesos que ocurrieron en una de estas casas que he intentado describir. Se trata de Castringham Hall, en Suffolk. Creo que le han hecho bastantes reformas desde la época de mi relato, pero aún conserva la esencia que acabo de esbozar. El único rasgo que la distinguía de otras ha desaparecido: vista desde el parque tenía a su derecha, a pocas yardas del muro, un fresno añooso y corpulento, que casi rozaba el edificio con sus ramas. Supongo que estaba allí desde que Castringham dejó de ser una plaza fuerte, cegaron el foso y construyeron el edificio isabelino; en todo caso, en el año 1690 casi había alcanzado sus proporciones definitivas. Durante ese año, la residencia fue escenario de varios Procesos por brujería. Creo que tardaremos mucho en evaluar la consistencia de las razones —si es que las había— en que se fundaba el miedo a las brujas. En mi opinión, aún no han recibido respuesta cuestiones tales como si las acusadas de brujería se imaginaban dotadas de poderes excepcionales; o si tenían la voluntad de causar daño, o si sus confesiones les fueron arrancadas por los cazadores de brujas a fuerza de crueldad.

El presente relato me hace vacilar. Yo no me decido a clasificarlo como mera invención: el lector deberá juzgar por sí mismo.

Castringham aportó una víctima a la fe: se llamaba señora Mothersole, y se diferenciaba de las típicas brujas de pueblo sólo en que era persona acomodada e influyente. Varios agricultores conocidos trataron de salvarla. Prestaron el mejor testimonio que pudieron sobre su reputación, y mostraron gran pena cuando el jurado pronunció su veredicto. Pero lo que resultó fatal para la mujer fue la declaración del entonces dueño de Castraingham Hall, sir Matthew Fell: afirmó que en tres ocasiones la había visto desde la ventana tomando ramos del fresno junto a la casa durante la luna llena. Se había trepado al árbol, en camisa, y cortaba

ramas con un raro cuchillo curvo mientras hablaba sola. Las tres veces había intentado sir Matthew apresar a la mujer, pero las tres la había alertado algún ruido fortuito, y lo único que vio cuando bajó al jardín fue una liebre que cruzaba veloz el parque en dirección al pueblo. La tercera noche había procurado seguirla y fue directamente a casa de la señora Mothersole; pero estuvo un cuarto de hora golpeando la puerta hasta que ella salió muy enfadada y aparentemente soñolienta, como recién salida de la cama; y sir Matthew no pudo dar una explicación plausible de su visita.

A causa de esta declaración, aunque hubo otras no tan insólitas, la señora Mothersole fue hallada culpable y condenada a muerte. La ahorcaron una semana después del juicio, junto con cinco o seis desventurados más, en Bury St. Edmunds.

Sir Matthew Fell, vicepresidente del tribunal de justicia del condado, estuvo presente en la ejecución: una mañana húmeda de marzo subió la carreta, bajo la llovizna, el cerro herboso y áspero de las afueras de Northgate donde se alzaba el cadalso. Las otras víctimas iban sumidas en la apatía o la aflicción; pero la señora Mothersole se mostró de un temperamento muy distinto. Su furia venenosa —según cuenta un cronista de la época— produjo tal efecto en los curiosos (y hasta en el verdugo) que fue unánime la afirmación de los que presenciaron su ejecución de que era la viva imagen de un Demonio. Sin embargo, no se resistió a los oficiales; sólo lanzó a los que le pusieron las manos encima una mirada tan terrible que (como uno de ellos me aseguró) seis meses después aún les llenaba de inquietud. Lo único que consta de sus palabras fue lo siguiente: *Habrá huéspedes en la residencia*. Palabras que repitió más de una vez en voz baja.

No dejó indiferente a sir Matthew Fell la actitud de la mujer. Habló del asunto con el vicario de la parroquia, cuando regresaban de la ejecución: no había prestado declaración de muy buen grado; no estaba especialmente infectado de la manía de perseguir brujas, pero tanto entonces como después sostuvo que no podía dar otra versión del asunto que la que había dado ya, y que no había posibilidad de que se hubiera equivocado en cuanto a lo que vio. El proceso le había resultado desagradable porque era hombre al que le gustaba estar en buenos términos con todos; pero había un deber que cumplir, y lo había cumplido. Esos parecían ser sus sentimientos, y el vicario los aplaudió como habría hecho cualquier hombre razonable.

Unas semanas más tarde, cuando la luna de mayo alcanzó su plenitud, volvieron a encontrarse el vicario y el señor en el parque y se dirigieron juntos a la residencia. Lady Fell se había ido a pasar unos días con su madre, que se encontraba gravemente enferma, y sir Matthew estaba solo en la casa; de modo que no le costó convencer al vicario, el señor Crome, de que se quedase a cenar. Sir Matthew no fue un buen interlocutor esa noche. La conversación recayó sobre asuntos familiares y de la parroquia; pero quiso la suerte que a sir Matthew se le ocurriera tomar notas de determinados deseos o proyectos respecto a sus posesiones, que más tarde se revelaron sumamente útiles. Cuando el señor Crome se retiró —eran alrededor de las nueve y media—, dieron una vuelta por el paseo detrás de la casa. Y hubo un detalle que sorprendió al señor Crome: tenían a la vista el fresno que, como he dicho, crecía junto a las ventanas del edificio, cuando se detuvo sir Matthew y dijo:

—¿Qué es eso que sube y baja corriendo por el fresno? No puede ser una ardilla. A estas horas deben de estar todas en sus madrigueras.

Miró el vicario y vio a la bestia; pero no consiguió distinguir su color a la luz de la luna. Se le quedó grabada su silueta, aunque la vio un instante; y habría asegurado, dijo —aunque comprendía que era una insensatez—, que ardilla o no, tenía más de cuatro patas.

No dieron mayor importancia a esta visión y se despidieron. Quizá volvieron a verse, pero aún habría de pasar una veintena de años. Al día siguiente sir Matthew Fell no bajó a las seis de la mañana como era su costumbre, ni a las siete, tampoco a las ocho. Los criados subieron. No hace falta que describa la ansiedad de que fueron presa mientras escuchaban y renovaban los golpes en la puerta. Finalmente abrieron, y descubrieron al señor ennegrecido y muerto, como habréis adivinado. A primera vista no se veía señales de violencia; pero la ventana estaba abierta.

Uno de los criados fue a buscar al sacerdote y a continuación, por encargo de éste, a dar parte a la autoridad. El señor Crome acudió en cuanto pudo a la residencia, y al llegar le condujeron al aposento donde estaba el muerto. Había dejado algunas notas entre sus documentos que revelan el sincero respeto que había sentido por sir Matthew, y su pesar. En ellas hay un pasaje que transcribo por la luz que arroja sobre estos sucesos, y también sobre las creencias corrientes de la época:

No había indicios de que la puerta haya sido forzada; pero la ventana estaba abierta. Antes de acostarse solía tomar cerveza en un vaso de plata, y esa noche no se la había terminado. Así, pues, fue analizada la bebida por el médico de Bury, un tal señor Hodgkins, quien, como declaró después bajo juramento, no descubrió ninguna sustancia venenosa. Porque naturalmente, dado lo hinchado y negro que estaba el cadáver, corría el rumor entre los vecinos de que había sido envenenado. Lo habían encontrado en la cama, en una postura contorsionada, al extremo de hacer más que probable la hipótesis de que mi estimado amigo y protector había expirado con gran agonía y sufrimiento. Y a lo que hasta ahora no se ha encontrado explicación, y demuestra para mí una maquinación tenebrosa por parte de los autores de este bárbaro asesinato, es lo siguiente: que las mujeres a las que se encomendó lavar y amortajar el cadáver, personas dolientes y muy respetadas en su fúnebre profesión, vinieron con gran congoja y tribulación de alma y cuerpo a decirme (cosa que se confirmaba a primera vista) que no bien tocaron el pecho del cadáver sintieron dolor en las palmas, y un escozor intenso y anormal en las manos, las cuales, igual que los antebrazos, se les hincharon en poco tiempo, persistiendo el dolor, que, como quedó claro más tarde, se vieron obligadas a suspender su trabajo durante varias semanas; aunque sin señal alguna visible en la piel.

Al oír esto, mandé llamar al médico, que aún no había abandonado la casa, y examinamos lo más atentamente que pudimos, con ayuda de una pequeña lente de aumento, el estado de la piel; pero no logramos descubrir nada de importancia, salvo dos pequeñas picaduras o punturas, que concluimos entonces serían los sitios por donde pudo ser inoculado el veneno, recordando esa sortija del papa Borgia, con otros conocidos ejemplos del horrendo arte de los envenenadores italianos de la pasada época. Es todo lo que se puede decir de los síntomas observados en el cadáver. Lo que ahora voy a añadir es mera experiencia personal, y corresponde a la posteridad juzgar si tiene algún valor. Había encima de la mesa de noche una biblia pequeña, de la que mi amigo solía leer al acostarse, y al levantarse por la mañana, un trozo escogido. Y al tomarla me vino la idea, como en esos momentos de impotencia en que tratamos de atrapar el más pequeño destello que promete ser luz, de probar esa antigua y para muchos supersticiosa práctica llamada *las sortes*, cuyo principal ejemplo, en el caso de su difunta majestad el santo mártir rey Carlos y milord Falkland es hoy muy comentado. Debo confesar que mi prueba no me procuró mucha ayuda; no obstante, dado que es posible que alguien pueda proponerse en el futuro averiguar la causa y origen de estos horribles

sucesos, consigno los resultados por si señalan la verdadera dirección a una inteligencia más penetrante que la mía. Hice pues, tres intentos, abriendo el libro y poniendo el dedo en determinadas palabras. La primera vez obtuve la frase de Lucas 13, 7: Cúrtalo. La segunda, la de Isaías 13,20: No será jamás habitada; y la tercera, la de Job 39, 30: Sus polluelos lamerán sangre.

No hace falta citar nada más de los papeles del señor Crome. Colocaron a sir Matthew Fell en su ataúd y le dieron debida sepultura. El sermón fúnebre se publicó con el título: *El camino inescrutable, o el peligro de Inglaterra y las malvadas intrigas del Anticristo*, siendo la opinión del vicario, y la más sostenida por la vecindad, que el terrateniente había sido víctima de un recrudecimiento de las maquinaciones papistas.

Su hijo, sir Matthew segundo, heredó el título y las propiedades. De este modo concluye el primer acto de la tragedia de Castringham. Hay que decir —aunque el hecho no tiene nada de extraño— que el nuevo barón no ocupó el aposento en el que había muerto su padre, ni durmió prácticamente nadie en él, quitando alguna visita ocasional, mientras él vivió. Murió en 1735, y no encuentro nada digno de reseñar en la etapa de su vida, salvo una extraña y persistente mortandad de su ganado en general, con una ligera tendencia a aumentar con el paso del tiempo. Los interesados en este fenómeno encontrarán información en una carta publicada por la Gentleman's Magazine en 1772, la cual saca los datos de los papeles del propio barón. Éste acabó definitivamente con dichas pérdidas gracias a la sencilla medida de guardar el ganado en el establo por las noches, y no dejar una sola oveja en los pastos. Porque había observado que nunca les ocurría nada a las que pasaban la noche encerradas. A partir de entonces el problema afectó a las aves salvajes y a la caza. Pero dado que no disponemos de una buena descripción de los síntomas, y la vigilancia nocturna era inútil, no voy a extenderme en lo que los campesinos de Suffolk dieron en llamar *El mal de Castringham*.

El segundo sir Matthew murió en 1735, como he dicho, y le sucedió puntualmente su hijo, sir Richard. Fue en tiempos de éste cuando se construyó en la iglesia parroquial, en el lado norte, el gran banco familiar. El proyecto de este barón era tan grandioso que hubo que quitar varias sepulturas de ese lado del edificio. Entre ellas estaba la de la señora Mothersole, cuyo lugar exacto se conocía bien gracias a una anotación en un plano de la iglesia y el cementerio anexo, ambas cosas debidas a la mano del señor Crome. Hubo cierto revuelo cuando se supo

que iban exhumar a la famosa bruja, y no fue pequeño el estupor, incluso la inquietud, cuando se descubrió que, aunque el ataúd salió entero y sin daño, no encontraron en él vestigio alguno de cuerpo, huesos o polvo. Era un fenómeno de lo más singular; porque en los tiempos en que fue enterrada no existían ladrones de cadáveres, y es difícil imaginar un motivo para robar un cadáver que no sea el de abastecer las salas de disección.

El incidente resucitó temporalmente las historias sobre brujas y procesos por brujería. Sir Richard ordenó quemar el ataúd; y aunque a muchos les parecía una temeridad, la cumplieron sin ninguna objeción. Verdaderamente, sir Richard era un innovador. Antes de él, la residencia había sido un hermoso edificio de ladrillo de un suave color rojo. Pero en sus viajes por Italia se había contagiado del gusto italiano; y dado que tenía más dinero que sus predecesores, decidió dejar un palacio italiano donde había encontrado una casa inglesa. Así que taparon el ladrillo, instalaron mármoles en el vestíbulo y en el jardín, erigieron una reproducción del templo de la sibila de Tívoli en la orilla opuesta del lago, y Castringham adquirió un aspecto totalmente nuevo y, hay que decirlo también, menos atractivo. Pero causó gran admiración, y sirvió de modelo en años posteriores a muchos miembros de la pequeña aristocracia de la vecindad.

Una mañana de 1754, sir Richard se despertó tras una noche de molestias. Por culpa del viento, la chimenea no había parado de humear; pero hacía tanto frío que no había tenido más remedio que mantenerla encendida. Algo había estado golpeando la ventana, también, al extremo de que nadie había tenido un momento de paz. Además, esperaba la llegada de varios invitados importantes en el transcurso del día, sin duda dispuestos a participar en algún tipo de cacería, si bien los estragos (que seguían produciéndose en la fauna de su parque) habían sido últimamente tan graves que temía por la reputación de su reserva de caza. Pero lo que más alterado le tenía era la noche que había pasado. Desde luego, no volvería a dormir en esa habitación.

Desayunó inquieto; y al terminar emprendió una inspección de las habitaciones para ver cuál le convenía más. Tardó en encontrarla: ésta tenía la ventana hacia oriente y aquélla hacia el norte; en ésta los criados estaban pasando constantemente por delante de la puerta, y en aquélla no le gustaba la cama. No; necesitaba una habitación que diera a poniente, de manera

que el sol no le despertase temprano, y que estuviese alejada del ajetreo de la casa. Al ama de llaves se le agotaron las sugerencias.

—Bueno, sir Richard —dijo—, sólo hay una habitación así en la casa.

—¿Cuál?

—La de sir Matthew; la cámara de poniente.

—Bien, pues instáleme en ella; esta noche voy a dormir allí —dijo su señor.

—Pero, sir Richard, hace cuarenta años que no duerme nadie allí! Apenas se ha renovado el aire desde que murió sir Matthew —iba diciendo mientras corría tras él.

—Vamos, abra la puerta, señora Chiddock. Quiero verla al menos.

La señora Chiddock abrió la puerta y, efectivamente, notaron en ella un hedor terroso y a encierro. Sir Richard fue a la ventana, y con su acostumbrada impaciencia retiró los postigos y la abrió. Este extremo de la casa apenas había sufrido alteraciones, y estaba como cubierto por el gran fresno, que lo ocultaba de la vista.

—Deje que se airee todo el día, señora Chiddock, y mande que trasladen aquí mi cama y mis muebles esta tarde. Y acomode al obispo de Kilmore en mi habitación.

—Disculpe, sir Richard —dijo una voz, interrumpiendo este diálogo—, ¿podría concederme un momento?

Sir Richard se dio la vuelta y vio a un hombre de negro en el umbral que inclinó la cabeza.

—Le ruego que perdone esta intromisión. Seguramente no me conoce. Me llamo William Crome, y mi abuelo fue vicario aquí en tiempos de su abuelo.

—Por supuesto, señor —dijo sir Richard—; el nombre de Crome es siempre alabado en Castringham. Me alegra renovar una amistad que viene de antaño. ¿En qué puedo ayudarle? Porque esta hora de venir... Y si no me equivoco, su aspecto revela que ha hecho el camino con cierta premura.

—Es muy cierto, señor. Vengo de Norwich y me dirijo a Bury St Edmunds todo lo deprisa que puedo. Me he detenido para entregarle unos papeles que han aparecido al revisar los que

dejó mi abuelo a su muerte. He pensado que puede haber en ellos cuestiones familiares de interés para usted.

—Es usted muy amable, señor Crome, si tiene la bondad de acompañarme al salón, a tomar una copa de vino, les podemos echar una ojeada juntos, Entretanto, señora Chiddock, ocúpese de airear esta cámara como le he dicho. Sí, aquí es donde murió mi abuelo. Sí, puede que el árbol la haga un poco húmeda. Bueno, no quiero oír nada más. No ponga más dificultades, se lo ruego. Ya tiene mis instrucciones, así que adelante. ¿Quiere acompañarme, señor?

Se dirigieron al salón. El sobre que traía el señor Crome contenía las notas que el viejo vicario había tomado con motivo de la muerte de sir Matthew Fell. Y por primera vez, sir Richard se enfrentó con las enigmáticas *sortes Biblicae* a que me he referido. Las encontró divertidas.

—Bueno —dijo—; al menos la biblia le dio un buen consejo a mi abuelo: Córtalo. Si se refiere al fresno puede descansar tranquilo, porque me voy a ocupar de ello. En mi vida he visto una sementera igual de fiebres y resfriados.

Los libros de la casa, que no eran demasiados, estaban en el salón. Sir Richard alzó los ojos del documento y miró hacia la estantería.

—Me pregunto —dijo— si estará ahí aún el viejo profeta. Creo que lo he visto.

Cruzó la habitación, sacó una biblia gruesa que, efectivamente, llevaba en la guarda la siguiente inscripción: Para Matthew Fell, de su madrina que le quiere, Anne Aldous. 2 de septiembre de 1659.

—No estaría mal que lo pusiéramos a prueba otra vez. ¿Qué opina, señor Crome? Apuesto a que las Crónicas nos darán un par de nombres. Vamos a ver. ¿Qué tenemos aquí?: *Me buscarás por la mañana, y no estaré.* ¡Vaya, vaya! Su abuelo habría visto aquí una buena profecía, ¿a que sí? Bueno, dejémonos de profetas. Son puro cuento. Señor Crome, le agradezco infinitamente que me haya traído el sobre éste. Me temo que estaré impaciente por seguir su viaje. Permítame ofrecerle otra copa.

Se despidieron, con sinceros ofrecimientos de hospitalidad por parte de sir Richard (porque el talante y los modales del joven le habían causado buena impresión). Por la tarde llegaron los invitados: el obispo de Kilmore, lady Mary Hervey, sir William Kentifield, etc. La comida fue a las cinco; después hubo vino, una partida de cartas, la cena y se retiraron a dormir. A la mañana siguiente, sir Richard no se sintió con ánimo para tomar la escopeta. Habla con el obispo de Kilmore. Este prelado, a diferencia de la mayoría de los obispos irlandeses de aquel entonces, había visitado su sede; incluso había residido en ella bastante tiempo. Esta mañana, mientras paseaban los dos por la terraza comentando los cambios y mejoras de la casa, dijo el obispo, señalando la ventana de la habitación de poniente:

—Jamás conseguiría que uno de mis feligreses irlandeses ocupara esa habitación, sir Richard.

—¿Y eso por qué, señor? La verdad es que es la mía.

—Bueno, se ha dicho siempre entre nuestros campesinos que da mala suerte dormir junto a un fresno, y ése tan hermoso que tiene ahí está muy cerca de su aposento. Puede que le haya hecho sentir ya su influjo —prosiguió el obispo con una sonrisa—; porque, si me permite decirlo, no parece todo lo fresco que sus amigos quisieran verle, pese a que acaba de levantarse.

—Es verdad; ese árbol, o lo que sea, me ha tenido desvelado desde las doce hasta las cuatro. Pero lo van a cortar mañana, de manera que no dará más batalla.

—Aplaudo su decisión. No puede ser sano respirar el aire filtrado por todo ese follaje.

—Creo que tiene razón su ilustrísima. Pero anoche no dejé la ventana abierta; era más bien un ruido constante, como un restregar de ramas en los cristales, lo que no me dejaba dormir.

—Eso me parece poco probable, sir Richard. Mire, puede comprobarlo desde aquí: ninguna de las ramas alcanza a rozar siquiera la ventana, a menos que se levante un vendaval; y anoche no hubo viento.

—Entonces no sé qué era lo que arañaba y se agitaba de esa manera... y ha llenado de rayas y señales el polvo del alféizar.

Finalmente coincidieron en que debió de subir alguna rata por la hiedra. Fue la explicación que se le ocurrió al obispo, y sir Richard la aceptó sin más.

El día transcurrió, llegó la noche, y cada cual se retiró a su aposento, deseando a sir Richard una noche más descansada. Ahora nos encontramos en su dormitorio, con la luz apagada y él metido en la cama. La habitación está encima de la cocina. La noche, fuera, es cálida y apacible, así que ha dejado abierta la ventana. Llega poca claridad a la cama, pero hay en ella un extraño movimiento; como si sir Richard agitase la cabeza a uno y otro lado con levísimo ruido. Podría creerse incluso —tan engañosa es la penumbra— que tiene varias cabezas, cabezas redondas y marrones que mueve adelante y atrás, bajándolas incluso hasta el pecho. Es una ilusión horrible. ¿No hay nada más? ¡Mirad! Algo cae de la cama con blando ruido, del tamaño de un gatito, y sale como una centella por la ventana; otro... cuatro... Después todo vuelve a quedar inmóvil.

Me buscarás por la mañana, y no estaré.

Como a sir Matthew, sir Richard fue encontrado ennegrecido y muerto en la cama. Un grupo pálido y silencioso de huéspedes y criados se congregó al pie de la ventana al saberse la noticia. Envenenadores italianos, sicarios del papa, el aire inficionado... estas y otras muchas conjeturas se barajaron. El obispo de Kilmore alzó los ojos hacia el árbol y vio en la horquilla de sus ramas más bajas un gato blanco que miraba encogido hacia una oquedad que los años habían excavado en el tronco.

Observaba con gran atención algo que había en el interior del árbol. De repente, se levantó y alargó una garra hacia el agujero. En ese instante cedió el trozo de corteza en el que se apoyaba y cayó dentro. Todos alzaron los ojos ante el ruido que hizo.

Es sabido que los gatos tienen buena voz; pero pocos hemos oído un alarido como el que brotó del tronco del gran fresno. Sonaron dos o tres maullidos —los testigos no están seguros—, y a continuación se oyó un ruido ahogado de forcejeo o agitación. Lady Mary Hervey se desmayó de la impresión, el ama de llaves se tapó los oídos, echó a correr y tropezó y se cayó en la terraza. El obispo de Kilmore y sir William Kenfield no hicieron un solo movimiento. Estaban asustados también, aunque sólo era el maullido de un gato. Sir William tragó saliva un par de veces antes de decir:

—En ese árbol hay algo, ilustrísima. Opino que debemos inspeccionarlo ahora mismo.

El prelado se mostró de acuerdo. Trajeron una escala y subió uno de los jardineros. Se asomó al hueco, pero sólo pudo notar que se movía algo. Trajeron un farol para bajarlo al interior con una cuerda.

—Hay que llegar al fondo de esto. A fe, ilustrísima, que se esconde ahí el misterio de esas muertes terribles.

Subió el jardinero otra vez con el farol, y lo fue bajando cautelosamente por el agujero. Todos veían desde abajo su rostro inclinado, iluminado por la luz amarilla. Y vieron su expresión de incrédulo terror antes de proferir un espantoso alarido y precipitarse al suelo — donde por fortuna lo recibieron dos hombres —, dejando caer el farol dentro del árbol. Estaba mortalmente asustado, y tardó un rato en recobrar la palabra. Cuando lo hizo, otra cosa atraía la atención de los demás: debió de romperse el farol en el fondo y prender la llama en las hojas secas y broza del interior, porque unos minutos después empezó a salir un humo espeso, a continuación, llamas y finalmente ardió el árbol entero.

Los presentes se apartaron en círculo; y sir William y el obispo mandaron a los criados que trajesen las armas y herramientas que pudiesen. Porque, evidentemente, el fuego obligaría a salir a la alimaña que estaba utilizando el árbol como madriguera. Así fue. Primero vieron aparecer en la horquilla, envuelto en llamas, un bulto redondo como del tamaño de una cabeza humana; acto seguido se tambaleó y cayó en el agujero. La escena se repitió cinco o seis veces; luego, saltó al aire un bulto parecido y cayó en la hierba, donde un momento después quedó inmóvil. El obispo se atrevió a acercarse unos pasos, y vio... ¡los restos de una araña enorme, nervuda, y abrasada! Y cuando el fuego llegó abajo, empezaron a brotar del tronco cuerpos más horribles aún, completamente cubiertos de pelo gris.

Todo el día estuvo ardiendo el fresno. Los hombres siguieron allí hasta que cayó a trozos, matando de cuando en cuando los bichos que salían. Finalmente, transcurrido un buen rato sin que saliesen más, se acercaron precavidamente y examinaron las raíces.

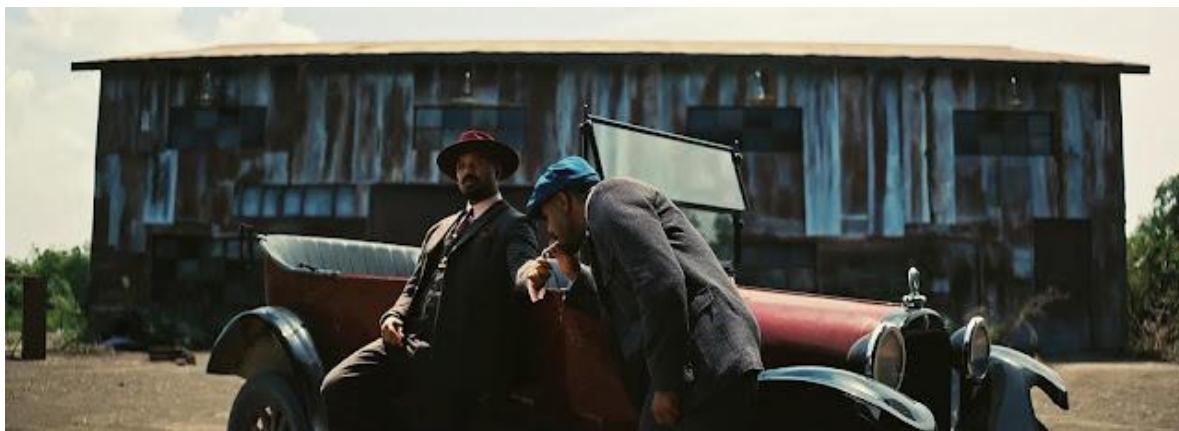
—Debajo en la tierra —dice el obispo de Kilmore—, descubrieron una cavidad redonda con dos o tres bichos de esos muertos, evidentemente asfixiados por el humo. Y lo que es más extraño para mí: al lado de esta cueva, junto a la pared, encontraron acuclillada la

anatomía o esqueleto de un ser humano, con la piel seca sobre los huesos, con restos de cabello negro, y que correspondía sin ninguna duda, según declararon los que lo examinaron, a una mujer, evidentemente muerta hacía unos cincuenta años.



SINNERS: CUERPOS PARA EL MERCADO, ALMAS PARA EL MITO

POR ÁLVARO SOLER MARTÍNEZ



Dos hermanos gemelos, uno con sombrero azul, otro con un sombrero rojo. Es 1932 en Mississippi; la ley seca en Estados Unidos vertebral la principal actividad de la mafia, y estos dos gánsteres que han pasado siete años en Chicago vuelven a su hogar.

Los ecos de lo social componen los fantasmas de nuestro imaginario. En aquella tierra baldía, repleta de plantaciones de algodón, el terror era algo cotidiano, encarnado por el hombre blanco, cristalizado en la capucha del Klan y el burgués esclavista que doblegaba la libertad de la población afroamericana con un yugo implacable. Los monstruos suelen ser asociados a las historias, los cuentos y las películas de terror, pero una película de terror puede contraer diferentes monstruos, algunos reales y otros imaginarios





La película *Sinners* es una historia que utiliza el cine *Pulp* para entretener; obviamente, ese es el objetivo de este género. Pero no se queda ahí, ni mucho menos, pues es también un repaso por *las almas del pueblo negro*, haciendo honor al sociólogo W.E.B. Du Bouis.

En ella vemos esa particularidad temporal de la cultura actual y su relación extraña con el tiempo. Pues, aunque la película se sitúe en la década de los 30, da la sensación de ser ahora, y quizá da la sensación porque estamos viviendo el mismo interregno que hace cien años, donde los monstruos salían de las peores historias para convertirse en realidad. Unos monstruos que quizás jamás imaginamos, pero que, de la mano del fascismo y el racismo, asolaron toda Europa.



Como os decía, en *Sinners* dos hermanos vuelven al caluroso y húmedo Mississippi, y mientras los campos de algodón muestran un paisaje sublime donde el individuo sucumbe a la totalidad del latifundio que no atisba un final alcanzable por la mirada humana, un mal les

acecha desde una tierra podrida por la violencia y el racismo de esa nación llamada Estados Unidos.

Los hermanos quieren empezar de cero, dejar la vida de violencia de Chicago y abrir un club de *Blues* donde la comunidad que los vio nacer les dé cobijo emocional y también monetario. Pues esta película, por supuesto, como muchas otras —como la gran mayoría— también está encerrada sobre el realismo capitalista. Es decir, sobre la incapacidad de crear historias fuera del capitalismo y su naturalizada ideología. Digamos que a estos dos el plan les sale mal. Pero mientras eso ocurre, el director Ryan Coogler nos deleita con una atmósfera que se cuece a fuego lento y donde el misticismo afroamericano se mezcla con la voz de un pueblo cristalizada en algo tan cerca de lo sobrenatural como es el *blues*.

Coogler nos lo dice claro: la música conecta con los espectros, tanto del pasado como del futuro, nos libera de la materialidad, por un momento, aunque esta música surja de esta misma. Es decir, brote de las manos cortadas y agrietadas que recogen el algodón propiedad de los blancos burgueses.

Aunque no os lo creáis, esta es una historia de vampiros, unos vampiros que acechan a la comunidad negra, porque están insertos en un sistema que históricamente los ha desangrado, los ha considerado como carnaza y sangre. Y no solo a ellos como fuerza de trabajo, sino a su propia cultura y la oportunidad de mercantilizarla. Parafraseando una frase de la película: *a los blancos les gusta el Blues, pero no quién lo toca*.



Y ahora, esta tesis de la vampirización de la cultura proletaria toma más envergadura que nunca. Aunque esta entretenida y buena película caiga en los vicios neoliberales de toda industria cultural, si afinamos la mirada —algo fundamental en estos tiempos oscuros—, veremos cómo nos refleja esa mercantilización de la cultura de los pueblos proletarios que lucharon y luchan históricamente contra la burguesía que los opprime, y donde en el seno de muchos de ellos se imaginaron y se imaginan horizontes postcapitalistas.

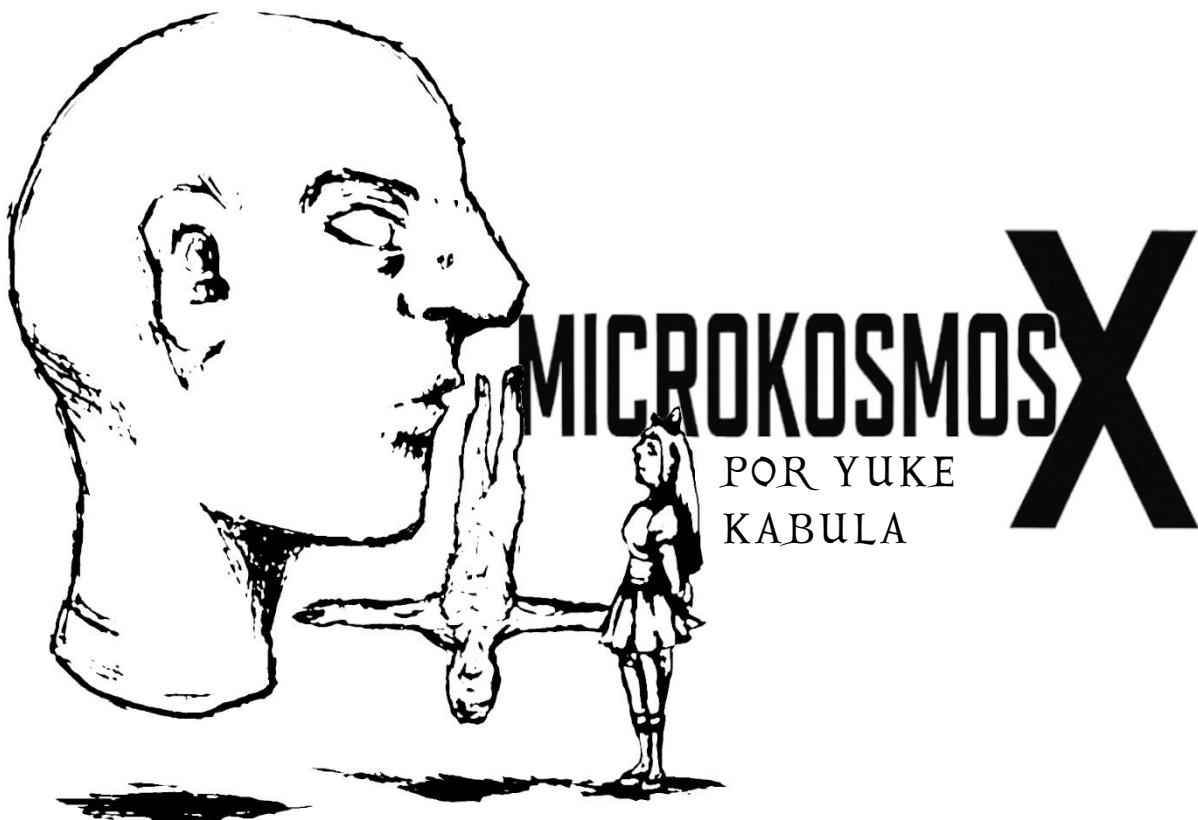
Es paradójico que incluso la propia película se deba ver como algo así, es decir, como una mercancía vampírica que intenta explotar la historia del pueblo negro, pero que, a su vez, es un retrato veraz de los monstruos que debemos destruir.

Recordando a Jameson, este fenómeno sin duda se inscribe en la lógica de la cultura posmoderna, donde todo relato termina siendo absorbido por la forma mercancía, incluso aquellos que intentan criticar dicha lógica. Es decir, el vampirismo cultural no solo es temático sino estructural: el capitalismo es capaz de absorber y redistribuir cualquier crítica como valor estético o consumo simbólico. Así, *Sinners* no solo representa el terror pulp como género, sino que está atrapada en él, como una manifestación de nuestra incapacidad cultural para escapar del bucle, mientras el monstruo sigue alimentándose, no solo de cuerpos, sino de significados.



Todas las redes de Sociología Inquieta: <https://sociologiainquieta.taplink.ws/>

Puedes ayudarnos para seguir ampliando el proyecto suscribiéndote al Podcast de
Sociología Inquieta, por tan solo 0.99 al
mes: <https://creators.spotify.com/pod/show/soler29117/subscribe>



Cuando la pequeña Angelica se bajó del coche, lo primero que llamó su atención fue aquel edificio de acero y cemento, aquella mole maciza que coronaba el acantilado y cuya intención estética parecía responder a las más radicales formas de la vanguardia artística.

—El Elliot Frisk no es tonto ni nada —comentó el padre, bajándose del auto—. ¡Qué buen sitio para poner un parque temático!

—No estoy segura de que sea un parque temático —intervino la madre—. Según el folleto, se trata de una «experiencia inmersiva y psicológica»... eso de «psicológica» no me entusiasma demasiado, ¿seguro que será apto para niños?

—¡Que sí, mujer! —bufó el padre— ¡Seguro que peores cosas veíamos en nuestros tiempos!

—Si tú lo dices... en fin, de momento debemos buscar el sitio donde vamos a hospedarnos.

Al pie del acantilado, muy por debajo de aquella inmensa construcción, se asentaba una pequeña población, no mucho más grande ni muy diferente de un camping, con cabañas de madera y un amplio espacio de aparcamiento. No tardaron en dar con una modesta caseta con el letrero «Hostal Santa Cruz». La familia pasó al interior, topándose con un hombre de ropajes negros y aspecto afable, que los recibió con un cordial gesto de sombrero.

—Buenos días, ¿son la familia Farrugia? ¡Es un placer recibirles! Yo seré su guía; me llamo N...lat...ep.

El hombre procedió a decir su nombre, aunque, por algún motivo, los oídos de Angelica no parecieron capaces de entenderlo bien. Había algo en su sonoridad que lo volvía incomprendible, era casi como si su cerebro fuese incapaz de procesar la información recibida. Aun así, los padres no parecieron experimentar esta molestia, y es que comenzaron a dialogar con el hombre animadamente. Angelica trató de sacarse de la cabeza la sensación de incomodidad que acababa de experimentar, focalizando su atención en el entorno que la rodeaba. La recepción del hostal era humilde pero bonita y tras el mostrador se encontraba una anciana de rostro cansado. Tras un rato de conversación, los padres se despidieron del guía y se dirigieron hacia la mujer, comenzando a hacer las gestiones pertinentes.

Había algo en aquel guía que incomodaba a Angelica, al margen del extraño episodio de su nombre. Tal vez era su rostro, demasiado perfecto, demasiado artificial. Casi como una máscara. La niña se estremeció cuando, justo antes de dejar el lugar, el hombre le dirigió una extraña sonrisa. Fría, se sentía tan fría como meter la mano en el congelador, pensó ella, antes de perderlo definitivamente de vista.

—Vamos, Angelica, tenemos que subir a la habitación —le apresuró el padre.

Angelica sacudió la cabeza y siguió a sus progenitores escaleras arriba. Por las ventanas entraba el gélido aire del invierno, ¿tal vez el escalofrío que había sentido antes se debía simplemente a aquello? ¿Tal vez todo había sido una mera sugestión?

La puerta del cuarto se abrió, revelando una estancia pequeña pero acogedora. Un amplio ventanal permitía observar el cielo estrellado, vista tan solo obstaculizada por las ramas furtivas de algún árbol que, mecido por el viento, arañaba el cristal como una mano malintencionada.

Había tan solo una cama matrimonial, pues la pequeña Angelica acostumbraba a dormir con sus padres. El progenitor fue a asearse, mientras madre e hija encendían la televisión. Estaban anunciando *Microkosmos X*, justo el lugar que visitarían al día siguiente. Un nombre muy sugerente para un edificio que no se diferenciaba mucho de un bloque macizo.

—Los ricos tienen gustos extraños... —la madre sacudió la cabeza— no entiendo a quién le pareció que esa fachada tan sosa podía tener alguna clase de encanto.

La niña se limitó a asentir, comprendiendo que lo que su madre estaba insinuando era que ese edificio era feo. Verdaderamente, y dado lo pintoresco del lugar, podían haber optado por levantar algo más elegante, tal vez un castillo de cuento de hadas o una fastuosa mansión. Pero, en vez de eso, lo que se observaba en la cima del acantilado solo podía describirse como un cubo blanco y antiestético. Mañana irían... solo esperaban que fuese más bonito por dentro que por fuera.

Tras ducharse el padre hicieron lo propio su esposa e hija, para, a continuación, irse a dormir. Al apagar la luz, la mirada de la niña vagó hacia la ventana, cuya cortina había quedado descorrida. Las garras de los árboles parecían amenazar con irrumpir en la estancia y separarla de con sus padres... ¿por qué estaba tan alterada? Cuando, tiempo atrás, se planteó el viaje, la pequeña Angelica era la que más entusiasmada estaba, ¿qué le había llevado a su mente a llenarse de semejantes pensamientos intrusivos? Tal vez el hecho de que era la primera vez que estaba tan lejos del hogar. Tal vez el rostro del guía había despertado algún instinto en ella, similar al miedo atávico que experimentan las presas en presencia de su depredador. Como el ratón al ver llegar al gato. No lo sabía.

De pronto, algo más se movió fuera. Una oscura silueta, vagamente humana. Angelica no llegaba a distinguirla desde la cama. Tratando de no despertar a sus padres, la niña se levantó de la cama y se acercó al ventanal. Sí, definitivamente había algo afuera. Parecía empezar a apreciarse el contorno de una cabeza... y, en medio de ella, un único ojo humano, rojo e inyectado en sangre.

Sobresaltada, Angelica regresó corriendo la cama y se apresuró a ocultar su rostro bajo las mantas, buscando seguridad en su cálido abrazo.

* * *

Tras tomar un desayuno frugal, la familia se dispuso a tomar el coche para subir a visitar el edificio de Microkosmos X, aquel guardián silencioso e inmóvil que vigilaba el pueblo desde las alturas. La carretera era sorprendentemente buena, sin duda Elliot Frisk se había tomado la molestia de invertir en infraestructura para facilitar el acceso a aquel lugar simbólico, que se erigía como emblema de la marca cultural de la empresa *Edison*.

Por el camino, se toparon con más vehículos. Unos venían y otros iban, en un flujo continuo que evidenciaba hasta qué punto aquello se había vuelto una atracción turística de primer nivel. Alcanzaron la cima del acantilado y fueron recibidos por un parking aún más grande que el que se encontraba abajo en el pueblo. Tras dejar el coche en una plaza de aparcamiento, lo más cerca posible de la entrada del monumento, padre, madre e hija salieron al exterior. Allí les esperaba el guía, sonriendo de esa forma antinatural que tanto había incomodado a la niña.

—¡Justo a tiempo! —exclamó— Vamos, venid, es momento de entrar.

Siguiendo al histriónico guía, la familia se dirigió hacia la entrada del edificio. El portón se abrió y pasaron al interior, siendo recibidos por el llanto de fetos mecánicos. Confinados en negros cubículos de metal, abiertos por la parte superior y repletos de carbón y efluvios, los pequeños autómatas alternaban sus sollozos con el vómito de sustancias incandescentes,

que no podían ser otra cosa que metal fundido. Más adelante, se abría una amplia galería que parecía extenderse hacia un azul infinito, que podría haber sido fácilmente confundido con el cielo. O, al menos, lo podría haber sido de no ser por la certeza de que se encontraban en un espacio cerrado. Pálidos simulacros de miembros y cuerpos humanos flotaban por doquier, unos del tamaño de un palmo, otros grandes como colosos. Algunos permanecían estáticos, aunque la inmensa mayoría se desplazaban por el espacio vacío, animados por algún enigmático mecanismo.

—Bienvenidos a Microkosmos X —proclamó el enérgico guía, alzando la voz para no ser eclipsado por los gimoteos que se escuchaban—, un país de luz y fantasía que busca visibilizar el rico mundo interior del gran Elliot Frisk. Un recorrido desde su más tierna infancia hasta el momento en que recibió la epifanía que le llevó a montar la empresa Edison, que hoy da de comer a tantas familias.

El hombre hizo un ademán algo teatral, como si tratara de abarcar con sus brazos la vastedad de aquel espacio de apariencia infinita.

—Lógicamente, cada estancia tiene un simbolismo —prosiguió, apoyándose en una de las cunas metálicas—. Ahora mismo nos encontramos en *NarteX*, tierra de los neonatos, y el espacio que se abre a continuación es *SinesteXia*, el vacío infinito del mundo sensible. *NarteX* representa la entrada a la vida, muy condicionada por la figura protectora de la...

Angelica ya se había aburrido de la explicación. Sus ojos vagaban de un lado para otro, tratando de asimilar todo lo que veía. Se adelantó a su familia, penetrando en aquella estancia que el guía había bautizado como «*SinesteXia*» y que estaba ya atestada por otras familias que, al igual que la suya, habían decidido acercarse por allí con la intención de hacer turismo y conocer algo diferente. Angelica era incapaz de comprender todo lo que sucedía a su alrededor, se sentía sobreestimulada. Una columna de cuerpos humanos entrelazados pasó volando junto a ella, al tiempo que un rostro del tamaño de un elefante la observaba en la lejanía. Partes corporales se unían y se separaban continuamente, en una danza frenética pero hermosa que parecía una celebración del contacto físico. Como es natural, aquello no significaba nada para la pequeña Angelica, en cuya mente aquello no era más que una extravagante coreografía sin un sentido claro, pero que no dejaba de deslumbrarla.

—Espera, Angelica, ¡no te vayas a perder! —su padre acababa de alcanzarla, sujetándola por el hombro—. Alguien te podría secuestrar si no vas con cuidado.

Angelica asintió sin prestar demasiada atención, su mirada seguía fija en todo lo que sucedía a su alrededor.

—No comprendo por qué recomiendan esto para familias con hijos —murmuró la madre, que se encontraba ya cerca—. Esto no me parece del todo adecuado.

—No te preocupes por eso, mujer —replicó el padre—, si la niña no lo va a entender.

—Haga caso a su marido —respaldó el guía—. Por aquí siempre han venido muchos críos y, al final de la visita, nunca hemos recibido queja alguna. Los chavalines no pillan las cuestiones freudianas.

—Con todas mis disculpas, pero, viendo esto, siento que Elliot Frisk es un pelín degenerado —comentó la madre.

El guía se encogió de hombros.

—Es natural que piense eso, no en vano, aún no hemos llegado al final de la visita. Como puede imaginar, SinesteXia refleja una etapa de inmadurez emocional y afectiva en la vida del señor Frisk, que debió superar para evolucionar como hombre y como empresario. Por favor, síganme. Pronto voy a mostrarles *AtaraXia*.

Caminaron durante un largo rato entre aquellos inquietantes autómatas, por una senda enlosada que parecía extenderse hacia el cielo azul. Tras un rato contemplaron que, tal como suponían, aquel azul inabarcable no era el horizonte, sino una ilusión muy conseguida. Un inmenso umbral se abría en mitad de una pared camuflada con habilidad, y, al otro lado, se abría una estancia de paredes y suelos de mármol. Sin embargo, no pudieron discernir su verdadera magnitud hasta que no hubieron pasado a su interior.

—Esto es... ¡*AtaraXia*! —anunció el guía, apuntando hacia un lateral— ¡La cristalización del sueño de Frisk!

Al mirar hacia donde apuntaba el hombre, la familia pudo apreciar que se encontraban en lo alto de un palco. Y, bajo el mismo, se extendía una arquitectura que bien podría rivalizar con la de la fastuosa academia de Atenas. Se trataba de un interior abovedado, comparable a una catedral, al fondo del cual, casi como si fuera un rosetón, se observaba en las alturas un inmenso logo de Edison. A modo de bancadas, se disponían innumerables asientos y pupitres, al estilo de un colegio universitario.

—Esta sala representa la consagración de Edison no solo como un gigante tecnológico, sino como un agente clave en la promoción cultural y el apoyo a la juventud. Esa zona que podéis ver se utiliza en cursos y congresos, impartidos por los más brillantes profesionales, como una forma de acercar el saber más elevado a cualquiera que esté dispuesto a aprender.

—¿Qué es esa puerta? —preguntó el padre, señalando a un marco oscuro que se encontraba a escasos metros de él.

El guía se quedó callado unos instantes.

—Es una futura instalación —dijo finalmente—. Va a representar la revelación que Frisk recibió. Pero de momento no se puede entrar, no está abierta al público. Debemos... ultimar algunas cosas. Ahora, permítanme continuar con mi explicación...

Pero, nuevamente, la atención de Angelica se había ido a otro sitio. En este caso, a aquella puerta negra por la que le habían dicho que no podía pasar. Pocas tentaciones son más fuertes que la tentación de lo prohibido, el deseo de morder la manzana.

El discurso proseguía y nadie parecía prestar atención a la niña. La puerta no estaba cerrada, tan solo había quedado levemente arrimada. Angelica empujó con suavidad y esta se abrió sin hacer ruido. La oscuridad dentro parecía impenetrable, pero la curiosidad venció al miedo y la niña se sumergió en ella. Cuando sus ojos se acostumbraron pudo ver que se encontraba en lo alto de un siniestro pozo, al que descendía una escalera de caracol. Abajo, sobre un peñasco y rodeado de agua se encontraba encogido un autómata cuya altura fácilmente podía ser de unos tres metros. Permanecía estático, sin realizar ninguna clase de movimiento, aunque su postura evocaba una profunda melancolía.

Algo pareció hacer que las cosas se pusieran en movimiento. El autómata alzó levemente la cabeza cuando un tenue halo de luz impactó sobre su rostro. En mitad del abismo se estaba comenzando a formar una figura de luz, celestial en apariencia, que descendía flotando hacia el aquel ser mecánico. El autómata alzó su brazo, como tratando de alcanzar esa luz, pero pronto retiró los dedos, como si se hubiese abrasado por el contacto. O, más bien como si se hubiese echado atrás, presa de un súbito pánico. «Solo soy un hombre» resonó en el aire una voz metálica, al tiempo que el rostro del robot se giraba hacia el lugar en que se encontraba Angelica, clavando en ella la mirada de un único ojo de aspecto humano.

Ahogando un grito, Angelica salió corriendo de la estancia y, lo primero que hizo al ver a su familia, fue abrazarse a su madre. Nadie pareció comprender aquel repentino arrebato de efusividad, tan solo el guía esbozó una enigmática sonrisa.

La familia abandonó Microkosmos X, tan solo escuchando a sus espaldas el llanto enlatado de los retoños del NarteX. Angelica se giró una última vez, topándose de nuevo con el inescrutable rostro del guía, cómplice de un secreto que ahora ella conocía, pero cuya naturaleza no alcanzaba a comprender.

LUNA DE SANGRE EN LA CALDERONA



POR RUTH SICILIA TORRES

El pasado catorce de marzo, viernes, era Luna de Sangre. En lugar de salir de fiesta como hacíamos habitualmente los fines de semana, decidimos que esa noche iríamos primero a tomar algo a Gilet, un pueblo cercano a Puerto de Sagunto (que es donde vivimos) y, después, mi grupo de amigos haríamos una ruta nocturna por la Sierra de La Calderona. Solamente nos apuntamos Pablo, Sheila, Juan, Paula, Antonio y yo, Ana. Sabíamos que había un pequeño recorrido que se llama GR-10 y que es una ruta muy sencilla de hacer, así que con Luna llena y con nuestros pequeños frontales en la cabeza no iba a ser nada complicado.

Quedamos a las diez en Gilet para cenar en un bar que tiene fama en la plaza. Lo suyo era pedir un par de tapas, beber unos chupitos y tomar un buen café que nos ayudase a aguantar toda la noche. Al no conocer bien la zona preguntamos al policía del pueblo que estaba por allí, un hombre calvete muy amable y simpático.

Queríamos que fuera una noche especial, mi amiga Paula es muy de hacer conjuros y brujerías los días de Luna llena. A nosotros nos hace gracia y le seguimos el rollo, no es que creamos en esas cosas, pero a veces hay que apoyar a los amigos en sus pequeñas pasiones. Llevaba preparadas unas velas de color rojo, unos papelitos blancos y bolígrafo para que cada uno pudiera escribir tres deseos y luego, a las doce, poder quemarlos cada uno con su vela.

Ella luego te cuenta una milonga sobre cómo se ha quemado tu papel y cómo ha quedado la cera de tu vela y te augura alguna cosa del futuro; bueno, cosas así que nos parecen súper chulas y siempre le hacemos caso porque oye, quién sabe, quizás algún día se nos cumplan los deseos.

Siguiendo las indicaciones del guardia, al acabar la cena cogimos los coches, y desde allí fuimos primero a ver el Dragón de la Calderona. Nos había dicho que era un lugar mítico y que les suele gustar visitar a los caminantes. Se divisa desde las carreteras cercanas. Nos contó que es un edificio muy especial porque se hizo con la intención de ser un bestiario de mayor magnitud, y la idea fue haber edificado más estructuras feroces, pero al final solo se hizo el Dragón. Fue un proyecto de Gaia, creo recordar que nos dijo que se realizó en 2004. No nos contó por qué no se hicieron las demás bestias.

El caso es que llegar al edificio y verlo así, por la noche, era maravilloso. Allí nos sentamos a prepararnos un cubata; llevábamos una mochila-nevera con unas botellas mezcladas ya fresquitas. Como no podía ser de otra manera, mientras todos charlábamos y reímos con los monólogos de Sheila, Paula pidió silencio. Parecía algo asustada, y nos dijo que le había parecido ver unas luces intermitentes en las ventanas que hacen de ojos del Dragón. Juan, que, por supuesto es el más escéptico, le dijo entre carcajadas que nos habían confirmado que era un edificio abandonado y que lo que le había parecido ver probablemente era el reflejo de la Luna. Como se puede imaginar, en un grupo grande de amigos siempre hay alguien a quien se le ocurre saltar una valla de un lugar prohibido y abandonado, así que Antonio buscó el hueco más sencillo por donde poder pasar y allá que fuimos todos a dar una vuelta para tocar las paredes de aquella criatura draconiana, sus ladrillos, sus baldosas, su vegetación...

hasta que oímos un ruido extraño y volvimos a saltar la valla deprisa y salimos corriendo muertos de la risa por sentirnos tan cobardes. Tras nosotros salió corriendo un gato negro y en ese momento ya no pudimos contener las carcajadas.

Paula, con su voz de ultratumba, nos dijo que eso era el comienzo de una noche terrorífica de la Luna de Sangre. Pablo puso los ojos en blanco en señal de desaprobación, sobre todo porque sabe que yo soy una miedica.

Para empezar de verdad la ruta, que no suele ser complicada pese a que tiene alguna subida y alguna bajada con más pendiente con la piedra suelta y por la noche siempre te da más miedo resbalar, nuestra idea era aparcar los coches en el Convento de Santo Espíritu, un monasterio franciscano; y, como es una ruta circular, al final de la noche volveríamos al mismo lugar.

No puedo negar que somos una pandilla de golfos y, como golfos que somos, volvimos a sacar nuestro pequeño botellón para amenizar un poco la noche. Así que nos pusimos unos gin-tonics sentados en unas piedras grandotas que había allí al lado y después de estar bebiendo un poquillo empezamos a caminar. Al principio de la senda, por fuera del monasterio, parecía haber como un pequeño cementerio con una fila de cipreses ordenados milimétricamente, al lado del edificio majestuoso, blanco, resplandeciente con el brillo de la Luna. Además de los monjes residente, es un centro de acogida para drogodependientes. Faltaba poco para las doce, pero no había luz en ninguna de las ventanas que daban al camino. Nada más pasar el monasterio se veía a lo lejos una pequeña explanada: cual fue nuestro asombro cuando de repente vimos como un halo de luz hacia la lejanía. Parecía que había un círculo de monjes rodeando una hoguera. La verdad es que nos asustó un poco, a la vez que nos resultó extraña la situación, no parecía algo normal. Aunque, quién sabe, a veces las costumbres cristianas una noche así de luna llena y más llamada Luna de sangre....

Con curiosidad, nos acercamos sigilosamente, por supuesto yo detrás de Pablo bien pegadita, me resulta muy protector. Conforme nos íbamos aproximando, lo que nos pareció comenzar a ver era a una persona totalmente desnuda en el centro de la hoguera, parecía una mujer y no se resistía a las llamas. Los monjes estaban haciendo una especie de danza mientras cantaban como un salmo de esos raros, tipo Taizé, de los que formulan continuamente frases en latín, y que en algunas iglesias traducen a castellano.

Estábamos paralizados, nos asustamos muchísimo, sobre todo cuando uno de los monjes pareció escucharnos mientras caminábamos y se giró; al hacerlo, vislumbramos cómo le brillaban los ojos con una luz roja desafiante. Salimos corriendo. Ellos no corrieron detrás de nosotros, siguieron con su danza y su cántico, o eso nos pareció; pero aun así sentíamos una especie de presencia tras nuestros pasos.

Justo tras ese descampado había una subida con gran pendiente, por lo que en ese momento íbamos corriendo sin casi poder respirar, sin aliento y sin mirar atrás. Tomamos un

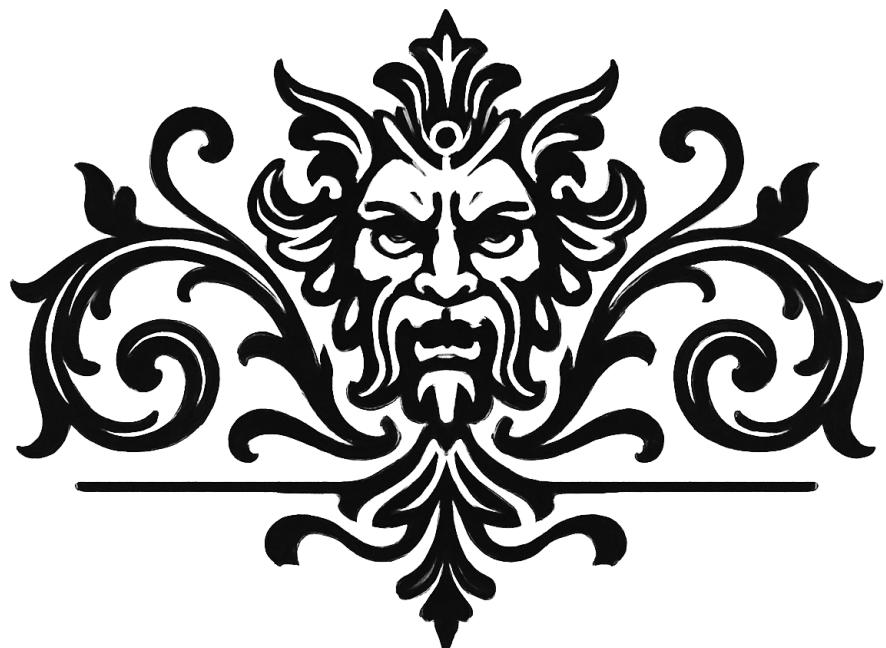
desvío a la izquierda y llegamos al Pico del Águila, que es el punto más alto, de unos 457 m de altura. Desde allí no podíamos ver el resplandor de la hoguera. Paramos a coger aire y a reflexionar sobre lo que habíamos visto. Juan, con su escepticismo, pensaba que eran los gintonics y la oscuridad los que nos habían hecho imaginar una mujer en la hoguera, pero que seguro que era una de sus imágenes sagradas y algún acto de bendición. A Paula, que le encanta, el terror no la dejamos hablar en ese momento, estábamos demasiado asustados. Antonio propuso volver al sendero llano que estaba cerca, desde donde veríamos toda la Mola de Segart en el horizonte. La verdad es que seguimos sin ver ninguna luz, solamente veíamos esa brillante Luna llena de sangre, aunque no se nos iba la sensación de que nos perseguía alguna presencia extraña; para intentar despistar lo que sentíamos que nos hostigaba, aunque no viésemos nada, abandonamos el GR-10 y fuimos por una pista forestal que nos condujo hasta el Xocainet a unos 342m de altura. Desde ahí podíamos ver casi todo a nuestro alrededor, e iniciamos el descenso que era bastante complicado; de hecho, algunos de nuestros amigos cayeron por la cuesta, y fueron rodando casi hasta el final, y prácticamente todos acabamos con el trasero manchado de tierra. Paula había dejado claro lo importante que era volver e iniciar una de sus ceremonias, así que creo que los resbalones pudieron deberse, quizás, más al miedo que a la dificultad.

Al final del descenso encontramos de nuevo el el Dragón de la Calderona, ahora sí se veían claramente sus ventanas iluminadas y unas sombras negras moviéndose tras de ellas. Paula dijo que la única manera de salir vivos de allí esa noche era empezar todos juntos un hechizo que le había enseñado su abuela. Justo en ese momento, Sheila cayó al suelo y comenzó a convulsionar, echando espuma por la boca, con los ojos en blanco. Nos pusimos en círculo a su alrededor y Paula nos enseñó otro cántico típico: "En nuestra oscuridad enciende la llama de tu amor Señor". Creo que estuvimos más de media hora repitiendo el cántico, cuando sucedió algo mágico: nos pareció que la Luna se hizo como unas cien veces más grande, enviando a la vez un halo de luz, como si se tratara de un foco rosáceo, hacia el cuerpo de Sheila, la cual despertó sin recordar nada. Tras la sorprendente reanimación de nuestra amiga encendimos cada uno nuestra vela roja, escribimos nuestros deseos y nos sentamos junto a la valla del Dragón un rato, meditando juntos con esa misma melodía. Entonces sentimos que ya ninguna presencia desconocida nos acechaba, y que una especie de paz inmensa nos invadía.

Tras la ceremonia, Paula dijo que para concluir teníamos que ascender a la Cruz de Rodeno y hacer una ofrenda. Una vez allí, nos hicimos un pequeño corte con la navaja de Pablo en el dedo gordo de la mano derecha y ofrecimos unas gotas de nuestra sangre a la Cruz. Rezamos juntos el Padre Nuestro para que ningún demonio maligno pudiese dañarnos.

Descendimos el barranco de Santo Espíritu por la pista forestal hasta el Convento del mismo nombre, todavía muertos de miedo. Cuando llegamos, encontramos el círculo que habíamos visto anteriormente, pero en esta ocasión sólo distinguimos los hábitos de los monjes, junto con un poco de ceniza.

Cogimos los coches y salimos a toda prisa de allí. En ese momento, una nube negra tapó la Luna Llena de Sangre. Decidimos que nunca, jamás, volveríamos a hacer la ruta de la Calderona.



Un banquete en Lugaralto



POR VÍCTOR CONDE

Sixis ushba etnathis alohedram
Isygnes tramora delcest
Rrortus equajimes tolemtum
D -ixjemanis extiendhax

o en la lengua vernácula

Grande relato de los aromas

De un banquete sin iguales

Ofrecido con amor, desdeñado con ingratitud

Y degustado con sabiduría.



1

Siglos atrás, en ese tiempo brumoso en el que se confunden la leyenda y la historia...

Allá donde son azules las marismas, más allá de los bosques caducos y las enmohecidas selvas, se encuentra el fabuloso lugar de...

No, mejor no empezar así. Demasiado confuso.

Sobre las colinas peladas, por solitarios congostos, allende la intrincada selva y el impenetrable páramo, donde la hiedra enmarañada, el bosque susurrante y las piedras que silban con el viento, con los del pueblo de piel dorada te encontrarás. Su piel parece de oro,

pero cuando se acercan a ti son como tinta negra derramada sobre una sombra. Construyen sus hogares allá donde no toca el sol, aunque sus templos se alzan intentando abrazar la luna. Son el orgulloso pueblo de la gente de corta estatura y ojos rasgados, los kolan. Y si por esta razón los subestimas...

Pero no, tampoco es bueno este comienzo. ¡Maldita sea, qué difícil es empezar a narrar una historia! ¡Ya me lo advirtió mi padre! Mejor me ciño a lo que sé, que no es poco, y dejo que quien lea estos versos que estoy volcando sobre papiro llegue a sus propias conclusiones. Voy a recurrir a una fórmula clásica de apertura, aquello tan consabido del «Había una vez...», y que sea lo que los Dioses quieran.

Una vez, sí, y dos, y tres. Porque hubo muchas veces, y muchos lugares y personas ubicados dentro de esas veces que tuvieron algo que decir. Mi padre, por ejemplo. Se llamaba Zothiel Herrafría, aunque todo el mundo lo conoció durante la segunda mitad de su vida como el Burgomaestre. Suyas fueron las benditas manos que sembraron la semilla mágica que dio lugar al enorme tallo de habichuela, ese que puede otearse desde toda la región de la selva menor, y que se eleva como un fideo hasta los cielos, con afán de anclarse en una nube. Y vaya si lo consigue, pues en la cima de esa nube mi padre y los suyos edificaron nuestro pueblo, Lugaralto, hace solo una generación. Pero mucho ha llovido, y lloverá, en tan corto espacio de tiempo... Una sola generación de hombres puede dar mucho de sí, si se sabe aprovechar bien cada día.

Ocurrió mucho antes de que yo naciera, y ahora tengo veinte años, así que mi padre debió ser realmente joven cuando, en su desesperación, decidió creer *in extremis* en un cuento de viejas y enterrar aquella semilla, y echarle agua por encima. Nada podría haber salido de ahí salvo un triste desengaño, que habría llevado irremediablemente a la muerte a los expedicionarios del rey de Vádogrant, un país que está muy lejos, al otro lado del océano, y que vio nacer a mi padre y a sus colegas conquistadores. Él me habló del océano en diversas ocasiones, y me lo describió como un enorme plato de sal con sabor a lágrimas que lloraba constantemente en honor a la soledad de los pueblos que suspiraban en sus blancas y separadas costas. Los vadogramios habían venido a las tierras recién descubiertas más para robar que para colonizar; para asesinar y expoliar más que para instruir y anexionar. Creían que si encontraban pueblos asentados en estas ignotas orillas, no supondrían ningún obstáculo a su ambición. Que no ofrecerían resistencia.

Se equivocaron.

Los primeros meses de la exploración de las nuevas tierras transcurrieron de asombro en asombro, de maravilla en maravilla, sin ningún peligro especialmente preocupante que frenara el avance de los conquistadores. No habían encontrado vida inteligente, aunque sí mucha animal y vegetal, y llegaron a preguntarse si semejante milagro podía ser cierto: una tierra nueva e inmensa que las divinidades se hubiesen olvidado de llenar de Hombres. Este sería un regalo como ningún vadogramio soñó con obtener jamás. Estaban equivocados, claro, pero no se dieron cuenta hasta que fue demasiado tarde. En aquellos primeros días, mi padre, junto con sus compañeros de expedición, se acostumbró a asombrarse ante las increíbles tortugas parlantes, que tenían cuerdas vocales igual que nosotros y podían

reproducir casi cualquier sonido del habla humana, aunque en esos sonidos no hubiera en realidad gramática, ni significado. Había ruido, pero no mensaje. También ante las majestuosas setas gigantes, que resultaron ser comestibles y muy jugosas, y que tenían una capa de musgo cubriendolas que caía por los lados del soberano como una larga cortina de pelos, hasta tocar el suelo. O aquellas cosas peludas que trepaban muy lentamente por la corteza de los árboles, y que no se podía asegurar si eran de origen animal o vegetal, a pesar de su capacidad para desplazarse. Los expedicionarios aún no se habían convertido en conquistadores, pues nadie les había obligado a desenvainar espadas, pero esa primera época de atónita relajación no tardaría en acabarse.

Sucedío en la trágica noche de los Cien Augurios, no ha mucho para los de buena memoria, y en un lugar no demasiado distante de donde yo nací, allá entre nubes. Fue abajo, en la superficie de la tierra, dentro de la selva oscura, cuando dos civilizaciones se encontraron por primera vez. Y una de las dos, no está claro cuál, desenvainó primero las espadas. Los conquistadores se creían superiores por su ciencia y su acero, pero luchaban en terreno desconocido, en el hogar del pueblo de piel bruñida, y no tuvieron la menor oportunidad de vencer. La sangre anegó la tierra; la luna reflejó su pálida cara en aquellos charcos y río: su circunferencia se hizo más pequeña y su luz gris, y bajo ella el mundo se tornó oscuro y silencioso. La selva, durante siglos callada, se llenó en el transcurso de una sola noche de gritos.

Fue en los momentos finales de retirada, en que la desesperación aplastaba el ánimo de los vadogramios, cuando mi padre recurrió a una leyenda que le había contado su bisabuela. Tenía que ver con una semilla con poderes mágicos que un huracán trajo un día desde las distantes costas de Faërie y depositó allí, en su huerto. La abuela nunca se atrevió a plantarla, porque intuía que poseía facultades sobrenaturales y estas, para bien o para mal, siempre llevan aparejados cambios. Cambios en la vida de la gente. Y no había nada que asustara más a esta sencilla mujer que un cambio. Así que le regaló a su bisnieto la semilla, sabiendo que iba a navegar hacia lejanas tierras recién descubiertas, y le dijo:

—Este es tu regalo, tu garantía de lo imposible. Úsala solo cuando estés totalmente convencido de que es el momento.

La noche en que mi padre, con el cuerpo cubierto de heridas, huyó a través de la selva retirándose del ataque de los enanos de piel dorada, fue ese momento. Así que se arrodilló, con los pulmones saliéndose por su boca del agotamiento, enterró la pepita y le echó agua de su propia cantimplora. Era una plegaria, la invocación de un milagro a través de gestos y no de palabras. Inmensa fue su sorpresa cuando el milagro se produjo y un delicado tallo se abrió paso hacia arriba, buscando el sol a través de la tierra removida. Pero no siguió siendo delgado y frágil por mucho tiempo, porque a ojos vista, y en menos de lo que se tarda en completar una jaculatoria, aquella planta creció y se convirtió primero en un látigo, después en un tronco y por fin en una torre. Siguió creciendo y creciendo, siempre hacia arriba, como si más que un esfuerzo por alzarse fuese una caída invertida, en vertical. Los ojos de los vadogramios y los de los kolan se desorbitaron, los pulgares buscaron las esquinas de unos gestos cabalísticos, y todos lanzaron un «Oaaaahhhh» de asombro cuando aquel prodigo se

elevó recto hacia arriba, cruzando techumbres de árboles y atmósferas límpidas y nubes bajas, en dirección a la nube que tenía encima.

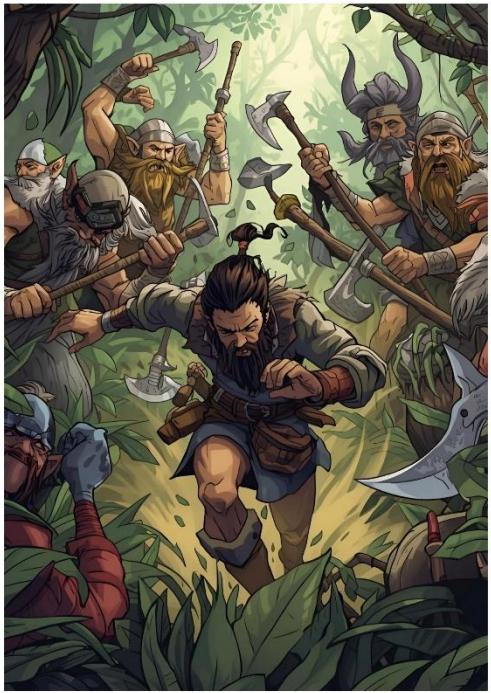
Era un tallo de habichuela.

Todavía sin reponerse de su asombro, mi padre fue el primero en reaccionar y trepar por aquella columna nudosa. Estaba llena de apoyaderos y rugosidades donde era fácil encajar los pies, así que la escalada resultó sencilla. Todos los ojos que estaban clavados en el tallo, tanto de invasores como de nativos, lo vieron trepar a él, y cada cual reaccionó a su manera: sus amigos siguieron su ejemplo y, sabiendo que la selva estaba llena de enemigos, tomaron aquel camino vertical de huida. Los kolan, frenados por algún temor atávico o místico que les impidió ni siquiera acercarse al tallo, arrojaron unos cuantos bumeranes y unos pocos dardos en un fútil intento de detener la huida de sus enemigos, pero consiguieron más bien poco. Lo único que hicieron fue montar un campamento permanente alrededor del tallo para vigilarlo noche y día, pues sabían que todo lo que sube tarde o temprano tiene que bajar. Y ellos les estarían esperando haciendo gala de la principal virtud de su raza: la paciencia.

Zothiel y sus compañeros no tenían la menor intención de volver a menos que el hambre y la sed los obligaran. Habían empezado a subir con lo poco que llevaron a la guerra, es decir, sus cotas de anillas, sus lanzas y sus espadas, y muchos no tenían ni siquiera cantimplora. Aquel primer ascenso fue agónico y peligroso, como él mismo nos contó a mi hermano y a mí numerosas veces, junto a la chimenea. Y no creo, por la expresión que ponía cada vez que lo contaba, que se lo estuviera inventando.

Mano sobre mano, pie detrás de pie... Con la ayuda de uñas y dientes se fueron conquistando aquellos metros que los separaban del suelo. La techumbre de los árboles pasó y, para asombro de todos, se hizo pequeñita en la distancia a medida que el aire se hacía más frío y el viento más punzante. El hombre no está acostumbrado a mirar el mundo desde el punto de vista de un pájaro, y el vértigo se alió con el espanto para hacer que algunos de aquellos soldados perdieran pie y resbalaran, cayendo a plomo desde una altura incommensurable. Los desgraciados murieron en el acto, o eso quiso creer mi padre. Él y unos pocos más que lograron conquistar su miedo siguieron trepando, siempre hacia arriba, hasta que se hizo demasiado oscuro para seguir y tuvieron que acampar en las sinuosidades del tallo.

Dos días enteros pasaron escalando aquella mágica planta, sabiendo que abajo solo les esperaba la muerte, pero que a lo mejor arriba tendrían la oportunidad... ¿de qué? Tal vez de que se hiciera realidad otra leyenda. Se alimentaron de las hojas del tallo, que en cuestión de pocas horas ya se habían vuelto tan grandes como un ser humano, y muy maduras, y bebieron el agua de las torreneras que caían por los repliegues. El panorama desde allí arriba era prodigioso, más de lo que ningún ser humano soñó con ver jamás: la luna los sorprendió un par de veces emergiendo por los confines del mundo y tendiendo sus cendales de plata, laboriosamente tejidos por su pálida mano en las grutas secretas. Con amor maternal, los estiró como una manta sobre la piel selvática de aquel país. Y todo tuvo entonces el color del azogue, y las nubes se miraron coquetas en aquel espejo.



Desde abajo oyeron unos gritos de advertencia, alaridos hechos de todas las diferentes clases de gemidos, gruñidos y lloriqueos humanos que existen, pero mi padre los ignoró. Era el rey de los nativos, que les suplicaba que no mancillaran el Cielo con su presencia, pues sería una putrefacción de la que sus mitos jamás se recuperarían. Pero Zothiel Herrafría, con una terquedad reafirmada por los cortes que tenía en la piel, abiertos por las armas de los kolan, apretó los dientes y siguió escalando.

Fue el primero en divisar la cima del tallo de habichuela y en comprobar que se metía en una nube. Una que no se había movido de allí durante aquellos días, sino que se negaba tercamente a evaporarse o convertirse en juguete del viento. El ayocote se hundía en su algodonosa panza, perdiendo dentro sus ramas, pero había claramente algo más: estaba como anclado a la nube, manteniéndola enganchada por el sistema de clavarle sus dedos y volviéndola fuerte con su magia.

Mi padre, que no tenía nada que perder, siguió subiendo al tiempo que oía una débil música. El sonido le recordó a unas campanillas que los bardos solían tocar en las fiestas de su pueblo, y que se pellizcaban con el pulgar y el índice. La nube fue una gasa helada, una caricia de seda, cuando la atravesó. Y así fue cómo, por primera vez en la historia, un ser humano asomó su tímida cabecita por encima de un cirro. ¿Cómo describir lo que vio? No se parecía a nada que no hubiese sido descrito previamente en un cuento de hadas. Había un campo, sólido para los pies pero hecho no de tierra cultivable sino de algo parecido a vieja ceniza de luna. Colinas como redondas mezclas de vapor líquido, distantes montañas talladas como pedazos irreconocibles de sueños, con unas olas de espuma sin agua a sus pies, que avanzaban y se retiraban con la espasmódica respiración de la salmuera. Y plantas: una vegetación exótica e ingobernable que bebía del viento que nacía en la Estrella Polar, y que no necesitaba más alimento que ese para crecer.

Al borde del desmayo, con el asombro deformándole la cara, Zothiel el Estupefacto se irguió sobre aquella nube, miró a su alrededor, y supo que la suya era una hazaña jamás documentada por cronista alguno. Puede que hubiese habido otros tallos de habichuela y otros exploradores temerarios, pero que él supiera, ningún libro, poema o canción hablaba de un vadogramio que hubiese conquistado un cirro. No había constancia de ello ni en romances populares ni en austeros anales, lo cual valía más que cien selvas y tenía más mérito que mil travesías. Como no podía ser menos, alzó un dedo y proclamó ceremoniosamente que aquel país etéreo era suyo, y que a partir de aquel momento se llamaría... eh... La verdad es que Zothiel nunca fue bueno para los nombres. Le costaba inventarlos de modo que sonasen bien. Incluso para ponerme uno a mí tuvo que pedirle consejo al clérigo de la expedición, que venía

pisándole los talones y que fue el segundo hombre —*id est in commentariis*— en dejar su huella en aquellos barrancos de escoria lunar. Así que provisionalmente lo bautizó Lugaralto, que era bonito y reunía todas las condiciones. Pero solo hasta que se le ocurriera algo mejor.

Yo estoy contando esta historia en mi vigésimo cumpleaños, y no nací inmediatamente, sino unas calendas después. Y mi padre todavía se lo está pensando.

2

La vida demostró ser cómoda y apacible en Lugaralto. Aquella nube resultó ser tenaz, resistente a la evaporación, quizá porque tenía la habichuela anclada debajo. Otras se le iban sumando, marchándose, creciendo, evaporándose... pero el país del cielo siempre era sólido y, a menos que te aproximases peligrosamente a uno de los huecos —poros que, a modo de tragaluces, permitían echar un vistazo en plan ventana al mundo inferior— nunca corrías el riesgo de caerte. Además, hasta allí arriba no llegaban los emisarios de ningún rey con sus órdenes ni sus consignas, y por ello nadie entristeció los años con bruscos vaivenes de paz y guerra. Eso fue lo que más le gustó a mi padre, autonombado burgomaestre, ya que fue quien primero edificó una casa allá arriba. El material de construcción era una especie de adobe que se conseguía mezclando la ceniza argéntea con agua de estratocúmulo, produciendo una pasta densa que, una vez secada al sol, adquiría la consistencia de la piedra. Con ese material se levantaron hogares para los treinta vadogramios que consiguieron escalar el tallo, más unos corrales, ya que alguno tuvo a bien ir a la guerra con gallinas, nadie supo nunca por qué. También teníamos vallas para delimitar los campos de cultivo.

Sí, aquella ceniza era cultivable, y muy fértil. Tal vez porque era maná del de las antiguas leyendas que no llegó a caer al suelo, cuando los Dioses se lo entregaron a los hombres, sino que se quedó flotando. Cultivar sobre maná divino es incluso mejor que hacerlo sobre manto puro, suelo recién escupido por la boca de un volcán y amasado en las entrañas del mundo.

Allí, todo lo que plantaras crecía. *Todo*. Por eso nací yo, y la primera generación de niños y niñas que vino tras la fundación. Zothiel y los demás enterraron algo en aquellos surcos, algo que por lo general necesitaba del concurso de mujer para prosperar, y obtuvieron una cosecha de bebés frescos tras el primer solsticio. Nunca me confesó qué materia prima usó, pues cada vez que se lo preguntaba giraba la cabeza sonrojado. Me prometió que algún día, cuando fuera mayor, sabría de esas cosas. El asunto es que yo, y los primeros siete chiquillos de la aldea, tuvimos por padre a un soldado y por madre a una nube. Quizá por eso nos llaman los Etéreos.

¿Y los kolan, qué pasó con ellos? Su religión les impedía no solo trepar árbol arriba, sino también hacerle daño de ningún modo, ya fuese con fuego o con hachas. Ningún metal mordió con su filo la madera del tallo, cosa que nosotros agradecimos, porque si algún día nos quitaban el árbol de debajo no tendríamos modo alguno de regresar al mundo de abajo salvo convirtiéndonos en insensatos meteoros. Tampoco es que nosotros tuviésemos ganas de bajar y enfrentarnos a ellos. Al fin y al cabo, el odio que profesaban a la expedición de los conquistadores estaba más que justificado, y si todavía estaban allá abajo, esperándonos, era

para acabar hasta con el último de ellos y limpiar su tierra de aquella escoria. Había tanto rencor en sus corazones que no les quedaba sitio ni siquiera para el miedo.

Desde nuestra privilegiada atalaya los vimos talar la selva alrededor del tallo y construir allí una ciudad, nada menos, que fue creciendo calle a calle, casa a casa, a medida que el tiempo pasaba y la piedra traída de las montañas llegaba. Yo no sé cómo son las ciudades que hay en Vádogrant, nunca las he visto, pero al ver aquella a la que los nativos llamaron Kolanucl, imaginé que todas las que había en el mundo serían iguales: redondas, de simetría radial, con el tallo de habichuela en su centro y largas avenidas que surgían hacia fuera con precisión centrífuga. Construyeron edificios especiales más altos y triangulares que los demás, a los que mi padre llamó «templos», y dibujaron por todas partes figuras de aves estilizadas, algunas tan grandes que ocupaban barrios enteros y podíamos divisarlas desde arriba.

¿Cómo llegamos a saber todas estas cosas e incluso a hacer amigos entre aquella gente? En buena medida fue producto de la desesperación: el pueblo de Lugaralto cultivaba su comida y construía sus casas y criaba sus gallinas, pero no solo de repollos y de huevos puede vivir una comunidad humana. Necesita más cosas, como medicinas para las enfermedades, o licores distintos del agua pura de lluvia que aliviaran la soledad de los años y el recuerdo de las familias que ya nunca verían, como decía Zothiel. Cuando nació la primera camada de niños, algunos se pusieron enfermitos y murieron. Otros crecieron robustos y adaptados a la menor cantidad de aire que hay a tanta altura, pero sus cuerpos tenían carencias, y no podíamos extraer de la singular vegetación autóctona —después os hablaré de ella— los ingredientes que necesitábamos. Los habitantes de la aldea, que eran todos varones, pues ninguna mujer soldado militó en sus filas ni huyó con ellos hacia «arriba», tenían otra clase de necesidades tan urgentes como el comer o el beber. Y allí las únicas mujeres que había éramos nosotras, las Etéreas, que podíamos considerarnos sus hijas y, por lo tanto, no les servíamos a tal fin.

Por todo ello, porque nos hacían falta provisiones y medicinas y mujeres para formar familias, el Burgomaestre tomó una decisión crucial. Yo solo tenía cinco años, pero mi cuerpo ya tenía conciencia de ser algo más que ropa o piel desnuda, y aún recuerdo vívidamente aquella noche, la de la reunión: cómo se invitó a todos los lugareños y a todos se les dejó opinar y al final hubo algo llamado «votación», donde los brazos se alzaron y las voluntades fueron contadas. Salió ganadora la opción de bajar a intentar hacernos amigos de los kolan.

Ahora bien, ¿cómo lo haríamos? ¿Cómo convencer a una tribu que había construido sus casas al pie de nuestro árbol para vernos bajar algún día y matarnos... de que no éramos sus enemigos, y que queríamos pedirles perdón e inaugurar una nueva era de paz y prosperidad? Sonaba a tarea imposible, pero al clérigo amigo de papá, que no se sabe por qué echaba mucho más de menos la presencia de aquello que llamaban «licor» que los demás, se le ocurrió una idea: les llevaríamos regalos. Ningún ser humano puede resistirse a eso. Los comprariámos no con baratijas, sino con lo único que el reino del Cielo tenía que no había

allá abajo: comida especial. Un tipo de plantas y frutos tan exóticos y tan saturados de maná era un manjar que no tenía igual en el mundo de Abajo. Eso lo sabía mi padre.

Fue entonces cuando germinó en sus mientes la idea de nombrarme a mí, su hija predilecta, Cocinera Mayor del Reino.

Mi nombre es Yuleika, que en alguna lengua olvidada que quizás ni quienes me lo pusieron recuerdan bien significa algo así como Fruto Divino de la Aurora. O del Crepúsculo. Nunca tuvimos claro a cuál de los extremos del día hacía referencia mi nombre, pero no me importaba. Sé que soy un fruto divino, aunque no de qué. Sonaba bien, y punto.

Nací en el segundo surco del huerto junto con dos brotes más, mi hermano Sayfron y mi otro hermano, de raíz más lejana, Sneikos. En realidad, nos llamamos así porque estábamos en el mismo surco que estaba cerca de la casa de mi padre, y este, cuando nos recogió, dio por hecho que fue su simiente las que nos regó a los tres. Pero vete a saber si es cierto, pues bajo tierra las cosas están enmarañadas, y no quedan claras las líneas de ascendencia. A lo mejor sí que era hija suya directa, pero alguno de mis hermanos no. Quién sabe. A mi padre, ese pensamiento se le metió en la cabeza y se quedó allí almacenado, a buen recaudo, para sacarlo y examinarlo con atención en momentos de tranquilidad. He de decir que a los tres se nos quiso por igual en aquella casa.

Desde mi más tierna infancia se me dio muy bien comer, y me interesé mucho por los secretos de aquellos ingredientes básicos pero suculentos que echábamos a cada comida. Como disponíamos de muy pocas opciones en la paleta culinaria, nuestros platos eran siempre iguales, pero poco a poco fuimos haciendo experimentos con las plantas autóctonas para darles color. Y resultó que muchas de ellas estaban riquísimas. A Zothiel y a Sneikos todo aquello les daba un poco igual, pero Sayfron compartía conmigo la curiosidad que se deriva del paladar bien entrenado, y me ayudaba a viajar por las nubes cercanas en busca de frutos raros que traer a la cazuela.

Y aquí es donde —promesa cumplida— os hablo de la vegetación que solo crecía en el Cielo. A mi padre se le quedó la cara a cuadros la primera vez que escaló el tallo por muchos motivos: el primero, por descubrir que realmente la parte superior de las nubes fuera sólida y se pudiera pisar. El segundo, porque allí había un ecosistema que desafía la comprensión humana. Todo era muy corto en estatura, muy pegado al manto de ceniza: aquí no había árboles que se elevasen metros y metros, sino más bien un confuso tejido de hongos achaparrados que nos llegaba por el muslo. El esmeralda de las falsas alas de las setas atrapaba la vista, así como el amarillo de los oróbobos o el plateado de los giralunas. Cuando salía el astro rey y bañaba la nube con su fulgor todo entraba en una especie de frenesí, y los campos llenos de vida humeaban con una red de fuego de plata. Allí todo era tan nuevo que casi bastaba con que mi padre lo señalara con un dedo y expulsara un sonido cualquiera de sus labios, que ya había una cosa más en la Creación, y tenía un nombre por el que llamarse. Lo que un día fueron meras abstracciones, ahora se concretaban en sueños.

Sayfron era un buen chico. Me acompañaba en mis excursiones, cada vez más osadas, en las que desafiábamos la máxima de los habitantes de la aldea: no os alejéis demasiado porque podríais cambiar de nube sin enteraros, y si las uniones que haya entre esa y la nuestra se

evaporan, ya nunca más podréis volver. Era una buena advertencia, tenía su lógica. Pero como toda cosa sensata, el ímpetu humano se encarga de ignorarla y convertirla en un: «Bah, ya veremos cómo nos las arreglamos entonces». Nuestra juventud, o nuestra estupidez, nos hizo llegar tan lejos que vimos valles en los que los reflejos cristalinos sobre lagos de agua en suspensión nos agujonearon las fosas nasales, y marejadas de fuerza blanca, de esa que no se puede tocar porque te mata, se enrollaban sobre sí mismas formando alfombras que más tarde, cuando pesaran demasiado, caerían a tierra en forma de relámpagos.

Bajo un horizonte demasiado cerrado y una aurora que recordaba la cal, crecían unas plantas apoyadas en las lomas esponjosas que parecían matojos, y que daban fruto. De ahí comíamos nosotros. Los bulbos de cristal eran blandos y hacían cosas bonitas con la luz, filigranas de colores; las fresas dragón intentaban morderte a ti primero si no las arrancabas a tiempo, y solo proliferaban en atmósferas penetradas de ozono; las nueces de campo se creían rostros humanos, pues tenían nariz y boca y te devolvían un guiño cómplice desde las sinuosidades de su cáscara; el sangrado del yocotá se mantenía dulce solo mientras durara su dolor, y luego, si dejabas que se enfriase, adquiría el mismo sabor insípido y terroso de los cementerios. Igual que les pasaba a los muertos.

No estoy pecando de soberbia si me otorgo el mérito de haber Enriquecido la gastronomía del pueblo con esos sabores, pues fui yo quien los descubrió y quien hizo los primeros experimentos. De ahí lo de... ya sabéis, Cocinera Mayor del Reino —aplausos, aplausos—. Una vez intenté guisar las campánulas que crecían en los extremos del tallo gigante, aquellas que vibraban produciendo un sonido de alarma cuando alguien intentaba trepar por la habichuela. Eran las mismas campanitas que recibieron a Zothiel la primera vez que llegó a las nubes. Pero ese experimento fue un desastre, y tuve que escupir todo lo que cociné: la materia prima era venenosa, y no servía para el consumo humano.

Supongo que mi complejión gruesa tendrá algo que ver con lo que me gusta comer. Para mí, el mayor arte del mundo es el culinario, y la mejor herramienta que tengo en mi cuerpo se haya dentro de mi boca: mi lengua, esa con la que acaricio los sabores, contengo las amarguras, potencio el umami, corrijo lo dulce y contrarresto lo agrio. Muchas noches sorprendí a mi familia con una nueva mezcla que ellos primero recibían con un arqueamiento de cejas, y un tímido mordisqueo de a ver qué rayos nos has traído ahora, pero que solían acabar con inclinaciones assertivas de cabeza y aplausos. No dejé que la mayoría de los platos llevaran mi nombre, eso habría sido muy aburrido, así que a Sayfron le tocó ser creativo.

Por todo ello, cuando al antiguo clérigo de la expedición, que se llamaba Usamígarus Madarúa, se le ocurrió la idea de conquistar con regalos a la gente de Abajo, muchas miradas se tornaron en mi dirección. Me sonrojé, pero entendí lo que debía hacer: preparar nuestros ejércitos de invasión, que no serían hombres sino pasteles, y no irían blindados con cotas de malla sino con delicias refinadas de los hongos comestibles. Me afané mucho en conseguirlo, en preparar una buena cantidad de platos usando mi sabiduría. Cuando todo estuvo dispuesto formamos una expedición con Zothiel a la cabeza: los habitantes de Lugaralto, por primera vez en años, emprendieron el camino de regreso al mundo inferior.

No teníamos ni idea, en aquel entonces, de todas las ventajas, pero a la vez todos los problemas que nos iba a traer aquello.

3

El momento en el que estoy narrando esta historia acontece dos años después de aquel histórico descenso, pero todavía lo recuerdo como si fuera ayer: la expedición bajó por el tallo, envuelta en un aire de risas y fiestas. Porque esa fue otra de las ideas del Burgomaestre: no trataríamos de ir sigilosamente para dar la impresión de que íbamos a atacarles, sino que ya desde arriba empezamos a tocar unas fanfarrias y agitar cintas de colores, y a cantar unas canciones alegres para restregarles a los centinelas que, ¡atentos!, se aproximaba ¡¡la fiesta!!, y debían prestar atención a ¡¡la alegría y el alborozo!!, y recibirnos como bien se merece una embajada de ¡¡paz, amor y jolgorio, que viene colmada de regalos!! Donde la fe es total, la cautela y el tanteo están fuera de lugar.

Estábamos siendo agresivamente felices e invasivamente dichosos. No íbamos a darles la oportunidad de interpretarlo de otra manera.

Hicimos noche a mitad del tallo, para descansar, junto a unas gigantescas vainas de legumbre que crecían a intervalos, en el tronco. Eran tan grandes que un ser humano cabía holgadamente en su interior. Yo las llamaba barcavainas, porque parecían embarcaciones fluviales cerradas sobre sí mismas, y había aprendido a abrirlas: pulsando en un lugar determinado de la rama, la barcavaina se abría por un lado y permitía recolectar sus frutos, redondos, verdes y, por desgracia, desabridos. Las que estaban ya vacías eran tan resistentes que podían servir de tienda de campaña, pues ni el más feroz de los vientos las movía. Tras descansar ahí, reanudamos la fanfarria y la música, y seguimos bajando.

Nada más oír el estruendo, los centinelas dieron la alarma. ¡Tañed las campanas, soplad las trompetas! ¡Dad gritos, que todos se preparen para lo que se avecina! Sin embargo, una duda los embargó: si se trataba de un ejército o una expedición de castigo, ¿a qué venía tanta canción y tanta risa y tanto pandemonio? Las personas que descendían por el tallo jugaban como gatos, esas mullidas bolas de alegría peluda, no venían portando armas ni venenos.

No tenía ningún sentido: aquello no era lo que habían estado anticipando. No había miedo ni amenaza en aquella embajada, sino canciones alegres y confeti. Así que los centinelas fueron corriendo a avisar a los dirigentes de la ciudad de Kolanucl, el rey Nexal Kapuc y la gran sacerdotisa-pájaro, Ninuhea. Ellos ya estaban abajo, en la base del tallo, escoltados por muchos guerreros, cuando nosotros llegamos. La gente se excitó en oleadas cada vez más amplias de indagación, análisis y chismorreos. «¡Mirad quién baja por ahí!». «¡El hecho que tanto llevábamos esperando está ocurriendo hoy, y no nos han avisado!». «¡La gente de Arriba está descendiendo por el tallo!», y otras sutilezas culturales: la adulteración del hecho frío hasta que se perdió del todo, porque la curiosidad era más importante.

El final del descenso coincidió, o lo hicimos coincidir, con el golpe de tambor que remató nuestra canción. Un silencio inundó la plaza de la ciudad que se abría circularme a nuestro alrededor, en un lugar donde antaño solo hubo setas gigantes con faldones de pelos hasta el suelo. Hubo espadas desenvainadas, sí, pero solo con forma de miradas. Zothiel y Madarúa,

los primeros en poner pie abajo, hicieron frente a aquel muro de caras pétreas, de rasgos inexpresivos. Sentí que aquel silencio podía tocarse, transpiraba en tu mejilla como un viento gélido, de modo que la primera palabra que lo rompiera decidiría o bien la gloria o bien el desastre.

El rey indio nos miraba, su cara apolillada como la cubierta de un libro que nadie quiso leer nunca.

Como nadie dijera ni hiciera nada durante unos tensos segundos, Zothiel se destrabó de la espalda el macuto y avanzó unos pasos hacia el emplumado rey. Los guerreros se tensaron, pero estaban aguardando órdenes. Mi padre se arrodilló, desató los bártulos y sacó unas armas que dejaron perplejos a los indios: bolsas hechas con hojas que contenían unos manjares de difícil clasificación, que expandieron su dulce aroma por la plaza.

En ese momento, mi padre sufrió una transformación como pocas le he visto hacer en mi vida: su crudo rictus desapareció cuando una morrocotuda sonrisa le deformó la mandíbula, una que mostraba toda la dentadura y que tiraba hacia las orejas de la piel. Era una sonrisa de invitación, de cordialidad, de naturalidad exagerada. Nexal Kapuc no perdió detalle de lo que pasaba mientras Zothiel y los demás nos sentábamos formando una hilera ante los soldados, con las viandas entre ambos, y empezamos a comer. No acabando nosotros con los platos, por supuesto, sino demostrándoles que aquello no estaba envenenado. La raza de los kolan no parecía descender de otros humanos, sino de estatuas de mármol: así de hieráticos eran. Sus caras recordaban máscaras de cera, pero aun así algunas lenguas lamieron labios cuando el aroma de los platos conquistó sus corazones. Jamás habían oido nada igual, y se les estaba haciendo la boca agua viéndonos comer e intentando ellos reprimirse.

La situación se alargó hasta que la sacerdotisa pájaro, la mujer emplumada, ordenó a una de sus acólitas robar un pellizco del plato de mi padre. La visión de una hembra de la especie, aunque fuera de raza india, le golpeó los ojos con una familiaridad que lo hizo trastabillar. Pero Zothiel la dejó hacer, alargando los brazos hacia ella de modo obsequioso. Tímida, como si estuviera cometiendo un pecado, la chica cogió un pedacito de humus de rayo hervido con especias de trueno y, tras consultarla con su ama, se lo metió en la boca.

Se quedó inmóvil un minuto entero, si es que el tiempo existe mientras las papilas gustativas ponen a prueba un sabor nuevo en la vida, mirando al infinito. Su piel estaba llena de electricidad, como si su cuerpo fuese protagonista de una escena subacuática en la que todo ondeaba y los sólidos eran dúctiles. De pronto, sus cejas se fueron de viaje lejos de los párpados, sin saber adónde iban, y una sonrisa traviesa iluminó su cara.

Se sentó frente a mi padre y pidió permiso, en su idioma, para comer más. Él la invitó a hacerlo, todo lo que quisiera. Soldados, funcionarios y comerciantes se fueron sumando al festín, probando los regalos con la timidez de un animal que tantea lo que no entiende. Incluso los nobles se animaron: la acólita le acercó un pedazo de la tarta de bulbos de cristal regados con sangrado de yocotá a su superiora. Esta, tras masticarlo con cautela, se rindió a lo inevitable y comentó con el rey sus impresiones, buscando el azar dentro de un torrente de expresión estética culinaria.

El rey nos miró. Todo el monarca se inclinó en un solo cabeceo genuflexo, como dándonos las gracias por tan primorosos dones. En aquel momento supimos que habíamos ganado: que el virtuosismo sin esfuerzo de nuestra gastronomía los había puesto contra las cuerdas.

Ese día constituyó un triunfo para ambas razas, pues cuando los regalos se agotaron, los indios, tristes, nos preguntaron por señas si podíamos conseguirles más. Nos hicimos el propósito de aprender su lengua, su bonito idioma de cacareos de pájaros del paraíso y aleteos de plumas de gorrión. Señalamos arriba, a las nubes, y dijimos que sí, que solo tenían que darnos tiempo. El rey era demasiado importante para dirigirse directamente a nosotros, pues solo podía hablar de tú a tú con alguien de su mismo rango, pero la sacerdotisa intercambió unas palabras con Zothiel. Nos sorprendió muchísimo que supiera hablar nuestro idioma, aunque fuera a trompicones. Dónde lo había aprendido era un misterio casi tan insondable como ella misma. Ninuhea, pues ese era su nombre, resultaba una mujer impresionante, que exudaba una majestad capaz de elevar muchos centímetros su estatura. Irradiaba un saber estar que la rodeaba como una nube, más que un foso, y empujaba a cuantos la oían a callar para escuchar lo que tuviera que decir.

El tiempo pasó, y las visitas que el pueblo de Lugaralto brindó a los que vivían en Kolanucl se hicieron más frecuentes. Zothiel se reunió con los ministros del rey en varias ocasiones para arrojar algo de luz a ese oscuro pasado que los dos bandos recordaban como siniestro y trágico, y que no querían que se repitiera. Ambos lograron que el odio se redujera a un pesado nudo en el estómago, no sin esfuerzo. Zothiel les habló de las tierras que hay más allá del océano, más lejos de como quedan los sueños de la conciencia cuando uno los olvida al despertar. Esto sorprendió mucho a los nativos, que jamás se habían planteado siquiera que el mundo *prosiguiera* más allá del mar. Ninuhea fue la más abierta de mente en este aspecto: lo entendió antes que los demás, y también fue la primera en extrapolar las consecuencias.

Mi padre les habló de Lugaralto, y de cómo habíamos edificado el poblado, pero aunque los invitó a subir, los indios se negaron rotundamente. Algo en su religión les cerraba para siempre esa puerta. Nos esperarían abajo, no ya con lanzas sino con sonrisas, pero bajo ningún concepto tocarían el tallo de habichuela. Eso era herejía. Nos vendieron enseres útiles a cambio de comida, que se convirtió en una moneda de intercambio: medicinas, metal, telas, ropa, utensilios de uso diario. Esto mejoró mucho la vida de Arriba, y gracias a ciertos elementos de menaje de cocina, pude ejercer mejor mi oficio.

¿Sería posible que el sueño dorado de paz de mi padre, de colaboración entre dos razas que antaño fueron enemigas, se estuviese haciendo realidad?

—¡Vamos, holgazana, que se nos echa el tiempo encima! ¡Quiero salir antes de que el mar de nubes se tiña de sangre!

Soportar los continuos quejidos de mi hermano Sayfron. Sin desesperar. Qué hazaña, qué gesta no recogida por amanuense alguno. Suspiré.

—Ya voy, pesado. Espera que meta en la mochila la pala y la podadora y estoy contigo. Deberías coger el mejor abrigo que tengas, porque allá arriba hará frío. Las escaleras de cumuloestratos no son como nuestra nube.

—Me llevaré la bufanda, Yuleika —lo dijo con el mismo tono de «Sí, mamá, pesada». Era su gambito preferido en las conversaciones—. ¿Sabes qué? Esta vez los vamos a dejar a todos boquiabiertos. —Ahí estaba—. El rey se va a quedar salivando cuando pruebe nuestras nuevas combinaciones. Pensará que estamos tocados por los dioses.

—Nexal no piensa en absoluto, tiene una mentalidad histéricamente prejuiciosa. Por fortuna, su sacerdotisa es harina de otro costal. Ella sí tolera las ideas innovadoras, hasta cierto punto.

—Parece que te cae bien, esa vieja.

Lo miré con disgusto. Sayfron era buena persona, y estaba casi desprovisto de maldad, pero le faltaba más tacto que a una piedra. La mayoría de las veces decía las cosas sin pensar, soltando sus opiniones sobre cualquier tema según le fueran llegando, sin detenerse a pensar en las consecuencias. Por eso padre no quería dejarlo solo en presencia de los kolan. Mi otro hermano de raíz, Sneykos, era más reservado pero al mismo tiempo, desde mi punto de vista, también más predecible. Era una persona más simple y, a su modo, más honesta, aunque tuviera un corazón más retorcido que Sayfron y fuera, también, un pelín proclive a la maldad. Creo que por eso se llevaba tan bien con padre, pues los dos coincidían en su forma de ser, y en una búsqueda de la bondad que podía pasar claramente sobre piedras hechas de malicia. El amor que se profesaban era congénitamente demasiado heterosexual para contener nada que no fuera esa simplona clase de entusiasmo.

Nadie les había enseñado nada sobre la belleza de lo insólito, pero tampoco necesitaban ese tipo de enseñanza. Sneykos llegó a sentir que parte de los latidos de su corazón se debían a la presencia de Killary, la acólita que por vez primera probó uno de nuestros platos, y cuyo nombre significaba «luz de luna». Sin embargo, no es este el lugar ni el momento de narrar la historia de Sneykos y la sacerdotisa india.

—Es mayor de lo que parece, cierto, pero ya te gustaría a ti llegar a su edad con una piel tan limpia como la suya —le reprendí.

—Ninguno de nosotros sabe cómo será envejecer. Nacimos de un repollo, en una huerta. A lo mejor nos salen raíces y la piel se nos pone áspera como corteza de saúco.

—Tú no serás un saúco sino un alcornoque. ¡Anda, tira! —Le di una colleja y salimos de la cabaña. Nuestra amada nube estaba especialmente esponjosa aquel día, con cuerpo de pretormenta, lo que dificultaría nuestro paseo, pues los pies se enredan en esa pelusa de vapor cuando intentas caminar y es como querer abrirse paso por un zarzal. Vi los cúmulos estratificados en escalera, un fenómeno poco usual: podríamos trepar por ellos hasta estratos superiores nunca visitados. Esa era la misión de aquel día: hacer historia. Íbamos hacia nubes lejanas en busca de nuevos ingredientes culinarios. Mi padre se pondría muy nervioso... si lo supiera.

Cogí un palo terminado en una redecilla para cazar insectos. Salimos con las primeras luces de la mañana y dejamos atrás los huertos y las casas, adentrándonos en los repollos blancos que a veces amasa el viento usando nuestra nube como una blanda pasta de pan. Esas suaves estribaciones nos llevaron a los límites septentrionales de la nube, donde vimos que, en efecto, hoy era día de estratocúmulos. Las manos de los dioses que amasan el viento nos

regalaron escaleras de ovejitas de lomo azulado y panza marrón, dispuestas en rebaño de tal modo que, saltando de un lomo al siguiente, podíamos subir niveles hasta llegar a un cirro.

Zothiel nos lo había advertido muchas veces: cuidado con los cirros porque son traicioneros. Sus límites no están claros y el viento tiende a deshilacharlos como madejas de lana, convirtiéndolos en pelusas descardadas sin consistencia. Pero yo quería explorarlos porque sabía que había frutos que solo crecían allí a partir de vides de lluvia y moreras pardas. Una de esas plantas, a la que bauticé semillera de soja, vestía con un tutú de pelusa sus frutos para que flotaran, de modo que cada vez que un golpe de aire sacudía la nube se echaban a volar bandadas de mariposas blancas. Si las apresábamos con nuestras redes, tendríamos un montón de soja que condimentar con las especias traídas de Kolanucl.

—Me da un poco de miedo —dijo mi hermano cuando se quedó de pie al borde de la nube. El primer borreguito estaba a solo medio metro de él, tras un vacío que suponía una caída de cientos de metros hasta la selva.

—No seas cobardica. Venga, que el cielo se está poniendo negro. Significa que esta tarde lloverá, y mejor que nos pille en casa o padre se preocupará y saldrá a buscarnos con la zapatilla.

Salté al primer escalón, y de ahí al siguiente, y al otro; fui subiendo metros con gran cansancio por parte de mis piernas —las chicas con sobrepeso tendemos a cansarnos rápidamente con según qué tipo de ejercicio—. A mi hermano no le gustaba que nos alejáramos tanto de Lugaralto, pero qué remedio quedaba, si queríamos ser exploradores. ¡Todo fuera por la más sabrosa de todas las artes!

—¿Crees que la ama? —me preguntó Sayfron entre jadeos, en un momento dado. Estábamos casi a punto de llegar arriba.

—¿Quién?

—Sneykos. A Killary. Los ojos se le llenan de sol cuando ella está cerca, y eso que yo solo la calificaría de toscamente bonita.

—Supongo que sí.

—¿Y no te preocupa?

Hice un alto, apoyándome para coger aliento en mi palo de red.

—¿Debería?

—Creo que sí. Ella es una abajense, mientras que nosotros somos lugaraltitas. Hay semejanzas en lo plano, pero diferencias en la verticalidad.

—O sea, que no crees que el amor entre uno de los nuestros y uno de los suyos sea posible.

—Uhm..., posible, sí. Recomendable, quizá no. —Se encogió de hombros—. Padre nos lo ha advertido muchas veces: no son gente de nuestra raza, ni tienen nuestra cultura. Ni siquiera rezan a los mismos Dioses. Eso los vuelve impredecibles.

Lo miré con reproche.

—Son seres humanos igual que nosotros, Say. No tienen cuernos, ni garras ni cola de diablo. Simplemente pertenecen a una raza que nunca habían visto en Vádogrant. De hecho, si nos ponemos en plan estricto, tú y yo también pertenecemos a una raza completamente nueva.

—Eso me preocupa, y creo que Sneykos no ha pensado todavía en ello. Al menos, no seriamente. ¿Seremos capaces, nosotros que nacimos de la tierra de luna, de procrear con gente del pueblo selvático? ¿Qué clase de niños saldrían de ahí?

—Seguramente, unos que estarían a medio camino entre el firmamento y el suelo, con pieles de mar, cabellos de barro y ojos de cielo —dije poéticamente, y señalé los últimos escalones de borreguitos esponjosos—. Venga, hermano, un esfuerzo más. A partir de aquí, todo bajada. —Más tarde pensé: «¿Quién sigue usando estas obtusas perogrulladas sobre el amor para hablar de sexo usando itálicas y no mancharse la boca con verbos pringosos?».

—Que Úlkhor³ te oiga, hermanita... Que Úlkhor te oiga.

4

El día se puso feo, como vaticiné. No suelo equivocarme con estas cosas, pues los nacidos en Lugaralto tenemos un sexto sentido para leer los veleidosos estados del cielo. Pero antes de que aquel aviso de tempestad nos obligara a volver abajo, pudimos hacer nuestro trabajo: hallamos todo un campo ocupado por semilleras de tofu, que ondulaba suavemente como si su base fuera una alfombra sacudida por manos invisibles. Cuando vimos que se acercaba un remolino de aire violento, clavé una rodilla en tierra y preparé la red.

—¡Prepárate! —le grité a Seyfron—. ¡Aquí viene!

El ruido precedió al vendaval, que empujó desde una esquina el sembrado, lo comprimió y lo llenó de pliegues, haciendo que las plantas saltaran hacia afuera. Los nódulos de semillas estallaron y una bandada de mariposas con alas de pelusa alzó el vuelo. El aire sobre nuestras cabezas se llenó de pipas de tofu con alas que parecían seda blanca; nosotros dábamos saltos, movíamos las redes, atrapábamos todas las que se ponían a tiro. Nuestras risas habrían sonado más estridentes de no ser porque las ahogaba el rugido de la tempestad.

—¡Ya tengo la red llena, vámonos de aquí! —avisó Sayfron en un momento dado.

—¡Dame un minuto más, que todavía tengo espacio!

Los saltos me llevaron hasta el borde mismo del cirro y entonces me detuve, mirando inmóvil el panorama que se abría más allá. Preocupado, mi hermano se acercó.

—¿Qué te pasa, Yuleika? ¿Qué has visto?

—Eso...

Desde nuestra posición se dominaba un panorama amplísimo, con el manto verdinegro de la selva extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, los meandros de los ríos trazando su caligrafía azul para formar palabras de agua y romper la monotonía de ese verdor. Era el cuadro ideal que incitaría a tener un pensamiento original: «Qué inabordable es nuestra tierra». Pero un techo ensombrecía los colores, habitualmente intensos, convirtiéndolos en tonos pastel: una masa de nubes negras que se aproximaba con chispazos eléctricos reventando en sus entrañas. Y lo que realmente me llamó la atención: había una especie de embudo, visto desde arriba, en aquel frente tormentoso. Un embudo que retorcía el gas y lo

³ Dios vadogramio de los fenómenos atmosféricos que vivía dentro de una aurora boreal, en un palacio con paredes de colores brillantes. Cazaba usando un arco hecho a partir de un arcoíris retorcido.

comprimía y lo hacía parecer un agujero profundo y giratorio. El aire a su alrededor tenía un color malsano, amarillo mostaza, que nunca había visto antes.

El aire era demasiado transparente y el techo del cielo estaba demasiado bajo y algo dentro de mí quería estallar.

—¿Qué es eso? —se asombró mi hermano, atando la red para que no se salieran las semillas.

—No tengo ni idea, pero se acerca a nosotros. Quizá padre sepa algo.

—Volvamos antes de que el vendaval disperse los escalones y borre los puentes hacia nuestra nube. ¿Estarías dispuesta a pagarme unas coronas de oro por mis cuerdas y mis arpeos, ahora, esos que no me dejaste traer?

—Estaría dispuesta a pagar por el privilegio de no necesitarlos —le guiñé un ojo.

Zothiel nos vio llegar con los brazos en jarras, pose que solía preludiar una regañina. Su rostro era impasible, pero ladeaba la cabeza de modo inquisitivo.

—¿Dónde habéis estado, pilluelos?

—¡Fuimos a por provisiones! —dije antes de que a Sayfron se le ocurriera abrir la boca. Su boca necesitaba más costuras que mi hatillo de cuero. Los dos llevábamos las redes cogidas al cinturón—. Pero hemos visto algo que se acerca, y que gira.

—¿Que gira? ¿Cómo que gira?

—Da vueltas sobre sí mismo, enrollándose sin fin. Es de color mostaza, como si el aire estuviera enfermo. Un hoyo dentro de una tormenta.

—Un hoyo... —Zothiel miró a lo lejos, al fondo de nubes negras, y frunció el ceño—. Corred la voz —ordenó enfáticamente—: que todo el mundo asegure lo que no esté atado y se meta en las cabañas. Esta noche el tiempo estará revuelto.

—Sí, papá.

—Espera. ¿Qué llevas ahí, traviesa?

—Semillas voladoras. —Se las enseñé—. Creo que las llamaré suspiros de primavera.

—Te he dicho un montón de veces que no te alejes tanto. Algún día se borrará los pasos entre las nubes, y el viento te arrastrará lejos para siempre.

—Tengo que encontrar nuevos ingredientes para mis guisos, papá —me excusé, rehuyendo su mirada—. Los kolan siempre nos están pidiendo que los sorprendamos con platos nuevos, y yo...

—La gula de Nexal no justifica que te pongas en peligro. Yo tampoco sé qué es ese embudo del que hablas, nunca he visto nada parecido, pero algo me dice que no tiene un origen natural. —El aliento silbó entre sus encías.

—¿Magia?

—Podría ser.

—Pero... ¿quién la está invocando?

—Ni idea. —Me puso una mano tranquilizadora en el hombro—. Después hablaremos. Recórrete la aldea y dile a todo el mundo que se prepare para un vaivén. Esta noche será movidita.

Metí las mariposas en la despensa y me apresuré a cumplir la orden. Un «vaivén» era como él llamaba a aquellos fenómenos atmosféricos tan violentos que hacían que nuestra nube se deformara a pesar del hechizo que la mantenía intacta. Al comprimirse, el suelo que había debajo de la aldea se inclinaba, a veces hasta dejar las cabañas totalmente oblicuas, de modo que lo que contenían rodaba y se amontonaba en las esquinas, muebles incluidos, y enseres, y también gente. Era desagradable.

La noche cayó al fin y nos besó con su sombra. Las nubes cercanas latían con una calentura que recordaba al jadeo de una bestia salvaje. Yo estaba en mi camastro, sintiendo la seda de las pestanas recorriéndome los ojos. Era el preludio a la llegada del sueño, pero esa noche el dios que te lleva en brazos a los paisajes interiores de tu mente no se acordó de venir a buscarme. El insomnio hizo presa en mí, y apostaría a que no era la única. Toda la aldea estaría fingiendo dormir en aquellos momentos, pero estaban atentos a los golpetazos de los batientes de las ventanas, a la algarabía de espíritus en pena de las rendijas, a la batahola de la tormenta y lo que le estaría haciendo a los sembrados.

Teníamos miedo. Claro, quién no lo tiene cuando se siente enfrentado a fuerzas de una magnitud incomprendible. Me pregunté si los kolan, allá abajo, se estarían acurrucando bajo sus mantas con tímidas plegarias en los labios, parecidas a las nuestras. La única diferencia que había entre ellos y nosotros era que la lluvia los golpeaba con más fuerza, pues les caía encima desde más arriba. Cada gota ganaba peso.

Entonces pasó algo inusual. A través de la ventana me llegó una musiquilla parecida a campánulas nerviosas. Era la misma que recibió a mi padre como un himno la primera vez que coronó la nube. La producían las campanillas que colgaban de las raíces invertidas del tallo de habichuela, que se alzaban por encima de la estatura de un ser humano y se retorcían hacia dentro como dedos de bruja. Cuando tañían solía ser porque alguien bajaba o subía por el tallo, no porque las meciera el aire. Musihechicería.

Me extrañé. ¿Quién estaría tan loco como para bajar en una noche tan desapacible, que además volvería resbaladizo el tronco? Era una invitación a la muerte. ¿Había entrado alguien en pánico y estaba intentando huir de Lugaralto, pensando que abajo, en la selva, encontraría un refugio más fiable? Nosotros no éramos de pensar así... pero también era cierto que aquella parecía una noche inusual, plagada de prodigios.

Llegué varias veces hasta ese límite máximo al que sabía contar, veinte, intentando acurrucarme en las mantas y olvidarme del mundo de fuera, pero los números se acababan muy rápido y me harté de volver a empezar. Juro que intenté luchar contra mi curiosidad y obedecer la orden de mi padre de no salir fuera bajo ningún concepto, pero... En fin, qué diablos, soy una digna hija suya. Y esa definición no incluía el quedarme agazapada como una zarigüeya mientras pasaban cosas que no por muy aterradoras resultaban menos interesantes.

Aparté la manta y me dirigí de puntillas a la puerta. Mi padre lograba dormir en casi cualquier circunstancia, una herencia de su época de soldado, así que, a pesar del pandemonio, sus ronquidos rebocaban contra el entablado del techo. Descorrí el pestillo y abrí la puerta: tuve que empujar con todo el peso de mi cuerpo para contrarrestar el vendaval

y que no diera golpes, pero conseguí cerrarla otra vez y me apoyé en ella para mirar afuera, a la tormenta.

Nuestra nube se descataba en hilachas, como si al suelo y las colinas blancas le hubiesen salido melenas. Algunas zonas estaban abombadas como si las hubieran soplado desde abajo, y habían tirado las vallas y los postes que sujetaban el granero. Un montón de objetos volaban de aquí para allá, a veces trazando espirales para volver a caer e incrustarse como proyectiles en las paredes de gas que pasaban a mi lado como aletas de tiburón. Era un panorama aterrador, reforzado por la presencia de ese amasijo de negrura lleno de violencia que, sin habernos engullido todavía, nos flanqueaba por el oeste, rodeando con sus brazos la campana mágica que nos protegía.

—¡Intenta atravesarla si tienes agallas! —reté a la tormenta con un resabio de mi natural rebeldía. Pero ella siguió con lo suyo, tanteando nuestros flancos débiles como un depredador al acecho. El flagelo de un rayo fustigó el aire con el mismo movimiento elástico que harían las riendas de una brida, dándome tal susto que creí que me iba a subir a lo alto de la cabaña.

Las raíces invertidas estaban cerca de nuestra casa: unas enredaderas colgantes, jorobadas, sus campánulas unos frasquitos de perfume cristalizados en azul. El tallo gemía porque se estaba contorsionando en toda su longitud, mientras era retorcido por las invisibles manos de la tempestad. Su ruido contenía más sufrimiento que el que debería caber por lógica en un solo sonido. Temí por su integridad, aunque sabía que las cosas mágicas normalmente eran indestructibles... o eso me había contado mi padre, para dormirme, cuando yo era pequeña. A lo mejor se lo estaba inventando. A lo mejor tendría que empezar a mirarlo mal a partir de ahora.

Lo más seguro es que fuera el viento quien agitaba las campanillas, pero para salir de dudas me asomé al hueco por el que descendía el tallo. Era un balcón desde el que se lo veía en toda su longitud hasta tocar el suelo, una visión de vértigo a la que los nacidos Arriba ya estábamos acostumbrados.

Y lo vi.

No era que alguien estuviera descendiendo tallo abajo, sino que algo estaba *trepando* hacia mí.

Era una sombra furtiva, algo agazapado en rincones donde no solo no llegaba la luz, sino que además estaban llenos de tinta negra. Pero se movía; braquiaba como un mono entre las lianas y ganaba metros tallo arriba con soltura. Tenía un tamaño humano, aunque su forma no quedara nada clara, pues desde aquí no parecía más que un puñado de aristas y ángulos en movimiento. ¿Quién sería? ¿Uno de los nuestros que se quedó abajo la última vez y que no llegamos a echar de menos? No, el pueblo de Lugaralto era demasiado pequeño para que eso sucediera. Nadie podía faltar durante mucho tiempo sin que se le echara de menos. Eso solo dejaba una posibilidad, y era que alguien de Abajo se hubiera atrevido a transgredir todas sus normas y tabúes y se estuviese lanzando a profanar su místico reino de los cielos, a sabiendas de que ser acusado de ello, según la ley de los kolán, acarreaba la muerte.

El viento no parecía afectarle. Se apoyaba en las barcavainas para auparse, sin ayuda de cuerdas, hasta ramas superiores, pero no parecía conocer la propiedad de refugio anti-

tormentas de aquellas, pues no usó ninguna para refugiarse. Cuando estuvo más cerca de la cima miró hacia arriba, y algo que llevaba puesto sobre la cara —o así lo interpreté yo— capturó la luz de los relámpagos y pareció lanzar llamas. Se me erizó el vello del cuerpo y un espasmo de terror me recorrió de la cabeza a los pies. Aquello que me había mirado no era humano, no se parecía en nada a una cara. Un apéndice de color blanco hueso la deformaba monstruosamente: una ¿nariz? que acababa en punta como un puñal con su respectiva piedra de amolar. Y los ojos, por los Dioses, ¡los ojos! Si es que eran eso: dos oquedades frías que al mirar hacia arriba se llenaron de lluvia, agua que no hizo más que lavar algo que ya estaba muerto.

Lo cosa estaba a pocos metros de mí, así que despegué las manos del borde de la nube —me costó un esfuerzo por parecían cosidas al él— y corrí aterrorizada hasta ocultarme tras la casamata de las gallinas. Los animales ya estaban fuera de sí por culpa del vendaval, así que mi presencia no es que los alterara demasiado. Me quedé allí, agazapada, esperando a que pasasen los angustiosos minutos y o bien aquel ser extraño me descubriera y diera buena cuenta de mí, o pasara de largo y se dedicara a sus asuntos. Por fortuna, esto último fue lo que ocurrió.

No podía oír nada porque la tormenta lo ocupaba todo, pero a través de las rendijas de la casamata vi al extraño llegar arriba y otear a su alrededor para hacerse una idea de cómo era aquello. Las cabañas del poblado estaban torcidas, algunas hasta un punto en que parecía que fueran a desplomarse, porque la propia nube que tenían debajo se había inflado como un globo. Nadie salió al exterior, sin embargo, porque les daba aún más miedo que un golpe de viento se los llevara volando hacia el olvido. Pero a través de aquella rendija observé un cuerpo que pasaba de largo con un movimiento renqueante, inhumano, como si tuviera tres piernas en lugar de dos y las tres estuvieran rotas.

Permanecí más estática que una roca mientras el ser bordeaba por la derecha nuestro hogar y, sin mirar siquiera por la ventana a ver qué había dentro, se acercó al huerto mágico, aquel donde todo crecía, y se puso de rodillas frente a los surcos. La tela áspera de sus vestiduras rozaba la hierba alta. Supe que aquella imagen me acompañaría mientras viviera, pues nunca asistí a un espectáculo más complejo o aterrador: el monstruo empezó a escarbar con las manos, arrojando hacia los lados la tierra con movimientos ilógicos, casi insectoides, ras, ras, ras, cavar, cavar, cavar, brazos como azadones doblándose en ángulos aberrantes. Y mientras lo hacía, su cabeza subía y bajaba, como la de una paloma, aunque sin una pizca de tensión en su pendular. Aquellos ojos fríos como lápidas apuntaban hacia atrás.

La grotesca escena acabó cuando alzó los brazos al cielo y lanzó un grito estremecedor, que coincidió con el estallido de un trueno, por lo que solo yo lo oí. Entonces se giró y de unas rápidas zancadas se arrojó al vacío, por el balcón que daba al tallo. Las campánulas festejaron su despedida con otro tintineo.

No supe cuánto tiempo estuve allí, inmóvil, mirando a nuestro huerto. Quería acercarme a contemplar de cerca la obra del intruso, pero por otro lado esa me parecía la idea más peligrosa del mundo. Aquella duda me puso barras alrededor, y me mantuve presa hasta que los ojos, lentamente, se me fueron cerrando, hasta que rebasé esa línea en la que el cansancio

pudo más que la prudencia. Me quedé dormida, aterida y empapada, bajo constelaciones que parecían dioses que se abrazaran lúbricamente en los cielos, sin que en ningún momento se me ocurriera que mi cama estaba a solo unos pocos centímetros de distancia, al otro lado de aquella pared. Fue así como me sorprendió el...

5

... día. Claro y espumoso como un brandy de primavera.

Fue el juguetón cocoteo de las gallinas el que me sacó del sopor. Eso, y la mano de mi padre, que me zarandeó suavemente.

—Yuleika. Despierta, cariño.

Me despejé al momento, rememorando como en una ola todos los acontecimientos de la noche anterior. Una veloz sucesión de emociones me dejó agotada primero y en pie de guerra después.

—¡Papá! ¿Qué ha pasado?

—Eso me gustaría preguntarte a ti. ¿Por qué has dormido aquí fuera?

—Debe de estar loca —barruntó Sneykos, mirándome con desprecio. Tras ese dictamen estimó que podía seguir soportando la idea de que nos uniera un lazo de consanguinidad, sin quebranto para su integridad. Seyfron, que también estaba allí, no lo tenía tan claro.

Salí renqueando de detrás de la casamata, asustando a los plumíferos. En la mente simple de las gallinas, todo lo vivido la noche anterior ya estaba olvidado y era como si nunca hubiese pasado. Ellas solo sabían que la luz volvía a estar por todas partes y que con la luz llegaba el hambre. El sol pintaba sus fragancias sobre un mundo empapado, llenándolo de texturas cristalinas y septenas de colores encerradas en minúsculos cofres de lluvia.

El poblado estaba patas arriba, pero poco a poco volvía a la normalidad, pues las nubes se habían desinflado y recobrado su aspecto normal, de llanura esponjosa. La tierra lunar seguía estando allí, no había sido soplada por completo por la tempestad, y también las campánulas. Y el huerto.

Al ver aquellos surcos irregulares, un escalofrío me recorrió la espalda.

—¡Papá, allí! ¡Enterro algo allí, en el primer surco!

—¿A quién te refieres, hija?

Les conté la historia, alternando palabras que sabía con otras que me iba inventando para llenar los huecos. Les hablé del monstruo y de lo que había hecho con sus brazos de insecto, sus ademanes ilógicos. Todos me miraron como si hubiese returnedo a esa época de la infancia donde las experiencias del sueño se confunden con las de la vigila, y hay solución de continuidad entre ellas, sin que el infante sepa distinguir cuál es cuál.

—¿Un monstruo? —Zothiel torció el gesto—. ¿Viniendo de Abajo?

—Lo vi trepar por la habichuela. Tienes que creerme, padre. Yo nunca miento.

—He de admitir que eso es verdad... aunque tienes cierta tendencia a maquillar la realidad a tu conveniencia.

—¡Este no es el caso! Mirad el huerto y os convenceréis.

Mientras el resto de los paisanos ponían en orden aquel desastre, cada cual dentro de los límites de su parcela, nosotros nos encaminamos al huerto. Y allí descubrimos la prueba de que lo que yo decía no había sido, al menos completamente, una pesadilla.

Un bulto de tierra se destacaba de lo que tenía alrededor como si una semilla del tamaño de un melón durmiese allá abajo, con capas de tierra removida por encima. Eso no estaba allí ayer, todos lo sabíamos, y dado que unos pelillos rojos sobresalían como briznas de hierba del color de la sangre, como si hubiesen crecido de forma natural en aquel montículo, la idea de que fuera simplemente algo que alguien había metido en un agujero y que luego tapó con arena fue descartada. En los ojos de Zothiel encontré temor, ese miedo atávico a lo desconocido que tantas veces nos había asaltado.

—¿Qué hacemos, padre? —preguntó Seyfron—. ¿Cree que fue la pesadilla de Yuleika la que sembró eso ahí?

—¡Oye! —protesté.

—Todo es posible —dijo Zothiel con voz queda—. Hemos comprobado que todo lo que se siembra en la tierra de luna prospera, aunque hasta ahora no habíamos probado a sembrar sueños... Pero no descartéis nada, por improbable que parezca. Lo que no sé es si eso que crece ahí es el hijo de una buena profecía o el de un mal augurio.

—Creo que deberíamos matarlo antes de que eclosione. —Sneykos agarró una pala con ademán amenazador. La daga de su desprecio, con renovada agonía, penetró más hondo en mi corazón, porque yo sabía que me estaba haciendo a mí responsable de lo ocurrido.

—No estoy seguro, hijo... Si esto es obra de un ser sobrenatural, ¿cómo sabemos que no buscará la venganza si interferimos en sus planes?

—¿Y si su plan es matarnos a todos, haciendo que un asesino crezca de nuestro propio huerto? ¡Yo lo veo lógico!

Lógica, lógica, lógica... la enormidad del daño pareció crecer con cada repetición de esa palabra, hasta que no pude soportarlo más y lo solté:

—El ser vino de Abajo. Tal vez la explicación se encuentre también allí. Deberíamos descender para averiguarlo.

Ración de miradas inexpresivas a Yuleika. Pero al final me dieron la razón.

—Has dado en el clavo, esto no parece un mito nuestro, sino uno de los de la gente dorada —elucubró mi padre. De la misteriosa fuente de luz y energía del fondo de su cráneo surgió la propuesta más sensata—: Bajemos e interroguemos a la mujer pájaro. Ella sabrá qué decirnos.

Me sonréí con ironía compasiva. A veces, cuando mi padre se dignaba a escuchar la voz de su conciencia, se le ocurrían buenas ideas. Solo que todavía no se había dado cuenta de que esa voz celestial casi siempre era la mía.

La comitiva descendió por el tallo hasta la ciudad. Kolanuel estaba de luto: una procesión subía a paso de caracol las escaleras que daban a septentrión, en la pirámide de los cielos, el mayor edificio de la urbe. Conjugaba en una sola estructura el palacio donde vivía Nexal, que formaba la ancha base, con el templo de los dioses emplumados, que se levantaba sobre él y tenía forma de cuatro escaleras, sin nada entre ellas más que espacio vacío. Esas escaleras

se unían en un punto situado a mucha altura, un templete sostenido por aquellos cuatro pilares escalonados, que era donde se realizaban las ofrendas a los Dioses. La comitiva fúnebre estaba ataviada con túnicas blancas —el color de la muerte para los kolan— y sostenía en alto un féretro.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Zothiel al edecán de palacio, aquel que era conocido como la Voz que Habla con los Plebeyos. Nosotros creíamos que en realidad se llamaba Tikotik.

—Es... el primogénito del rey, nuestro amado príncipe heredero, Karanquí Puquino —dijo con hondo pesar—. El Ave que Vuela Orgullosa Sobre los Horizontes. Falleció anoche. Solo tenía un año de vida.

—Vaya, lo... lo lamento en el alma.

—Es una tragedia. Su padre, Nexal el divino, es un mar de lágrimas corroído por la desesperación.

Miramos hacia el palco de su majestad, pero lo vimos sentado con su cara hierática de siempre, sin el menor rastro de emoción, como era habitual en él. Miraba la procesión con el mismo interés con el que podría observar cómo crece la hierba. Su sentido del deber, si es que ese era el principio rector, tenía una robustez inquisitorial.

—Se nota a la legua que el pobre está sufriendo horrores —susurró mi padre. Yo intenté no reír—. ¿Y la sacerdotisa Ninuhea, la mujer pájaro? No la veo.

—Ninuhea no puede officiar la ceremonia de la última despedida porque también ha caído en un trance, una especie de maldición. —Tikotik se llevó una mano al pecho como si intentara agarrarse el corazón—. Aplastada por la tristeza, se ha transformado en ave, y es incapaz de comunicarse con nosotros.

—¿Se ha convertido en un ave? ¿Ella?

—Forma parte de sus prerrogativas. Venid, os lo mostraré.

Parpadeamos. Así que esa era su vía de escape final cuando todo lo demás fallaba: transmutarse en el animal que hacía honor a su nombre. Una solución muy cobarde, volverse loca y empezar a picotear alpiste. Esto sintetizaba de manera muy triste la subyugante vida del gineceo.

Seguimos a Tikotik al interior del edificio, en concreto a la zona del templo que había bajo las escalinatas. Aquello resultó ser un caos, una pajarera de gente chalada que no sabía cómo arreglar aquella desgracia y corría de un lado para otro dando órdenes contradictorias. Un poema que se vengaba de la noción de servidumbre eclesiástica con escualidez histórica. El esplendor de sus ideales, expresado en la arquitectura que nos rodeaba, se contrapesaba por aquella conducta irracional, de niños asustados porque se les había muerto la madre. ¿Qué ocultas musculaturas de fanatismo religioso y podredumbre espiritual se estaban poniendo a prueba allí, en el *primer-día-después-de-Karanqui*? Avanzamos por los pasillos intentando no mirar a nadie a los ojos, no nos fuera a caer encima alguna responsabilidad que no habíamos buscado. Nuestro guía en la oscuridad: Tikotik.

La sala que nos aguardaba era muy grande, aunque de techo bajo, y tenía varias excentricidades arquitectónicas que demostraban que no era un lugar para pasar las horas.

Debía tener algún tipo de función oculta y complicada, algo que en la imaginación lúbrica de los sacerdotes se relacionaba con un frenesí de muslos y senos, y una forja que iba pasando de un color a otro por todos los mezquinos estados del ser.

En el suelo había montones de basura y fragmentos de cosas rotas, sobre todo cerámica. Las únicas personas que había allí eran unos sirvientes —entre ellos, Killary, la favorita de mi hermano— que intentaban por todos los medios calmar a una especie de loro que batía alas encima de una percha. Era un ave majestuosa, con plumas del color del oro viejo y una cresta de rubíes afilados sobre su cabeza. Tenía un cabreo de mil pares de demonios.

—¿Esa es...? —preguntó Zothiel, señalando al loro.

—Sí, la noble Ninuhea. Tan grande es su desgracia que incluso ha tenido que dejar atrás su forma humana para poder trasegarla. Exprimiendo el dolor por la pérdida del príncipe se extrae un cáliz de jugo espiritual, a la vez estridente y ácido, opacante y afrodisíaco. Solo ella conoce los misterios más profundos de su abjuración carnal.

—Necesitamos hablar con ella, consultarla sobre los misterios. Anoche pasó algo sin precedentes en nuestra aldea, algo que requiere una respuesta urgente.

—Imposible, ya lo veis —suspiró el hombrecillo. Cuando se encogía de hombros todo su cuello parecía ser reabsorbido por el tronco; era un hombre manifiestamente anatómico—. Ahora no nos entiende ni siquiera a nosotros. Ha olvidado cómo se habla el lenguaje de los hombres, y lo ha sustituido por el de las bestias.

—Pues graznaré y piaré si hace falta, pero necesito respuestas.

Tanta insistencia no nos sirvió de nada, pues las acólitas habían formado un muro defensivo alrededor del loro e intentaban calmarlo cantándole sus canciones favoritas y tentándolo con comida para pájaros. Tikotik estaba a punto de sacarnos de allí cuando se me ocurrió una cosa.

—Papá, déjame que le ofrezca a Ninuhea unas semillas de las que encontré en los cirros, los suspiros de primavera. A lo mejor, si no quiere probar ninguno de los alimentos tradicionales de la selva, le gustarán los que vienen del cielo.

Lo consultamos con Tikotik, y este a su vez con las acólitas. Un poco a regañadientes me dieron permiso para acercarme y meter las semillas en un cuenco. Primero las despojé de la pelusa que cada una llevaba a modo de tutú para que el pájaro no se atragantara. Recé para que su sabor fuese como el regusto que deja en el paladar el zumo de la uva, que una vez evaporado sigue conservando el carácter travieso de la parra. Se las ofrecí con una reverencia.

—Si de verdad sois vos, noble Ninuhea... espero que aceptéis este presente que os ofrezco con humildad. Comida cultivada en el cielo.

Me retiré andando de espaldas. A mi espalda, oí cómo el loro se tranquilizaba un poco y empezaba a picotear las semillas. Las acólitas retiraron los demás cuencos a regañadientes, sin mirarme; un prodigo de maliciosa sutileza. Bien, ofrenda entregada, prueba superada.

—Las oraciones no han sido capaces de traerla de vuelta a su forma humana, pero es posible que el sabor de la buena comida sí lo haga. El arma más poderosa que tiene la carne es la concupiscencia —le expliqué a nuestro guía. Una teoría muy mía.

—Bueno, bueno... tal vez sea así, pero, honestamente, dudo mucho que funcione. Deberíamos retirarnos y dejar que las acólitas hagan su trabajo. Al fin y al cabo, viven para sus votos, y estos las obligan a cuidar de su superiora, tenga la forma que tenga.

—Pido una audiencia con el gran Nexal —dijo mi padre, solemne—. No me importa esperar a que pase el tiempo del luto.

—¡Dioses! —gritó una de las chicas, creo que Killary—. ¡Miren, por lo más sagrado, miren allí!

Todos giramos sobre nuestros talones. Enorme fue nuestra sorpresa cuando vimos que en el lugar donde reposaba el ave del paraíso, en la percha... había ahora una mujer desnuda. Pellejos arrugados, uniones anatómicas como colgajos, un pubis negro como el carbón a pesar de que su pelo era salvajemente rubio. Su piel era un enrejado de pliegues de vejez y sabiduría. Su cabellera retenía el oro viejo de las otrora plumas, mientras que el rojo de los rubíes había quedado reducido a la ira de su mirada.

—S... sacerdotisa... —Impactado por la visión, Tikotik cayó a sus pies hecho una genuflexión temblorosa. Los demás me miraron, asombrados, como si aquello fuese obra mía.

—Lo que yo dije —sonréí—. Concupiscencia, ¿veis? Y eso que le faltaba sal...

6

Quizá debido al milagro que habíamos obrado con la mujer pájaro, el monarca se dignó a concedernos una audiencia. Mientras Ninuheá se recuperaba de su —suponíamos que traumática— experiencia de metamorfosis, padre y yo fuimos conducidos a la gran sala de audiencias. Allí nos esperaba Nexal, ataviado aún con su armadura ceremonial de los lutos mayores: una especie de túnica hecha con esas tiras semirrígidas que, enrolladas, dan cuerpo al tronco de ciertas palmeras. Un costurero las había arrancado a tiras de algún árbol y les había aplicado un baño caliente para volverlas más flexibles, y ahora colgaban de los hombros del pequeño hombre como una toga con su capa. Él mismo parecía un corcel ornamental de porcelana, con manchas en el lomo de pétalos y zarcillos.

Postrados frente al trono vimos dos hileras de hombres, los mismos que habían subido el féretro hasta el templo de la cúspide de la pirámide. Parecían sacerdotes, y también vestían las mismas tiras blandadas de corteza. Pero se distinguían del rey en los yelmos que les cubrían las cabezas, hechos de madera labrada, y que tenían dos manos por delante que se cruzaban como si fuera la visera de un yelmo de combate. Por las rendijas de esos dedos de madera se veían los ojos de aquellos hombres tristes, y por algún motivo que no comprendí, me dieron miedo. El ambiente solemne que se respiraba en aquella sala era tal que los sonidos, daba igual de dónde procedieran, se coagulaban como sangre.

A ambos lados del trono había unas tarimas sobre las que reposaban armaduras ceremoniales distintas, una para la guerra, otra para la paz. Pero solo esta última, con su aspecto de caja de mimbre llena de plumas de pavo real y cestos cosidos juntos, estaba presente. La otra estaba cubierta por una sábana, que no nos dejaba ver lo que había debajo. ¿Sería que se la habrían robado, y no querían admitirlo?

Aquellos trajes tan pomposos no casaban en absoluto con una gente menuda como pigmeos... Tanta ostentación no hacía sino subrayar el testimonio de las enclenques humanidades que se escondían debajo. O al menos esa era mi opinión.

—El excelso maia kolanucl Nexal Capichuea Querac Urk et Najipul, famosa ave del paraíso, toro que cruza los cielos, árbol que nació de la primera semilla de la selva, os escuchará ahora, extranjeros —anunció pomposamente Tikotik, adoptando su rol de Voz del Rey. Es decir, el canal que usariamos para comunicarnos con él, nosotros, simples plebeyos.

Mirando al monarca, y no a su Voz, mi padre le contó la historia de lo que había pasado anoche en nuestra aldea. La tormenta, el intruso, los daños, el huerto. Nexal, decidido a seguir pareciéndose a una estatua, ni siquiera pestañeó.

—Nos resulta... increíble esa historia que cuentas —dijo Tikotik—. ¿Qué clase de monstruo podría habitar la selva, que nosotros no conocemos, que quisiera trepar por la habichuela para trastear en vuestros sembrados? No tiene sentido...

—Aun así, ocurrió —insistió Zothiel, que aunque no lo había visto con sus propios ojos, me creía a pie juntillas. Él sabía que mentir no estaba entre mis defectos—. Teníamos la esperanza de que Ninuhe, con su conocimiento de vuestros mitos, arrojara una luz sobre este asunto. Pues esa criatura no proviene de ninguna de nuestras leyendas, ergo... tiene por fuerza que haberse escapado de una de las vuestras.

—No hay en nuestras leyendas ningún ser que se parezca a lo que habéis descrito vos. Si existe, lo habéis traído vosotros desde vuestro Viejo Mundo.

Mi padre fue a protestar cuando el rey hizo un gesto imperceptible, y su Voz se inclinó para escucharle. Habló sin mover apenas los labios, soltando los sonidos más por la nariz que por la boca. Sin embargo, Tikotik lo entendió a la perfección, y se volvió hacia nosotros.

—Ejem, el excelso maia kolanucl Nexal Capichuea Querac quiere compartir con vosotros una historia, tan antigua como el tiempo, tan enrevesada y vieja como la selva. Habla de la pesadilla de los árboles, en concreto de los árboles soñadores, las bromelias de cálices rosa, que al igual que los humanos pueden soñar por la noche, pero a diferencia de estos pueden hacer realidad sus sueños durante el día. Y también sus pesadillas. Cuenta una leyenda casi olvidada que un día, cuando los primeros kolan llegaron a estas tierras y talaron árboles para hacer sitio a sus sembrados y conseguir materia prima para sus casas, las bromelias tuvieron miedo y experimentaron su primera pesadilla. —Tikotik fue traduciendo todo esto de lo que le decía el monarca en susurros—. Nunca antes sus sueños habían sido oscuros, o inquietantes. De aquella primera experiencia surgió un ser, una especie de guardián, al que los antiguos llamaban el Suhay.

—¿El Suhay? —se extrañó mi padre.

—Sí, un diablo, un espíritu del mal. Su-u-hay. —Hizo hincapié en la prolongación espantosamente significativa de la primera sílaba—. Salió de la mente de los árboles para luchar contra los humanos y sus hachas de piedra y metal. Aterrorizó a las primeras comunidades kolan hasta que los árboles se dieron cuenta finalmente de que no queríamos hacerles daño, sino que los idolatrábamos y los cuidábamos. Y entonces el demonio nos dejó en paz. Hasta ahora. La prueba de su existencia es que nosotros también soñamos con él.

—¿Al Suhay le gustaba plantar cosas en los huertos? —intervine yo, sin poder evitarlo. Todos los presentes me miraron mal, incluso los hombres con manos cruzadas delante de la cara, como si yo, por ser mujer y menor de edad, no tuviera derecho a expresarme allí dentro. Sin embargo, el rey fue clemente y me respondió.

—Ninguna de nuestras historias lo relaciona con un huerto, no. Pero en nuestros cuentos nunca hubo un tallo de habichuela alto como una montaña, tampoco. Puede que su presencia haya alterado la naturaleza del mito.

Un graznido de pájaro, aunque emitido por una garganta humana, nos asustó. Acababa de entrar alguien en el salón, la sacerdotisa Ninuheá, acompañada por su cohorte de mujeres. Ya no estaba desnuda, la cubría una túnica de vivos colores e intrincado género. Nos miraba a todos con rabia, pero en especial a Néxal, en quien clavó su furibunda mirada.

—¡Herejía! ¡Profanación! —gritó, ante la asustada mirada de sus acólitas, que la ayudaban a mantenerse en pie como si fuera una vieja achacosa—. Una profecía se cumplió, se cerró un círculo. ¡Magia perversa, iniquidades secretas! Lo que fue arrebatado no será devuelto, lo que se marchó no podrá volver jamás.

Esta fue la primera vez que me pareció ver cómo se resquebrajaba la máscara hierática del rey, y algo lejanamente parecido a una emoción se traslucía en su curtido rostro. Se tensó en el trono, sus dedos clavándose en la madera de los reposabrazos. Pero no dijo nada, sino que esperó a que la mujer terminara.

—¡He-re-jí-a! —insistió la sacerdotisa con una risa áspera. Tenía ojos de loca, pero de una loca con fundamento, sabia y febrilmente imaginativa—. Su-u-ha-y no ha vuelto, ¡siempre estuvo aquí!, viviendo a la sombra de los desmanes de los ignorantes, que creen poder presionar a las estrellas para que modifiquen su luz, y devuelvan aquello que un día exigieron en prenda. ¡Ilusos! Eso jamás ocurrirá. Lo que antaño se convirtió en luz, luz será por siempre.

El rey se levantó, no pudiendo soportarlo más, y gritó algo que nos costó traducir. Era una orden imperiosa, pronunciada por aquella vocecilla aguda y casi afeminada, pero llena de odio y promesas de muerte. Las acólitas cayeron al suelo, llorando a mares, e hicieron reverencias al monarca. Dudo que mucha gente, ni siquiera sus habituales, hubieran visto a Néxal tan fuera de sí alguna vez. Quizá la sacerdotisa había tocado una fibra sensible, o un tema tabú: un ejercicio de desprecio interpolado en la romántica rapsodia de su gobierno.

Los guardias se apresuraron a sacar de allí a Ninuheá, lanzas en mano, aunque esta, antes de desaparecer por la puerta, le advirtió seriamente a Néxal:

—No puedes engañar al destino. Lo que fue arrebatado, jamás será devuelto. Y el agua goteará, y la mejor de las intenciones se mezclará con el peor de los agravios.

Al decir eso de que el agua gotearía, me fijé en que la parte de abajo de la tarima cubierta por una sábana, donde faltaba una de las armaduras, había un charquito de agua. Algo la estaba goteando desde el interior de la sábana.

Padre y yo cruzamos una mirada preocupada. Tikotik no tardó en sacarnos de allí, a toda prisa. Se comportaba como un rústico enano lleno de una amabilidad oficiosa.

—¡Lo siento, pero debéis marcharos! El rey no está ahora mismo para recepciones, con todo el dolor de su hijo perdido. Ya os llamaré cuando podamos hablar. Regresad a vuestra casa, y preparad más platos succulentos que obren magia buena, como la que trajo de vuelta a nuestra sacerdotisa.

En ese momento cometí el mayor error de mi vida, uno que a punto estuvo de costarnos la vida a todos. Lo hice sin pensar, haciendo honor a ese talante rebelde e impulsivo que me nacía por dentro y que me hacía ser quien era: la adorable pero desprovista de tacto hija de Zothiel. Me giré hacia el rey y, con los ojos como platos, comprendiéndolo todo de golpe, exclamé:

—¡Fuisteis vos! ¡Vos escalasteis el tallo, para plantar algo en nuestro huerto! ¡Erais vos, disfrazado de Suhay!

La piel del monarca perdió todo color, igual que la de su Voz. Todo el mundo se quedó mirándome, blancos como la cal, mientras yo tragaba saliva y me daba cuenta de lo que había hecho, perdido todo dominio de mí misma. Los dioses de aquella gente, coléricos, me miraban desde el volumen de grabados de sauco de las paredes.

—Mierda... —susurré, deseando dar marcha atrás al tiempo. Pero ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho.

—¿Qué has hecho? —balbuceó mi padre, temblando, pero yo no tenía respuesta.

El rey levantó un dedo, solo eso. Ni siquiera le hizo falta la mano entera. Cinco minutos después, estábamos en una celda.

La habitación donde nos tenían no contenía grilletes, ni huesos humanos tirados por el suelo para que las ratas les sacaran brillo, pero no cabía duda de que era una cárcel. Padre, Sayfron y yo, los tres, metidos como pensamientos destinados al olvido entre aquellas densas paredes. Y todos mirándome como si yo fuera la peor de las pecadoras.

—¡Cómo te has atrevido, insultar así a Nexal! —chillaba Zothiel, tirándose de la cabellera con tal fuerza que sus dedos se quedaron con los rizos—. ¡Estás chiflada, nos has buscado la ruina! ¡Vamos a morir!

—Lo... lo siento —me sonrojé, queriendo matarme yo misma por el lío que mi boca descontrolada acababa de provocar—. No pensé en lo que decía, yo... solo lo dije.

—¡No pensaste! ¡Claro! ¡Las mujeres tenéis la misma inteligencia que las gallinas, nunca pensáis en nada!

Sus palabras me hirieron, pero no intenté excusarme. Dijera lo que dijera, nadie creería que fue un impulso el que me movió a soltar en voz alta una terrible verdad, algo que deduje en aquel momento... y que, vista la cara que puso Nexal, era totalmente cierta.

—Él no puede admitirlo ni bajo tortura, pero es verdad —dije, agarrándome al último madero—. Yo tengo razón. Fue el rey quien subió a la nube, disfrazado de monstruo.

—¡Estupideces! ¿Por qué iba a querer hacer algo así? ¡Su religión le prohíbe tocar el tallo, mucho menos trepar por él!

—Ninuhea —indagó la voz de Sayfron, a la cola de aquella angustia. Los dos lo miramos.

—¿Qué has dicho?

—La sacerdotisa. Ella lo vio también. —Mi hermano rehuía la mirada de padre, y también la mía, pero hablaba con convencimiento—. Se lo echó en cara al rey, pero este no quiso escucharla. «Lo que fue arrebatado, no volverá», fue lo que dijo.

—¡Nexal plantó algo en el huerto! ¡Algo muy suyo! —dije en pleno desconcierto. Mi padre nos miraba consecutivamente, a los dos, con ojos que se le salían de las órbitas—. Tengo que escapar de aquí, subir a la nube. Coger lo que sea que sembró. Así demostraríamos nuestra inocencia.

—¿Culpando al rey de un pecado capital del que no podría ser culpado? No, antes nos matará, no seas tonta. Es eso o perder su corona y recibir un afeitado... a la altura de la nuez. Por salvarse a sí mismo estará dispuesto a sacrificar algo más que una simple consistencia lógica.

Recordé a Tikotik, el enano de amabilidad oficiosa, y cómo de asustado estaba cuando la sacerdotisa le soltó aquella diatriba. Sí, él también *lo sabía*. Y, como todos los demás, optaría por callar como un muerto si no quería convertirse en esto último. Se refugiaría en una sensatez enloquecedora cuya principal arma era el silencio.

—¿Tenemos un plan mejor? —preguntó Sayfron con acrimonia, y hasta mi padre tuvo que tragarse su orgullo y claudicar.

—No. Venga, aupémosla.

Sobre nuestras cabezas había un ventanuco sin barrotes, demasiado alto para que lo alcanzara ningún humano, y menos aquella gente de corta estatura. Para ellos estaba situado a todo un mundo de distancia, pero si nosotros, los tres, hacíamos una columna humana... yo podría trepar hasta allí, y salir fuera del edificio. Eso fue lo que hicimos. Cuando estuve encaramada arriba, los miré con lágrimas en los ojos.

—Volveré, lo prometo.

—¡Venga, corre, cerebro de gallina! Y no te detengas a contarle a ningún centinela tus locas teorías sobre la vida.

—¡Ni tus recetas de cocina! —añadió la burlona voz de Sayfron.

Estaba enfadada con ellos, pero me dio igual. Mi incontinencia verbal nos había metido en este lío, y puede que fuera también capaz de sacarnos, pero tenía que moverme con celeridad. El ventanuco daba a un jardín que rodeaba como un escudo defensivo el palacio; salté y rodé sobre la hierba. Saltando de seto en seto, esquivé una patrulla y corrí en dirección al tallo, que se erguía orgulloso desde la plaza cercana, el centro de la ciudad. Tuve que esperar a que el sol descendiera y las sombras emborronaran un poco las esquinas para llegar al tronco, y una vez allí, encaramándome como una pulga a sus raíces, comenzar la larga escalada.

Los cielos me esperaban. Y allí, quizás, todas las respuestas. Solo recé para que los kolan tuvieran paciencia y no ejecutaran a mi familia antes de que yo regresara con alguna prueba.

El tiempo se puso en mi contra: las nubes arrugaron su plácida cara y mostraron una azulada panza cargada de malos presagios. Yo, perdida en el laberinto de mis miserias, no hacía sino poner una mano delante de otra para ganar metros lo más aprisa posible. El plan perfecto e irresistible estaba en aquel lóbrego cielo a la espera de ser comprendido, pero todavía no lograba entender sus sutilezas.

El rayo rodaba y se amontonaba en aquella oscuridad sin techo, en aquel enigma no diferenciado de lluvia y gas. Era una tormenta la que llegaba, por la pinta mucho peor que la de ayer. ¿Estaría siendo convocada por magia negra, magia kolan? Vi el terrible cuenco que se amasaba en las nubes y que hablaba de tempestades desatadas, pero esta vez fue diferente, porque el cuenco era puntiagudo por debajo y estaba adoptando una forma que no me tranquilizaba. Vientos giratorios; un demonio del aire encolerizado con los hombres, que nos lanzaba sus intestinos en alocadas espirales.

La noche cayó como un telón de gran guiñol. La atmósfera se volvió océano y empapó el tronco, dificultándome la escalada, pero apreté los dientes y seguí: arriba, siempre arriba, en contra del cansancio y el peligro. Las vidas de mi padre y mi hermano dependían de ello, y no pensaba fallarles. Llegaría al huerto, desenterraría lo que hubiese bajo aquella protuberancia inquietante y se lo restregaría por la cara al flatulento rey Nexal, a ver detrás de qué excusa se refugiaba esta vez. Confiaba en que Ninuheá se pusiera de mi parte... aunque quizás fuera tentar demasiado a la suerte.

Una cascada de gotas cayó con fuerza desde arriba, martilleándose el cráneo, un pronunciamiento inapelable. Busqué refugio bajo una rama gruesa y me acurruqué con intención de esperar a que aflojara un poco, pero entonces se me ocurrió mirar abajo. Y me atraganté con mi propia lengua, porque vi que *algo* estaba subiendo, siguiéndome los pasos. Algo horrible que yo ya había visto antes.

El Suhay. Había salido de su guarida, y me pisaba los talones.

Vi su máscara, aquella incongruencia tallada en hueso, con un pico de pájaro torcido hacia un lado y que la primera vez tomé por una nariz. Los ojos vacíos, redondos, muertos, que se alejaban patológicamente de cualquier explicación racional. Vi la capa, y las extensiones de madera en forma de ganchos que había al final de los brazos y que le hacían aparecer ese movimiento insectoide. Ganchos para trepar. Era una especie de larva que se hubiese detenido en su desarrollo, quedándose a medio camino entre el reino animal y el de las pesadillas. Era la armadura que faltaba en el salón de Nexal, que venía a por mí para consumar una insólita venganza. Quién sabía si tenía un cuerpo humano dentro o no.

Grité y salí de mi refugio. Mi terror desafiaba a la gravedad, a la prudencia, y me impulsaba de liana en liana a sabiendas de que apenas había fricción que me mantuviese pegada a ellas. Di unos cuantos saltos arriesgadísimos que me pusieron fuera de su alcance, pero yo trepaba a pelo, usando manos y pies, y esa cosa tenía ganchos de escalada. La cuestión no era si me terminaría alcanzando, sino cuándo sucedería eso. Las nubes estallaron con un violento fuego blanco sobre mi cabeza. Nuestras siluetas quedaron esmaltadas con el color de la leche.

—¡Déjame en paz, aléjate de mí! —le grité histéricamente al monstruo. Inútil, pues todo el mundo sabe, sobre todo la gente que habita el país de los cuentos, que los monstruos son sordos. Este me ignoró y continuó en mi persecución. Pero hubo un detalle que cambió las tornas de todo aquello, de la escena en sí: en un momento determinado perdió pie y resbaló, y no cayó al vacío de puro milagro, porque se quedó colgando de los ganchos de su brazo izquierdo. A duras penas se recompuso del susto, y siguió escalando.

Pero yo había visto aquello: ese tropiezo, esa vacilación. Y me llenó el corazón de tranquilidad, porque me demostró que aquello tenía que ser, sí o sí, un humano disfrazado. Los monstruos nunca tropiezan, nunca comenten errores que los hacen parecen marionetas patéticas. Siempre son solemnes e imponen respeto. Este acababa de perder ambas cosas.

¿Quién sería? ¿El rey Nexal en persona o alguno de sus súbditos? ¿Un asesino especializado en cazar jovencitas obesas? Estaba segura de que debajo de aquella máscara se escondía el monarca en persona: él no querría confiar en nadie los detalles de sus locos planes, fueran cuales fuesen. No, en aquella sociedad paranoica en la que vivía, y de la cual, aun siendo líder, no podía fiarse. Eso era algo que yo había aprendido del pueblo de tez dorada: que sus leyes estaban por encima de sus líderes, incluso de los más importantes.

—¡Vete, reyezuelo asqueroso, depravado persigue-jovencitas! ¡Tienes cuerpo de niño, pero en el fondo no eres más que un viejo disoluto y purulento! —le chillé, logrando justo lo que me proponía: enfadarlo. Ponerlo más nervioso. Eso hizo que se arriesgara más y acelerara la persecución, pero también que sus movimientos se volvieran más arriesgados, menos prudentes. El hombre rompió a chillar, aunque no inmediatamente, y expulsó por sus regias narices imperiales unos chorros de humo del infierno. Era como si profetizara la apoteosis de su venganza.

La tormenta nos abofeteó con un redoble de tambores. Al mirar hacia las nubes que nos rodeaban, mis ojos se empequeñecieron al tamaño de alfileres. Porque vi cómo el pico del embudo se alargaba más y más hacia abajo, formando una serpiente giratoria de viento, electricidad y ruido. ¡Un tornado! Mi padre me había hablado sobre ellos porque una vez los vio, en alta mar, mientras cruzaba los espacios que separaban los continentes. El cono tocó tierra muy abajo, levantando un anillo de tierra, árboles arrancados y bestias que no habían sido concebidas para volar. Y avanzó directo a nosotros, al tallo de habichuela.

Los habitantes de Kolanucl dieron la alarma y huyeron despavoridos. Los maldije porque sabía que ninguno de ellos se acordaría de mi padre ni de mi hermano, sino que los dejarían en su celda, olvidados, a su suerte. Recé porque el edificio estuviera construido tan reciamente como para aguantar semejante castigo, que precisamente por estar metidos en un sótano se salvasen.

Un bofetón de aire nos separó a los dos los pies del tronco, poniéndonos horizontales. Yo me sujeté con todas mis fuerzas y grité hasta que pude recobrar el asidero, pero al mirar hacia mi perseguidor, vi que su máscara había salido volando, y que su verdadero rostro me contemplaba, todo locura y desesperación, desde una capucha negra: era el rostro del excelsa maia kolanucl Nexal Capichuea Querac, empapado de sudor y quemado por unas emociones a las que no estaba acostumbrado. ¡Yo tenía razón! Su leve escualidez de capilla seguía allí,

igual que sus ojos de camaleón, mirando estrádicamente en direcciones opuestas. Le grité y lo insulté en su lengua con todos los improperios que me sabía.

—¡Cerdo! ¡Mataniñas! ¡Arruinahuertos! ¡Déjame en paz, tu gente te necesita! ¡Vuelve con ellos!

Como era de esperar, no me hizo caso. Ya lo tenía peligrosamente cerca: bastaba con que yo perdiera pie una sola vez, o él diese un salto especialmente largo, para que sus ganchos se convirtieran en garras e hirieran mi carne. Tuve miedo, miedo real y gélido, por primera vez.

Entonces ocurrió: la tormenta comprimió su vientre con un tono de vibrante solemnidad, y nos lanzó encima aquella tripa colgante, aquel tornado que tocó el tallo de habichuela y se enroscó sobre él como una anaconda. El tronco entero se convulsionó, chillando de miedo igual que yo; puede que ni siquiera la magia que lo había creado estuviese a la altura de semejante desafío, y que aquel látigo de viento lo partiera en mil pedazos.

Nexal clavó sus garfios en la rama y se agarró más como un koala o un perezoso que como una esbelta pantera. Prefería la seguridad a la dignidad, cosa que entendí perfectamente. Yo también busqué a la desesperada un sitio donde meterme, cual insecto diminuto o pajarillo asustado, cuando distinguí un objeto plano y largo, más grande que yo, que se balanceaba sujetado a un pedúnculo: ¡una barcavaina!

La esperanza renació en mi pecho, aunque fuera por unos angustiosos segundos. Las barcavainas eran refugios, islotes de seguridad en medio de la hecatombe. ¿Sería esta capaz de aguantar el latigazo de un tornado? No había ninguna otra alternativa a la vista, así que repté hasta ella y toqué el pedúnculo en los lugares adecuados, aquellos que solo conocía el pueblo de Lugaralto, los que habían crecido subiendo y bajando por aquel sendero vegetal. La planta se abrió y me tiré dentro, sobre la cama de frutos, como el conejo que llega por escasos milímetros a su guarida escapando del tejón.

Pero cuando estaba a punto de cerrarse la vaina sobre mí, dos cosas se lo impidieron: ¡los ganchos de Nexal! Se incrustaron en el borde y tiraron hacia los lados: quería meterse allí dentro, conmigo. Robarme mi santuario. Su rostro se había convertido en una máscara agrietada que hubiera perdido su elasticidad y colgara de los huesos, fácilmente reemplazable por otra cosa. Resultaba imposible contemplarlo sin sentir algo así como una afrenta a la Creación.

Sin pensarlo dos veces, y mientras el tornado y el tallo kilométrico danzaban uno alrededor del otro, bailando como dos amantes convulsivos, pateé con todas mis fuerzas los brazos del rey.

—¡Estoy... (grité) ... harta... (chillé) ... de usted (me desgañité)!

Y al tercer patadón se obró el milagro.

Los ganchos perdieron su asidero y el monstruo, el Suhay, el rey de todos los kolan, salió volando con la velocidad del pensamiento y fue absorbido para siempre por las nubes negras. Lo engulló la tormenta, se lo tragaron la noche y la furia. Yo grité de euforia.

Luego, la vaina se cerró por encima de mí, y me aisló del caos en aquel caparazón de silencio.

Creo que lloré.

¿Siempre llega la calma después de la tempestad? ¿Y el mundo que ha dejado, es siempre igual al que había antes?

Preguntas de difícil respuesta que una jovencita como yo no estaba capacitada para responder. Lo único que sé es que me quedé dormida, extenuada, y que cuando abrí los ojos la calma había regresado al mundo, y el tallo ya no se balanceaba.

Salí de la barcavaina casi con temor ante lo que podía encontrarme. ¿Se habría partido el tallo por culpa de su ofídica cópula con el remolino? Al mirar hacia abajo descubrí con asombro que la respuesta era sí y no: un segmento largo situado como a cien toesas de altura desde el nivel del suelo se había deshilachado, literalmente, como si ya no existiera unión entre el tronco que colgaba de arriba y el que crecía desde abajo... pero no era así del todo. Ambos extremos seguían unidos por un fino tronco, casi una liana, que había resistido a la tempestad. Una vena por la que seguía circulando la savia, el puente de la vida entre el Arriba y el Abajo. La canción verde del reino vegetal.

La ciudad, a vista de pájaro, se veía dañada, pero menos de lo que cabría esperar. De hecho, el palacio real parecía razonablemente intacto, aunque una de las escaleras del templo se había derrumbado, lo que me llenó de esperanza. Acabé de trepar lo que me quedaba hasta la nube, hasta Lugaralto, y fui corriendo a ver el huerto. Allí encontré a Sneykos, mirando todo lo perplejo que se puede mirar una cosa, a lo que había crecido de uno de los surcos.

Era una planta, pero la más extraña que imaginarse pueda. Tenía forma de árbol, pero llevaba impresas varias caras humanas en el tronco que ilustraban las fases de la vida de un bebé, desde que acababa de salir de la madre hasta su primer año de vida, momento en el que la colección de rostros se cortaba abruptamente.

Era la esencia vital hecha árbol del príncipe Karanquí Puquino, el Ave que Vuela Orgullosa Sobre los Horizontes, transmutada en vida vegetal. El hijo fallecido de Nexal. Su padre, habiendo oído nuestros relatos sobre la tierra de luna y su mágica fertilidad, trepó hasta aquí disfrazado de mito para plantar algo que perteneció a su vástago, quizás un cabello, quizás un trozo de piel o una gota de sangre.

En su locura, esperaba que la tierra le devolviera lo que, según Ninuhea, «no podía ser recuperado». Y no lo hizo. Lo que el surco devolvió fue una escultura en honor del príncipe, pero no al niño en sí. Malas noticias desde el reino de la esperanza, rey de la nada.

Mi hermano me ayudó a arrancar el árbol y lo bajamos hasta el punto quebrado del tallo de habichuela. Allí, al borde de aquel abismo insalvable —nos separaban al menos cincuenta toesas de caída hasta el otro extremo de la fractura—, vimos que una comitiva se congregaba al otro lado: ¡mi padre y mi hermano estaban entre ellos, y no como prisioneros! Al menos, ninguno de los dos llevaba cadenas.

El grupo estaba liderado por la mujer pájaro, que parecía haber recobrado la cordura. Le lanzamos el tronco con las caras del niño-rey, y los kolan lloraron desconsolados al verlo y entender lo que significaba. Supieron entonces que no se puede desafiar a los Dioses, ni siquiera disfrazando tu intentona de demencia. Nadie echó de menos al rey Nexal ni entonaron canciones en su nombre.

A lo largo de los siguientes días nos esperaría una ardua tarea, la de lanzar sogas desde arriba y enlazarlas con las de abajo, para construir un puente que reparase el tronco quebrado. Ninuhea prometió ayudarnos y devolvernos sanos y salvos a nuestros familiares, pues al fin y al cabo les habíamos hecho un gran favor, el de librarlos de un rey loco capaz de ofender a los Dioses y al propio cielo.

Yo volví arriba, contenta y deseando verme rodeada por el trajín de las cocinas otra vez, con hogazas crujientes, fuentes de paranimbos en salmuera, con polen de pensamientos y escabiosas. Se me ocurrió que aquel era un nuevo comienzo entre las dos razas, uno que merecería ser celebrado como la ocasión demandaba: con el más suntuoso banquete jamás celebrado en Lugaralto.



Este especial se terminó de
maquetar el 10 de octubre de
2025.

